

ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

GRANDES JEFES MILITARES (I)

16



Editorial
Rombo

ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

GRANDES JEFES MILITARES

(I)



ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATAILLAS

GRANDES JEFES MILITARES

(I)

Anthony Livesey

Editorial
Rombo

Dirección editorial:
Julián Viñuales

Coordinación editorial:
Julián Viñuales, Jr.

Dirección técnica:
Pilar Mora

Coordinación técnica:
Miguel Ángel Roig

Diseño cubierta:
Hans Geel

Traducción:
Luis Ogg

Título original:
Great Commanders and their Battles
A Marshall Edition

© Marshall Editions Limited
© para la presente edición: Editorial Rombo 1995

Publicado por:
Editorial Rombo, S. A.
Muntaner, 371
08021 Barcelona

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida,
almacenada o transmitida de manera alguna ni por
ningún medio, ya sea éste electrónico, mecánico,
óptico, de grabación magnética o xerografiado,
sin la autorización del editor

ISBN: 84-86579-62-7 (Volumen 16)
84-86579-67-8 (Obra completa)

Impresión:
Rotocayfo, S.A (31-3-95)
Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B. 29251-94

Printed in Spain

SUMARIO

PRÓLOGO por el general sir John Hackett	6
INTRODUCCIÓN por el mayor general sir Jeremy Moore	7
ALEJANDRO MAGNO La batalla de Gaugamela - <i>1 de octubre de 331 a.C.</i>	8
<i>Contrincante:</i> DARÍO III, REY DE PERSIA	
ESCIPIÓN EL AFRICANO La batalla de Zama - <i>Octubre de 202 a.C.</i>	20
<i>Contrincante:</i> ANÍBAL	
GENGIS KHAN La batalla del Indo - <i>24 de noviembre de 1221</i>	28
<i>Contrincante:</i> SHA JALAL AD-DIN	
ENRIQUE V La batalla de Agincourt - <i>25 de octubre de 1415</i>	36
<i>Contrincantes:</i> CHARLES D'ALBRET, CONDESTABLE DE FRANCIA Y EL MARISCAL JEAN-BOUCICAUT	
GONZALO DE CÓRDOBA La batalla de Garellano - <i>29 de diciembre de 1503</i>	44
<i>Contrincantes:</i> MARQUÉS DE MANTUA, MARQUÉS DE SALUZZO Y SEÑOR DE BAYARD	

PRÓLOGO DEL GENERAL SIR JOHN HACKETT

Mucho se ha dicho y escrito a los largo de los siglos sobre el "arte de la guerra". Se han establecido paralelismos con la música, pensando en la interpretación de música de orquesta bajo la batuta de un director. Y hay asociaciones con la escultura: Miguel Ángel, por ejemplo, viendo preso en un gran bloque de piedra en bruto la figura sin par de David. El general, podría decirse, también buscará una forma oculta en una piedra en bruto, una forma que ha de tratar de discernir y liberar.

El arte que yo elegiría como que ofrece una más estrecha semejanza con el mando en la batalla es la pintura. Ambos, el comandante y el pintor, han de reducir una masa de material más o menos desordenado a un orden de su propia elección.

Los materiales de que dispone el artista al mando incluyen hombres, armas y máquinas... en ambos bandos, por supuesto, no sólo en el suyo. El pintor también dispone de materiales: colores, pinceles, herramientas, instrumentos, fluidos, super-

ficies. Cuando se planta ante una superficie blanca y comienza a colocar en ella una composición en la que usa sus materiales en un orden de su elección trata de hacer exactamente lo que trata de hacer el comandante en el campo de batalla.

Todas las artes han de tener en cuenta los desarrollos en cuanto a materiales y técnicas, con el peligro de que los artistas se encuentren dominados por los medios puestos a su disposición. Leonardo da Vinci tenía que moler y preparar sus propias pinturas; actualmente, el colorista del autor lo hará por él. Mientras se reduce la responsabilidad del pintor, queda un área de elección en que sus poderes son de suma importancia.

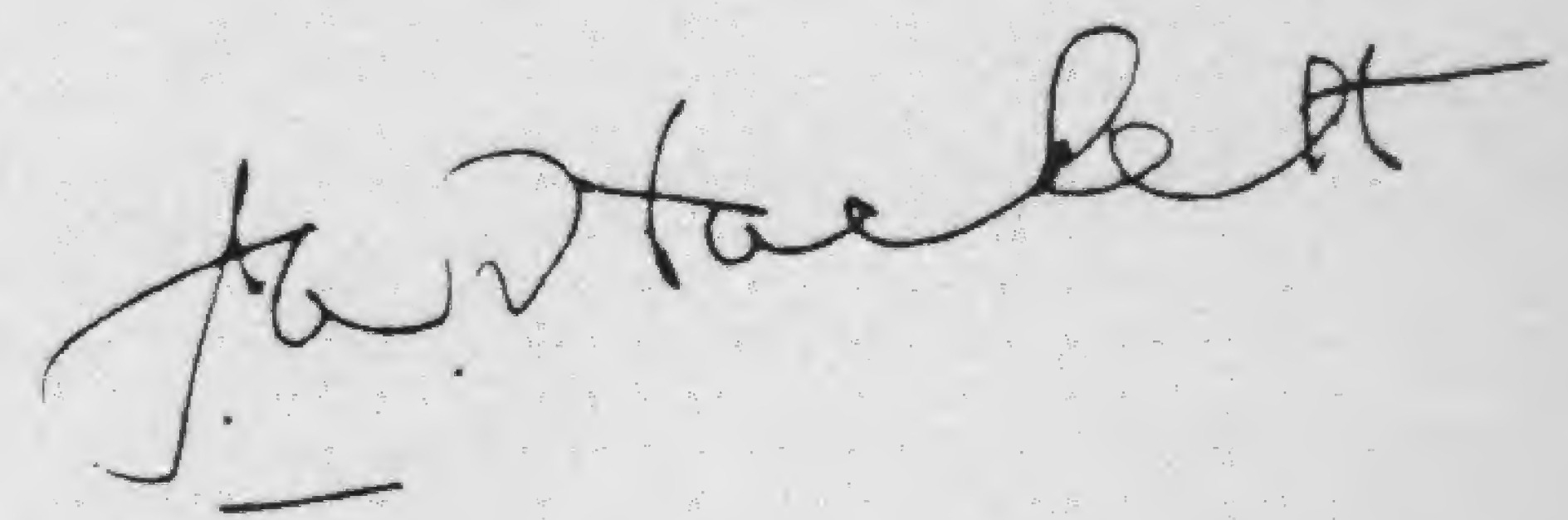
Similarmente, en el mando militar, la informática puede sugerir la posibilidad de involucrar una respuesta automática —disparar misiles, por ejemplo— sin intervención de la voluntad humana. Hay que oponer a eso la máxima resistencia; la disponibilidad de información puede usarse para

recurrir al ámbito en que sólo es válida una decisión intuitiva de la mente humana. El poder de discriminación puede concentrarse; pero los colores ya están preparados.

Todo artista, sea un general o un pintor, músico o escultor, es, como cualquier otro ser humano, único. Su obra no puede dejar de reflejar su carácter. En este libro repasamos a veinte artistas —en el contexto de veinte obras maestras: batallas—.

Podemos plantear las mismas preguntas que plantearíamos sobre pintores. ¿Cómo era como persona? ¿Cómo llegó a ser así? ¿Qué le impulsó a hacerlo? ¿Era innovador, influenciando así el ejercicio siguiente de su arte? ¿Podrían haber salido las cosas de otro modo?

Mi propuesta de que el mando militar no es disímil a la pintura puede ofrecer un punto de entrada agradecido a su estudio. Este libro es una tela fascinante para comprobar su valor.



El general sir John Hackett, soldado y académico, licenciado por Oxford en historia clásica y medieval, finalizó su carrera militar (herido tres veces y con tres medallas al valor en la Segunda Guerra Mundial) como comandante del Grupo de Ejército del Norte de la OTAN antes de volver a la vida universitaria. Defensor a ultranza de la Alianza Atlántica, mantiene unos vínculos especialmente estrechos con las fuerzas estadounidenses. Sus dos libros sobre una Tercera Guerra Mundial han vendido más de dos millones de ejemplares en todo el mundo.

INTRODUCCIÓN POR EL MAYOR GENERAL SIR JEREMY MOORE

Cuando el Reino Unido envió unas fuerzas a las islas Malvinas durante la primavera boreal de 1982, estaba dotado y comandado casi exclusivamente por hombres sin experiencia real de la guerra. Unos cuantos de nosotros habíamos tomado parte en operaciones menores al nivel de sección o pelotón o, en unos pocos casos, de compañía.

Todos nosotros, salvo acaso unos pocos "lobos de mar" en los buques tripulados por civiles, éramos demasiado jóvenes para haber participado en las grandes batallas de 1944 y 1945; la mayoría no habíamos nacido cuando terminaron la Segunda Guerra Mundial e incluso la de Corea. No obstante, uno de los principales atributos de los miembros de la Fuerza Expedicionaria, reconocida tanto por amigos como enemigos, así como por observadores interesados, fue la gran profesionalidad con que se completó la campaña tan rápida y eficazmente y, además, a un coste relativamente barato.

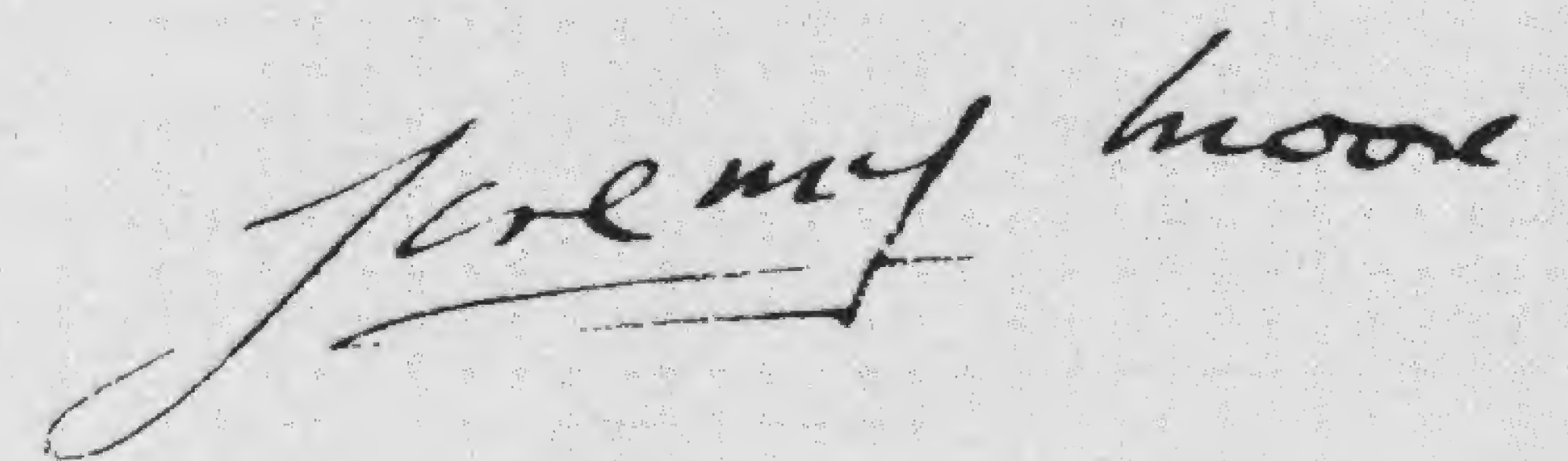
Los militares de siglos anteriores han tenido a menudo la oportunidad de estudiar los elementos de su profesión de primera mano, a través de una vida de combate, a

veces bajo el mando o al lado de su futuro enemigo. Marlborough, por ejemplo, combatió a la edad de 24 años con los franceses bajo el gran mariscal Turenne en las batallas de Sinzheim y Enzheim. Peor para el militar británico de la segunda mitad del siglo XX, la única oportunidad de aprender su profesión ha sido en el estudio de segunda mano. Pues mientras fue realizable, la formación de los oficiales del ejército británico en la Escuela de Estado Mayor incluyó visitas a los campos de batalla de Normandía con muchos de los participantes en aquellas batallas para aprender cómo habían visto los acontecimientos y oír sus experiencias.

Un comandante de éxito ha de tener un conocimiento claro de los tres elementos que maneja: hombres, material y terreno. Nada de eso es fácil, y hay que aprender diligentemente el arte de aplicar los dos primeros al tercero del modo y en el lugar en que resulten con el efecto más devastador. Sin la ventaja de la auténtica participación, el ingenio de los instructores que desarrollan ejercicios de tiempo de paz, estudios de mapas, batallas telefónicas que simulan la guerra en un aula, estudios tácticos sobre

el terreno (los famosos Ejercicios tácticos sin tropas o TEWT) y ocasionales maniobras en gran escala, aunque muy valiosos por sí mismos, no bastan. Los futuros comandantes han de obtener su "experiencia" en gran medida de la historia.

El presente libro da al lector una visión todo lo equilibrada con todos los elementos del mando, que la ciencia y el arte de la edición pueden lograr en un solo volumen. Para mí siempre ha sido una de las facetas más fascinantes del estudio del terreno visitar los campos de batalla y tratar de ver lo que veían (y a menudo no podían ver, pero tenían que adivinar) los grandes comandantes para poder conseguir sus grandes hazañas. En algunos casos, como en Blenheim o Ramilles, el mero hecho de buscar un buen lugar desde donde ver la escena lleva a uno naturalmente al lugar donde estuvieron Eugenio o Marlborough y ayuda a una comprensión de la apreciación del terreno. En otros eso no es posible y en esas circunstancias, o para aquellos imposibilitados de estudiar las batallas más que desde un sillón, la combinación de tecnología y arte de este libro aportarán visiones nuevas.



El mayor general sir Jeremy Moore, KGB, OBE, MC, fue el comandante de las fuerzas terrestres británicas en las islas Malvinas en mayo-julio de 1982. Como militar de carrera en los Royal Marines, ha participado en acciones en Malaya, Chipre, Brunei, Sarawak e Irlanda del Norte durante sus 35 años de servicio.

Alejandro Magno 356-323 a.C.

Alejandro Magno ha sido el comandante supremo, el modelo de muchos tácticos y caudillos militares de más talento de la historia. Como todos los grandes comandantes, Alejandro inspiró una intensa lealtad en sus subordinados. Su insistencia en compartir con sus hombres cualquier peligro y la constante preocupación mostrada por su bienestar los empujó a profesarle una profunda devoción y a seguirle durante un decenio en sus campañas a través de Persia e India. Su magnetismo, su encanto, su belleza física y su generosidad hicieron que todo el mundo quedase ligado a él de por vida.

Alejandro está en el umbral de la historia moderna como una figura a la vez brillantemente iluminada y elusiva. Era de estatura inferior a la media, según se dice, pero muy atractivo; ciertamente era rubio y tenía los luminosos ojos grises del visionario. Y su visión era magnífica: nada menos que la conquista de Oriente. Cuando cruzó con su ejército el Helesponto hacia Asia, el primer acto de Alejandro fue clavar su lanza en el suelo, reclamando así todo el continente, y su vida estuvo dedicada a este fin. A su muerte, su enorme imperio se extendía de Iliria en el oeste a Cachemira en el este. Tenía 32 años.

Durante su infancia y juventud, Alejandro, hijo de Filipo II, rey de Macedonia, tuvo toda ventaja educativa y social. El filósofo griego Aristóteles, que fue su tutor, tuvo una profunda influencia en él; sus compañeros eran elegidos por su inteligencia y clase y el joven Alejandro fue preparado meticulosamente para su futura profesión de soldado y rey. Pero su formación tuvo otro aspecto más siniestro, pues sus padres se odiaban mutuamente. Olimpia, su madre, alimentaba un amor posesivo por Alejandro, mientras su padre siempre subvaloraba sus logros. Es todavía un misterio cómo el niño, estirado entre las dos lealtades paternas, no se convirtió en un adulto inestable, como el emperador romano Nerón.

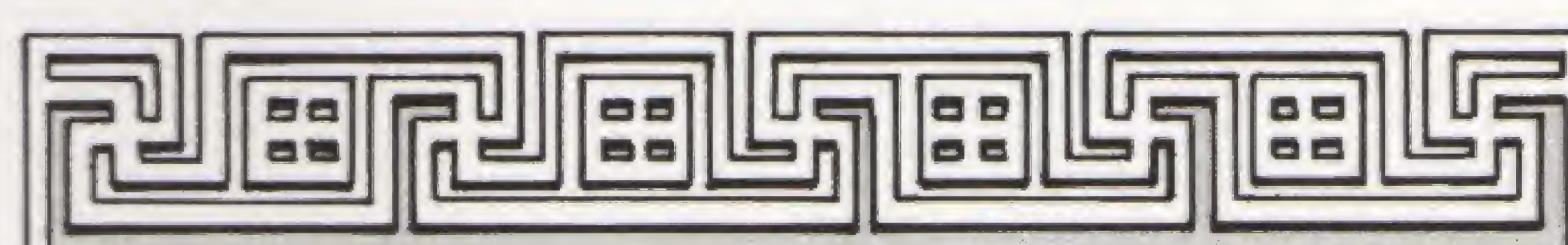
Un resultado de la actitud de Filipo hacia su hijo fue que Alejandro desarrolló una resolución apasionada en eclipsar a su padre en todo lo que hacía, y eso alimentó probablemente su ambición y lo empujó a lo largo de toda su vida. Sus miserias infantiles pueden haber afectado también su vida sexual adulta, pues le resultaban más importantes las relaciones francas, duraderas, con otros hombres que cualquier relación con mujeres. A la muerte de Hefestio —un joven de aspecto arrebatador, con quien se encontró en la adolescencia, y que se convirtió tanto en un militar distinguido como en su amigo del alma— el luto de Alejandro fue tan extremo que sus generales temieron durante un tiempo por su razón. En contrapartida, parece que Alejandro sólo estuvo brevemente enamorado de Roxana, una hermosa joven persa que se convirtió en una de sus varias esposas.

Aparte de general de los soldados, Alejandro también era un esteta. Era amante del teatro, de la música y especialmente de los libros, una colección de los cuales llevaba consigo en sus campañas. Pero cuando la ocasión lo exigía, Alejandro no dudaba en mostrar el lado implacable de su naturaleza. En 33 a.C., cuando se descubrió una conjura contra él, encabezada supuestamente por el hijo de Parmenio, Alejandro ordenó la ejecución no sólo del hijo culpable sino también del padre inocente.

Como cualquier gran figura histórica y hombre de poder, Alejandro tiene inevitablemente sus detractores. Ha sido retratado como un monstruo sexual y ha corrido el rumor de que sólo tuvo un hijo porque su potencia estaba crónicamente disminuida por el alcohol. En su defensa hay que decir que Alejandro era, según sus contemporáneos, un hombre joven que solía reunirse alrededor del vino con sus comandantes y amigos por el placer de la discusión sobre temas que iban desde la guerra a la filosofía. De la misma manera, el beber ocasionalmente hasta el exceso era aceptado por los griegos como una conducta normal. En efecto, nada de lo que se ha dicho maliciosamente de Alejandro puede quitarle su supremacía como caudillo y militar.

Alejandro Magno. Esta cabeza de mármol, del s. II a.C., se encontró en Pérgamo, en Turquía.

Estatuilla de bronce del período imperial romano, que supuestamente representa a Alejandro.



a.C.

- 356** 20/21 de julio Nace en Pella, hijo del rey Filipo de Macedonia.
- 340/339** Regente de Macedonia; derrota a tracios e ilirios.
- 338** Agosto Dirige la caballería macedonia en la batalla de Queronea contra los atenienses.
- 336** Julio Sucede a Filipo a la edad de 20 años.
- 335** Campañas en Tracia y en el Danubio; destruye la rebelde Tebas.
- 334** Cruza el Helesponto hacia Asia. Mayo Herido en la batalla de Granico. Toma Mileto y Halicarnaso.
- 333** Noviembre Derrota al rey Darío III de Persia en la batalla de Isos (herido).
- 332** Enero-julio Toma Tiro y, septiembre, Gaza (herido). Reforzado en Egipto y Siria por tropas de Grecia.
- 331** 1 de octubre **Batalla de Gaugamela**. Entra en Babilonia y, diciembre, en Susa.
- 330** Enero Asalta las Puertas Persas, entra en Persépolis y persigue a Darío hasta julio. Campañas al sur del mar Caspio.
- 329** Operaciones cerca de Maracanda (Samarcanda) y en Afganistán.
- 328** Campañas en Bactriana y Sogdiana (Turquestán); se casa con Roxana.
- 327** Toma la Roca de Aornos (Pir-Sar).
- 326** Invade India. Mayo Derrota y captura al rey Poro en la batalla del Hidaspes. Julio Motín junto al río Hidaspes.
- 325** Navega Indo abajo hasta la desembocadura, en julio. Agosto-noviembre Cruza el desierto de Gedrosia (Makran); 20 de diciembre se encuentra con su flota cerca de Hormozia (Ormuz).
- 324** Verano Corta el motín de los veteranos macedonios en Opis.
- 323** 10 de junio Muere en Babilonia a la edad de 32 años.





La batalla de Gaugamela/1 octubre de 331 a.C.

LA GRAN ESTRATEGIA de Alejandro se puede describir con facilidad. Puesto que su ejército era pequeño y sus ambiciones grandes, necesitaba primero atraer al ejército persa a una batalla y luego destruirlo. En caso ideal, tenía que capturar o matar a Darío, el rey persa, puesto que, si lo hacía, las dispares tribus del imperio probablemente lo aceptarían como sucesor de Darío.

Darío, nieto de Artajerjes II, que había gobernado Persia de 404-359 a.C., no había accedido al trono hasta 336 a.C., cuando tenía 50 años, por influencia del eunuco Bagoas. Ese hombre ambicioso y sin escrúpulos había asesinado previamente a dos rivales posibles a la corona persa.

Alejandro había derrotado al ejército persa en Isos en 333 a.C., dos años antes de la batalla de Gaugamela. Pero, en Isos, Darío había huido y aprovechado su fuga. Ahora Alejandro tenía que intentarlo de nuevo.

En julio o principios de agosto de 331 a.C., Alejandro y su ejército llegaron a la ciudad de Thapsacos sobre el Éufrates. No sabía exactamente dónde estaba Darío, pero calculaba —como resultó, correctamente— que reclutaba y adiestraba un nuevo ejército en la región de Arbela o de Babilonia. Esas dos ciudades eran objetivos evidentes para Alejandro,

El conflicto entre Grecia y Persia

Las ciudades-estado griegas, aunque independientes y a menudo en guerra, estaban, no obstante, levemente unidas, puesto que todos sus ciudadanos se consideraban helenos y todos compartían las mismas creencias religiosas. Alejandro unió las ciudades-estado en una causa común, la conquista de Persia.

Entre 500 y 449 a.C. hubo una serie de guerras entre las ciudades-estado y el imperio persa. Los logros de Alejandro, más de siglo y medio después, eran una extensión lógica de ese conflicto.

En tiempo del rey Darío I (r 521-486), Persia controlaba toda Asia occidental y Egipto y el rey decidió anexionarse también Grecia. Pero en 490 a.C., a pesar de éxitos anteriores, los persas fueron derrotados por los atenienses en Maratón. No obstante, Jerjes I (r 486-465), hijo y sucesor de Darío, renovó la lucha. Aunque Atenas fue conquistada en

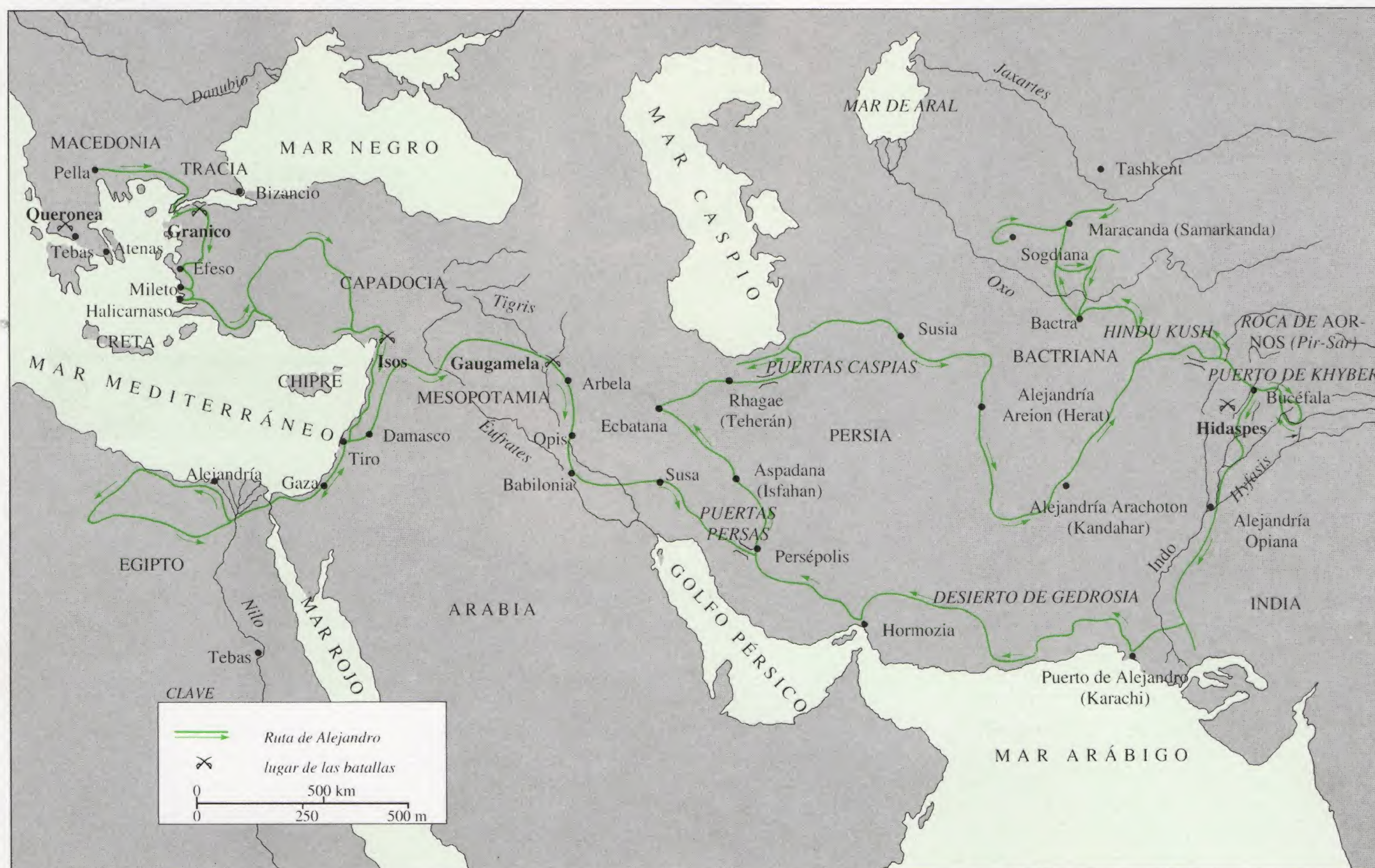
480 a.C. la flota persa fue destruida poco después por los griegos cerca de la isla de Salamina.

El período de estabilidad siguiente permitió al rey Filipo II de Macedonia (382-336 a.C.), que había reorganizado y adiestrado su ejército en la formación de falange, hacerse con la hegemonía de Grecia derrotando a atenienses y tebanos en la batalla de Queronea en 338 a.C. Habiendo consolidado su poder, aseguró una paz duradera en Grecia y puestos los cimientos de un ejército formidable, Filipo concibió el plan de eliminar para siempre la influencia persa de los asuntos griegos invadiendo el imperio. Preparaba la marcha cuando fue asesinado.

El éxito de Filipo en casa permitió los grandes logros de su hijo. Sus planes sólo prevenían una invasión limitada; los de Alejandro conquistar Asia, ambición que lo llevaría a Gaugamela.

de modo que Darío tenía que guardarlos. Había dos vías posibles para un ejército para ir de Thapsacos a Babilonia: directamente Éufrates abajo o al noreste a través de Mesopotamia y luego bajando por la orilla oriental del Tigris. Darío y su estado mayor calcularon que sería altamente probable que

Alejandro siguiera el primer camino. Tomó sus disposiciones en ese sentido, esperando enfrentarse a Alejandro en batalla en algún lugar de las llanuras al norte de Babilonia. Como era típico, Alejandro tomó la opción improbable, la de cruzar Mesopotamia y bajar al sur a lo largo del Tigris.



Había, pues, que dejar de lado el primer plan de Darío y desarrollar uno nuevo. Aunque su segundo plan era estratégicamente sólido, era difícil de realizar. Los exploradores tenían que observar los movimientos de Alejandro y calcular a qué vado del Tigris se dirigía. Una vez eso seguro, había que avisar a Maceo, sátrapa persa de Babilonia, que mandaba una fuerza de avanzada. Sus órdenes eran de marchar hacia el vado adecuado y simular una defensa. Mientras tanto, el ejército principal de Darío, que ya marchaba hacia el norte por Arbela, también se apresuraría al vado y destruiría el ejército de Alejandro mientras realizaba el cruce o poco después de haberlo realizado.

Había cuatro lugares de cruce posibles entre los que Alejandro podía elegir. De norte a sur eran Jazirat-ibn-Omar, Abu Dhahir, Abu Wajnam y Mosul, este último el más meridional y el más cercano a Arbela. Los persas calculaban que trataría de cruzar por Mosul: de hecho, era el único lugar que podrían alcanzar a tiempo. Típicamente de nuevo, Alejandro confundió a sus enemigos al tomar el camino más largo, marchando a través de las tierras altas —más frescas— del norte y cruzando el río inesperadamente, aunque no se sabe de cierto cuál de los otros vados río arriba empleó. Lo que se sabe es que había cruzado el Tigris antes de que los persas siquiera hubieran descubierto qué vado trataba de usar.

El plan revisado de los persas sobraba, pues, tanto como el primero. Sólo se puede especular, pero es probable que a esas alturas, Darío estuviera a contrapié y su estado mayor confuso. Si es así, esta es la primera ventaja derivada de la estrategia de Alejandro.

Darío, sin embargo, todavía tenía un triunfo que jugar. Puesto que su ejército estaba entre Alejandro al norte y Babilonia, su objetivo, al sur, por lo menos, podía elegir, el lugar de la batalla. El que eligió fue una llanura cerca de Gaugamela y rápidamente ordenó que se aplanaran las rocas salientes para facilitar el paso de sus carros en su ataque. El lugar estaba bien elegido —o puede que sólo se topara con él por casualidad— pero tenía una desventaja: a unos 5 km al noroeste había una sierra que Alejandro podría usar como puesto de observación.

A primera hora de la noche del 30 de septiembre de 331 a.C., los ejércitos estaban a distancia de choque. Había gran disparidad entre sus números. La hueste persa comprendía por lo menos a 100.000 infantes y 34.000 jinetes, muchos de ellos de gran calidad, en especial los capadocios, recién equipados con una armadura de malla, una espada más larga que la anterior y una lanza en lugar de jabalina. La fuerza de Alejandro, aunque era la mayor que jamás hubiera

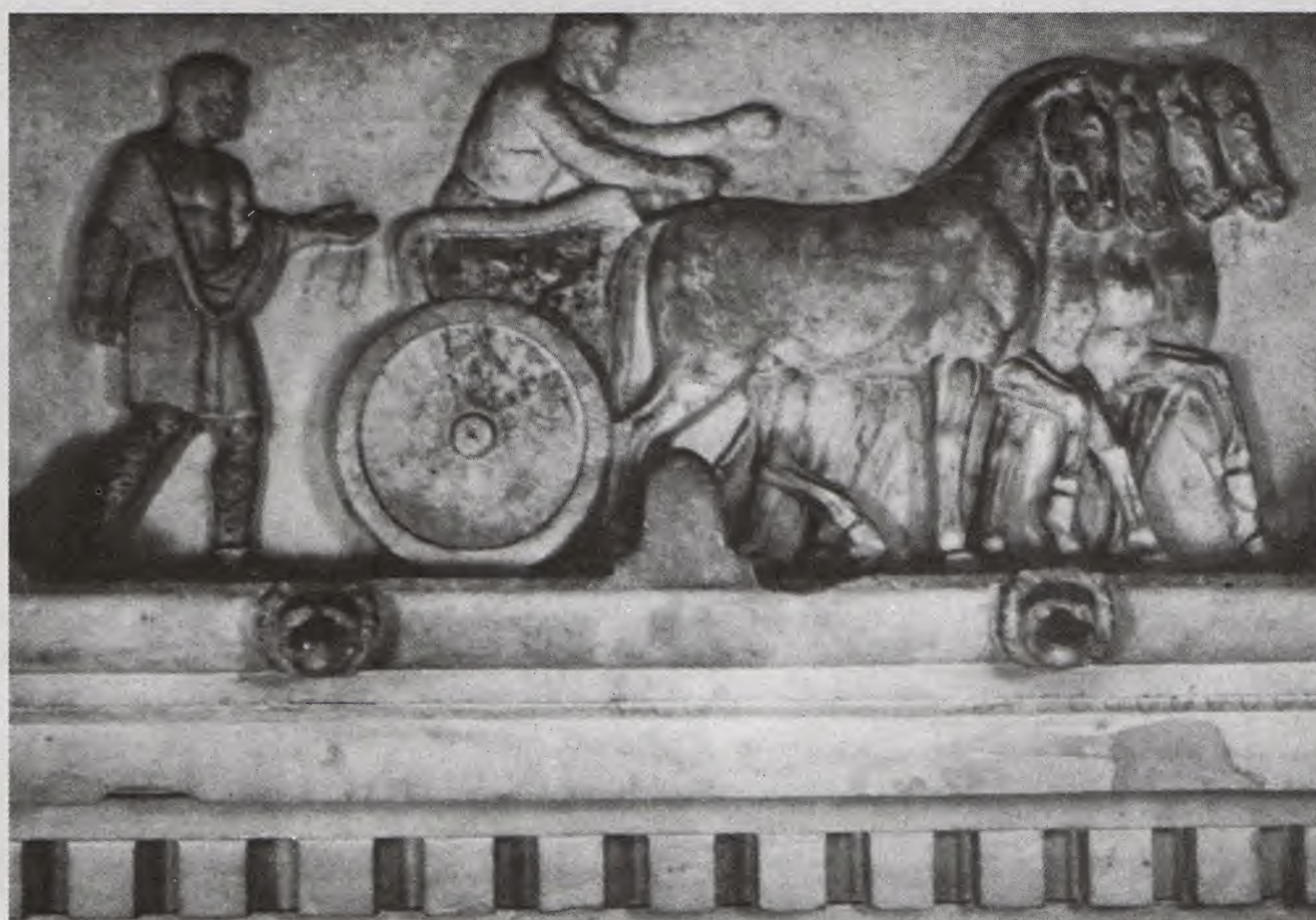


La doma de Bucéfalo

Esta estatuilla de bronce de Alejandro domando a Bucéfalo data del s. IV a.C. y es una de las representaciones más tempranas de este acontecimiento fabuloso.

Parece que el fiero caballo le fue ofrecido al rey Filipo a un precio elevado, pero se negaba a dejarse montar. El rey, por lo tanto, lo consideraba inútil, pero Alejandro, que entonces sólo contaba nueve años, insistía en que era un caballo insuperable. Su padre le ofreció un desafío: si Alejandro conseguía montarlo, se lo compraría; si fracasaba, tendría que pagarlo él. Dice la leyenda que el niño, dándose cuenta de que el animal se espantaba ante su propia sombra, lo encaró al sol y saltó sobre su lomo, ganando así la apuesta.

Bucéfalo —"cabeza de buey"— parece que confió instantáneamente en Alejandro y, en toda su vida, no se dejó montar por nadie más.



Carros de guerra

La guerra de carros se originó en Mesopotamia poco después de 3500 a.C., cuando ciudades como Ur confiaron en carros de dos y de cuatro ruedas como su fuerza de ataque principal. Tirados por onagros, o asnos salvajes, estos primeros carros eran pesados y poco maniobrables y usados probablemente para ataques frontales. Con la invención de la rueda de radios, más ligera, los carros se hicieron más maniobrables, especialmente cuando, hacia 2000 a.C. se introdujeron los caballos.

El crecimiento gradual de la caballería caballar, especialmente la persa, gracias a una cría

Carro de guerra persa; detalle del mármol del sarcófago de Alejandro, s. IV a.C.

mejor y a mejores bocados, redujeron el carro en todo el mundo antiguo a un vehículo para la caza y las carreras. Para la época de Gaugamela, los carros estaban pasados de moda como arma de guerra, salvo en India. Aquí se guardaban para los carros los mejores caballos y se mantuvieron como arma durante 700 años después de Gaugamela, a pesar de que sólo cinco años más tarde los 80-100 carros usados contra Alejandro en el Hidaspes por el rey Poro se quedaron atrapados en el barro.

La batalla de Gaugamela / 2



El mosaico de Isos, hallado en Pompeya, era copia de una pintura contemporánea y muestra el momento crucial de la batalla de Isos, con Alejandro dispuesto a atacar a Darío en su carro de guerra. En esta ocasión, Darío huyó para volver a luchar y encontrar su derrota definitiva en Gaugamela.



En cada época se hicieron más extravagantes las leyendas sobre Alejandro, con hechos y fantasías mezclados inextricablemente. En esta miniatura medieval francesa de Vauquelin, se retrata a Alejandro con calzas y jubón, montado en el mítico Bucefalo, que ha desarrollado un cuerno de unicornio y una cola de pavo real.

mandado, sólo comprendía, según se estima, unos 40.000 infantes y 7000 jinetes.

Alejandro hizo personalmente un reconocimiento de la fuerza y las disposiciones del enemigo y, a pesar de las ansias de la mayoría de sus generales, se decidió en contra de un ataque nocturno inmediato. En lugar de eso, se retiró a su tienda para trazar su estrategia. Ordenó a sus tropas que comieran bien y luego descansaran. Darío, por su

parte, recordando las maniobras impredecibles de Alejandro, ordenó a su ejército que se mantuviera alerta durante toda la noche en previsión de un ataque sorpresa. Es seguro que la frescura por una parte y la fatiga por la otra tuvieron cierto papel en el resultado de la batalla del día siguiente.

Alejandro trabajó en su tienda hasta entrada la noche; luego, con su táctica clara, se retiró a dormir. Por la mañana —había orde-

nado a sus tropas que estuvieran dispuestas para moverse antes del alba— sus generales lo encontraron “dormido como un niño”; en efecto, hubo que agitarlo para que despertara. Así es la confianza del comandante supremo.

El ejército persa, superior en número a los macedonios por cinco a uno, se colocó en una línea de oeste a este, con dos alas poderosas de caballería: a la derecha, la caba-

La caballería pesada macedonia

La caballería de los Compañeros, la guardia montada propia del rey, originalmente sólo contaba 600 jinetes; para 338 a.C. eran 1800. Inicialmente estaban equipados con corazas blancas hechas de placas metálicas cubiertas de lino, yelmos frigios, grebas opcionales y botas. Llevaban espadas rectas y la larga pica de caballería, o *xyston*, más larga que las armas persas. El vestido incluía cazadoras púrpuras de manga larga y capas amarillo doradas bordeadas de púrpura. Alejandro sustituyó el yelmo frigio por el beocio, más ancho, que protegía también la cara y los hombros, aparte de permitir una visión más amplia. Los Compañeros eran jinetes natos y, como todos los jinetes del mundo antiguo, montaban sin silla ni estribos. Cada hombre tenía un escudero y marchaba a pie para guardar a su caballo.

La caballería de los Compañeros se dividía en ocho escuadrones territoriales, siete de ellos de 200 hombres y el primero, o Escuadrón Real, de doble número. Siempre estaba colocada a la derecha y contenía a los compañeros personales de Alejandro, dirigidos por él, montado, en la batalla, en Bucéfalo. Cada escuadrón se componía de cuatro pelotones de 49 hombres con un jefe.

Las formaciones de batalla adoptadas por los Compañeros incluían el cuadro, el rombo y la cuña, esta última inventada por Filippo, era la preferida, pues permitía formar el pelotón en cuña con su jefe en el vértice, permitiendo realizar un ataque concentrado en un frente estrecho.

Compañero caballero

Yelmo beocio



Compañero de a pie

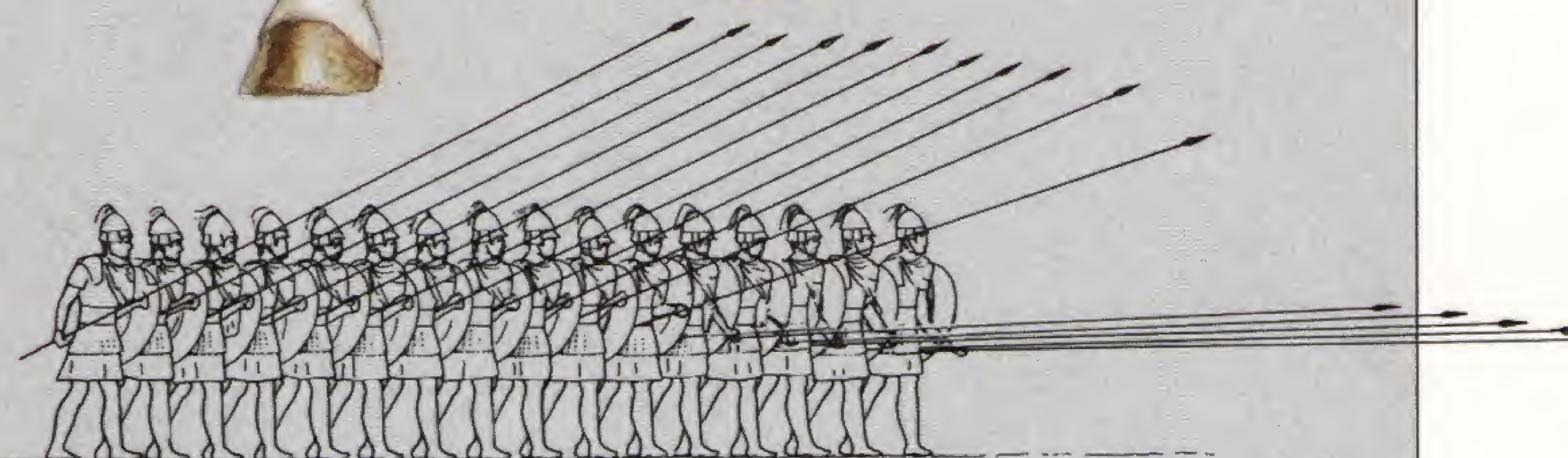


La falange macedonia

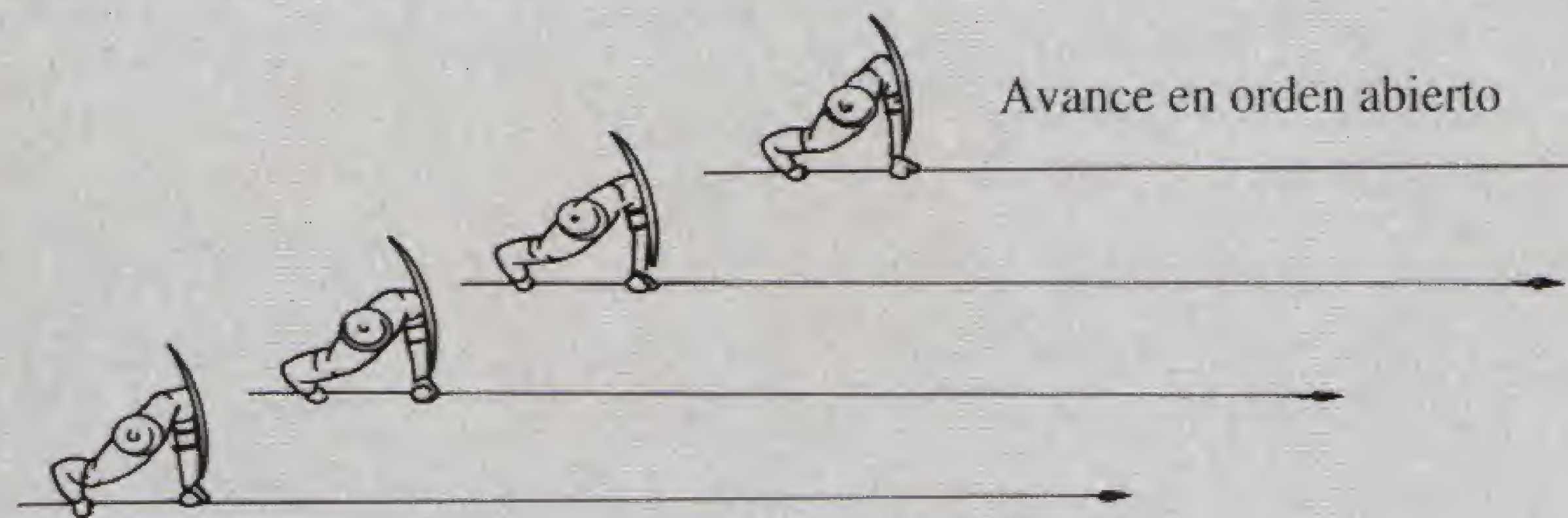
Esta formación de infantería armada de pica, de 16 hombres de profundidad, era parte de la herencia militar de Alejandro de su padre. Durante más de 300 años habían librado las batallas griegas formaciones, o falanges, de *hoplitas*, habitualmente de ocho de fondo. Estos soldados, llamados así por sus escudos redondos cubiertos de metal, iban armados con lanzas de hasta 3,5 m de largo, una espada y una *sarissa*, una pica mandoble originaria de los Balcanes que medía entre 5 y 5,5 m de largo.

La falange de Alejandro, llamada Compañeros de a pie en reconocimiento de su estatus de élite, se componía de 9000 a 12.000 hombres. Constaba de seis regimientos, cada uno compuesto de tres batallones de 512, desplegados en 32 filas, cada una de 16 hombres. Los batallones estaban divididos en dos *syntagma* de 256 hombres: 16 filas de 16 hombres.

El adiestramiento permanente convertía la falange macedonia en formidable en la acción y capaz de adoptar diversas formaciones.



Avance en orden abierto



Orden cerrado

Yelmo frigio



Avanzaba en orden cerrado con los piqueros a intervalos de 1 m con las *sarissas* de las cinco primeras hileras proyectadas hacia fuera; las picas de las once hileras restantes se mantenían verticales para cubrir la falange de las armas arrojadizas. A la defensiva, la falange aún se cerraba más, interconectando los escudos: cada hombre cubría a su vecino y descansaba el escudo en el arma del hombre de delante.

La batalla de Gaugamela / 3

llería occidental, incluidos los capadocios, comandados por Maceo; a la izquierda, caballería de las provincias orientales, comandados por Besso, sátrapa de Bactriana y primo de Darío. El propio Darío se situó en el centro, con 1000 guardias a caballo delante de él, luego 50 carros guadañados y, delante de estos, 15 elefantes de guerra. Uno de los imponderables menores de la historia militar es por qué no fueron usados estos elefantes en la batalla.

Había 100 carros guadañados más en su centro izquierda y 50 en su centro derecha. Darío había reintroducido los carros con ruedas armadas de guadañas, en tiempos eficaces pero superados desde hacía tiempo; pero no había habido tiempo suficiente para adiestrar plenamente a sus conductores.

La línea macedonia, menos numerosa, era mucho más corta. En efecto, una vez acabado el despliegue, Alejandro, que se situó en el ala derecha, estaba casi justo enfrente de Darío en el centro persa. Era seguro que Darío trataría de envolverlo y que la línea frontal de la caballería y los carros persas atacarían pronto. Alejandro no tenía, por lo tanto, más alternativa que adoptar una postura defensiva. Así, situó su falange en el centro, fuertemente apoyada en sus flancos por formaciones profundas giradas en un ángulo de 45 grados en sus extremos para evitar el envolvimiento.

A la izquierda, Parmenio comandaba la caballería Tesalia, a la derecha, Filotas comandaba la caballería de Compañeros, la mitad de los arqueros macedonios y —disposición que en breve resultaría de importancia crucial— unidades de lanceros con jabalinas. Puesto que Alejandro podía ser envuelto con relativa facilidad, pues su línea sólo era la mitad de larga que la de los persas, profundizó sus flancos con reservas, con órdenes de volverse si parecía producirse el envolvimiento.

En esta disposición, los Compañeros estaban enfrentados a los carros guadañados. Alejandro empezó a moverse hacia la derecha, de manera que la infantería, mucho menos vulnerable a una carga de carros, quedara enfrentada a éstos. Esta maniobra tenía la ventaja adicional de reducir el excedente persa. Siguió moviendo unidades hacia su derecha hasta que las unidades extremas alcanzaran el extremo del área de terreno aplanado de Darío, más allá del cual el suelo desigual obstaculizaría el avance de los carros. La trampa estaba dispuesta; sólo tenía que caer.

Porque a Darío le quedaban pocas opciones más que atacar el ala derecha de Alejandro para mantener su excedente lineal. Darío lanzó a sus catafractos escitas (caballería muy pesada), luego su caballería bactriana, contra el extremo derecho de Alejan-



Moneda de plata emitida por Ptolomeo que muestra a Alejandro con un tocado de elefante.



Alejandro aparece como emperador romano en este medallón de oro de Abukir en Egipto.



Medallón de oro de Abukir: Alejandro lleva los cuernos del dios egipcio Amón.

dro. Siguió un combate duro, pero fueron detenidos.

Poco después, en apoyo de los bactrianos, Darío ordenó cargar a los 100 carros de su centro izquierda. Entonces entraron en acción los lanceros macedonios. Una lluvia de jabalinas llevó a la confusión a los conductores; muchos fueron muertos, la mayoría de los caballos se desbocaron. Los carros restantes, los que llegaron a la falange, fueron empujados irrefrenablemente adelante a través de un pasillo bien disciplinado formado en las filas de infantería para ser eliminados por la segunda línea de la infantería macedonia.

Darío vio entonces que Alejandro estaba —o parecía estar— totalmente ocupado en su flanco derecho y, llegado este momento, juzgó oportuno ordenar a toda la línea de caballería persa que avanzara en dos —supuestamente decisivos— ataques envolventes. Este optimismo estaba fuera de lugar. Si Darío hubiera concentrado su ataque contra los Compañeros, puede que el resultado de la batalla hubiera sido otro; pero el golpe estaba dirigido contra el extremo derecho del ejército griego y se formó un hueco en el frente persa.

Este era el momento de Alejandro. Planificación y preparación, astucia, maniobra, previsión, todo eso es necesario en la batalla, pero la coronación de un comandante supremo es la capacidad de aprovechar, no por pensamiento consciente, sino por instinto, el segundo exacto en el que comprometerse. Alejandro ahora dirigió a los Compañeros en una carga feroz en derechura al propio rey Darío.

Cuando Alejandro, en el vértice de la carga, casi había alcanzado el carro real, Darío perdió el valor y los nervios. Con su conductor herido, el rey tomó las riendas, volvió el carro y fue el primero en abandonar el campo. El centro persa, creyendo erróneamente que el conductor herido era Darío, empezó a desintegrarse.

La batalla no había terminado, sin embargo. El avance de los Compañeros y batallones de la falange había dejado un hueco en el centro griego, por el que rápidamente penetraron la Guardia Persa de Darío y la caballería india. Si entonces hubieran virado a la derecha contra Parmenio, bajo fuerte presión, habría peligrado toda la izquierda griega. En lugar de eso, siguieron galopando para saquear la impedimenta de Alejandro, a cierta distancia en retaguardia.

No obstante, Parmenio se vio obligado a llamar urgentemente a Alejandro en su ayuda. Como escribió más tarde el mariscal Montgomery, es «un indicador del control extraordinario de Alejandro que lograra hacer virar inmediatamente a los Compañeros y luego llevarlos al otro lado de la batalla».

Antes de que Alejandro alcanzara a Parmenio, sin embargo, se vio obligado a combatir una acción de caballería contra la Guardia Persa que volvía de saquear su campamento. Cuando finalmente llegó junto a Parmenio descubrió que los tesalios habían rechazado a la derecha persa y que la situación se había restablecido.

Muchos persas se habían dado cuenta a esas alturas de que Darío había huido y perdieron el valor. Maceo sintió, con justicia, que sus obligaciones para con el gran rey habían terminado y despejó a sus hombres lo mejor que pudo. Besso y su fuerza en la izquierda persa también desertaron.

Sólo le quedaba a Alejandro ordenar una persecución general para asegurar que los persas nunca pudieran volver a formarse como ejército. Su persecución de 55 km hasta Arbela fue tan dura que, se dice, reventaron 1000 caballos. Se encontró el carro abandonado de Darío, pero el propio rey se había desvanecido. No importaba. Alejandro ya despreciaba tanto a Darío que no se rebajaría a que pareciera que diera precio a su captura. En lugar de eso, empezó de inmediato a desarrollar los planes para las campañas para extender su imperio hacia el este.



Alejandro, montado en Bucéfalo, ataca a guerreros persas en este re-

lieve del Sarcófago de Alejandro.

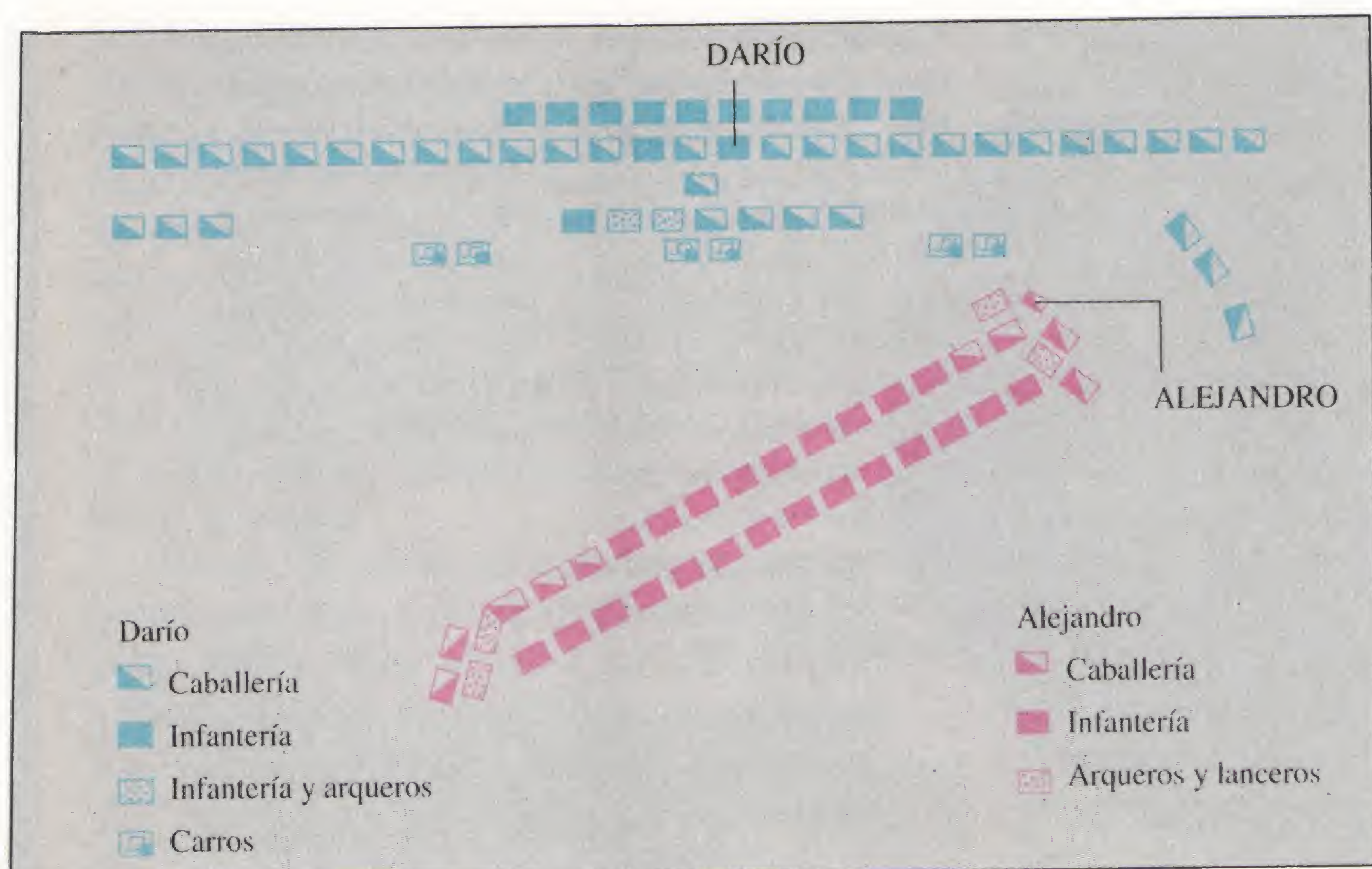
El relieve Chigi, del que se ha hecho este dibujo, es un pequeño panel de mármol amarillo de unos 9 x 14 cm. Data de 14-37 d.C., de la época del emperador romano Tiberio. Descubierto por el príncipe Chigi en 1780, se conserva ahora en el palacio Chigi de Roma. La inscripción griega en la parte alta explica que el medallón redondo

muestra la batalla entre la caballería griega y persa en Gaugamela. Debajo hay un altar dedicado a Alejandro. Las dos figuras vestidas representan a Europa y Asia y significan el imperio de Alejandro, que unía ambos continentes.

Alejandro reunió a su ejército, marchó hacia Babilonia, donde aceptó la rendición de Maceo y dio descanso a sus tropas. Siguió la marcha hacia Susa y, a través de las Puertas Persas, a Persépolis, donde permaneció tres o cuatro meses y finalmente saqueó e incendió los palacios de Darío. A principios de 330 a.C., su persecución de Darío lo llevó al nordeste; después de la muerte de Darío y de la rendición de Nabazarnes, uno de sus asesinos y antiguos generales, Alejandro siguió adelante a través de Bactriana, más allá del Oxo, en persecución de Besso, el segundo asesino. El propio Besso fue traicionado por sus pro-



La batalla de Gaugamela / 4



Disposiciones antes del ataque de Alejandro

El ejército de Alejandro estaba en inferioridad numérica de cinco a uno, de modo que debía atraer a Darío a un ataque que agotara a los persas y le daría la oportunidad para una respuesta decisiva. Esta táctica del ataque desde una posición defensiva, realizada brillantemente por Alejandro, también fue

usada con éxito por Enrique V de Inglaterra en la batalla de Agincourt y por Von Manstein en Kharkov. Darío había hecho despejar y aplanar previamente una gran área, de modo que nada obstaculizara a sus carros.

La respuesta de Alejandro fue mover su ejército lentamente

desde su disposición original hacia la derecha, en ángulo, para impedir que el ejército mucho mayor de Darío envolviera a su flanco derecho. Al mover a su fuerza al extremo del suelo aplanado, Alejandro disponía un anclaje seguro para su ala derecha.



Darío (2), confiado en que Alejandro estaba preocupado con la lucha en su ala derecha, consideró, llegado el momento oportuno, ordenar a sus alas de caballería que cargaran en dos maniobras envolventes.

Alejandro (1) había hecho sus disposiciones en previsión precisamente de este movimiento, pues, al atacar de nuevo el ala derecha de Alejandro, Darío no podría evitar que se formara un hueco en su propia ala izquierda. Había llegado el momento para la carga decisiva del propio Alejandro.

Montado en Bucéfalo, de 24 años, Alejandro dirigió de inmediato a su caballería de Compañeros (4) en una carga feroz directamente contra Darío, una figura imponente de 2 m de alto. Alejandro había alcanzado casi el carro real cuando Darío,

temiendo por su vida, tomó las riendas de su conductor mortalmente herido, volvió el carro y huyó del campo de Gaugamela.

La batalla de Gaugamela se inició a primera hora del día 1 de octubre de 331 a.C., cuando Darío lanzó a su caballería escita contra el ala extrema derecha de Alejandro y casi consiguió superar la línea macedonia. Los persas quedaron desconcertados, sin embargo, al encontrar infantería entre los jinetes de Alejandro, que le impuso un combate a corta distancia.

Al mismo tiempo, se dejó ir los 100 carros guadañados del centro izquierda de Darío. Pero, como resultado del movimiento de Alejandro hacia la derecha, ahora estaban frente a la infantería macedonia, mucho menos vulnerable a una carga de carros que la caballería.

Los arqueros de Alejandro lanzaron sus saetas y los lanceros (3) avanzaron para enfrentarse a la carga. Con una lluvia de sus largas jabalinas impusieron la confusión entre los carros, matando o hiriendo a muchos conductores y caballos. Algunos de los caballos se desbocaron; otros vieron sus riendas cogidas por los lanceros, y los conductores fueron

arrancados de sus posiciones. Muchos carros pasaron sin hacer daño a través de pasillos bien disciplinados abiertos en las filas de la infantería para ser destruidos en la retaguardia macedonia.



El centro persa, que había observado la escena, primero creyó que Darío había sido muerto y empezó a desintegrarse. Pronto se dieron cuenta, junto con tropas de ambas alas del ejército persa, de que el rey había huido; ellos también perdieron el valor y renunciaron a la lucha.

Alejandro ordenó una persecución general. Se encontró abandonado el carro de Darío, pero el rey había escapado.

Las pérdidas macedonias en Gaugamela se han cifrado en no más de 500; la cifra más pequeña para las bajas persas se ha situado en 40.000.

La batalla de Gaugamela / 5

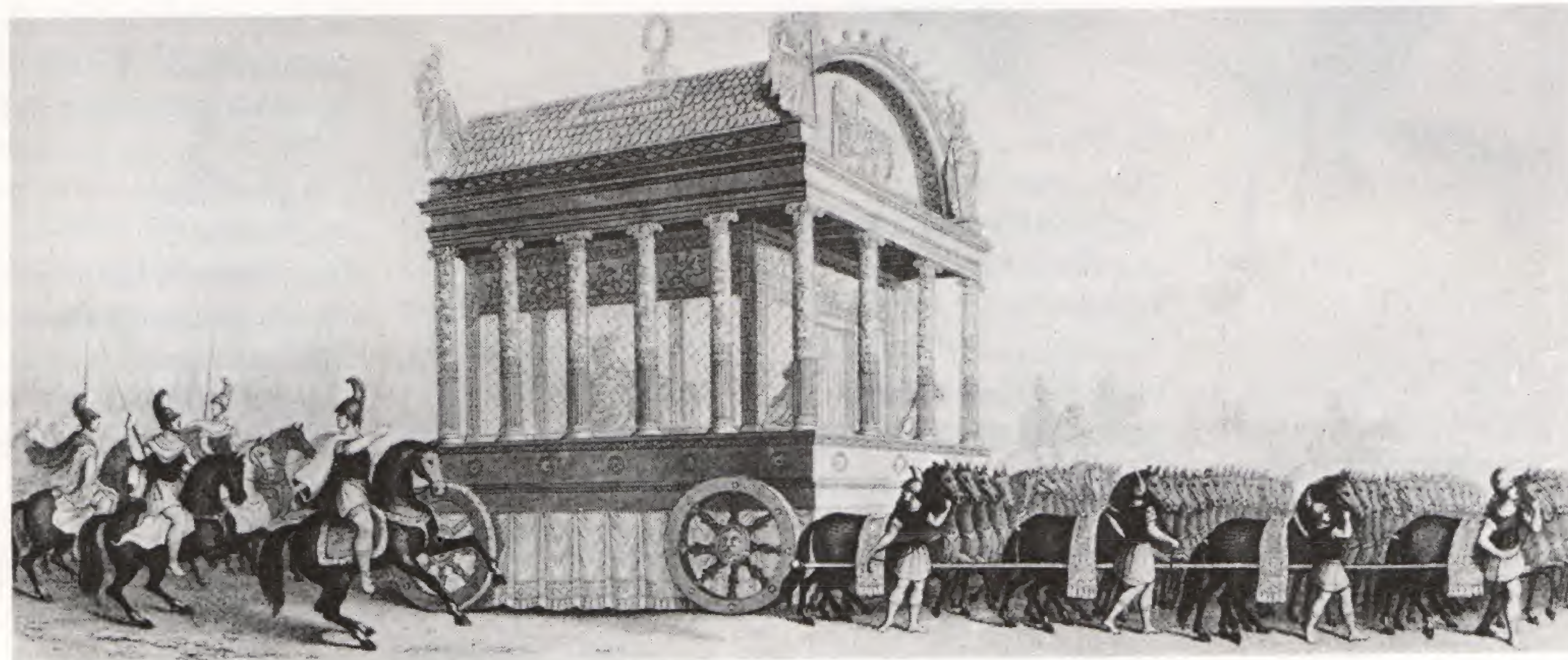
pios hombres cuando oyeron de la aproximación de Alejandro, juzgado ante un tribunal persa como delincuente común y ejecutado.

Alejandro era ahora indiscutiblemente la cabeza del imperio persa y así lo consideraba el pueblo. Muchos de sus soldados, sin embargo, estaban disgustados con la perspectiva de más campañas después de los muchos años de servicio lejos de casa; además, rechazaban el que Alejandro adoptara costumbres y atuendos persas, temiendo que pudiera volverse a su vez tan despótico como habían sido los reyes persas.

No obstante, Alejandro avanzó profundamente hacia Sogdiana, y allí se encontró y casó con Roxana, hija de un caudillo local. Durante un tiempo pareció cautivado por ella, pero el matrimonio escandalizó a algunos de entre sus macedonios y se desarrolló una conjura para matar a Alejandro. Fracasó y, una vez más al mando supremo de su ejército, Alejandro se movilizó para marchar al este, India adentro. Conquistó el Punjab, derrotando al rey indio Poro en la batalla de Hidaspes. Sin embargo, sus hombres se negaron a ir más allá; hacía ocho años que habían salido de Grecia; habían combatido numerosas batallas y marchado unos 27.500 km.

Aceptando el ultimátum de sus hombres, Alejandro se dispuso a volver la espalda a India. Ya había construido una flota y ahora la llevó Indo abajo hasta la desembocadura; desde allí la envió bajo Nearco en el viaje no cartado hacia el golfo Pérsico. Mientras tanto, él y su ejército marcharon de regreso a través de la región desierta de Persia, mientras una pequeña fuerza a las órdenes de Crátero tomaba un camino más septentrional. El 20 de diciembre de 325 se encontró con su flota en Hormozia (Ormuz) y regresó a Babilonia. Aquí se asentó a principios de 323 a.C., después de una campaña contra los nómadas coseos, para planear un ataque contra Arabia, pero contrajo

La procesión fúnebre de Alejandro.



En la cara del Alejandro, el guerrero, pueden verse los signos de desgaste, enfermedad y duelo, retratados en este medallón de oro de Abukir.

unas fiebres, probablemente por beber agua contaminada, de las que murió el 10 de junio.

La carroza fúnebre de Alejandro era magnífica. Se necesitaron dos años para hacerla y no se reparó en gastos. El ataúd era de oro; en el palio de púrpura bordada estaban expuestos el casco, la armadura y las armas de Alejandro. Columnas jónicas de oro en los lados del catafalco sostenían un teja-

do de oro incrustado de joyas y coronado por una corona maciza de hojas de olivo de oro. En cada esquina del tejado había una figura de victoria sosteniendo un trofeo.

Debajo de la cornisa colgaba un friso pintado que mostraba elementos de la vida de Alejandro: elefantes de guerra, barcos, caballería y el propio Alejandro en su carro con sus guardias persas y macedonios. Todo el edificio estaba embellecido con piedras preciosas y la entrada guardada por leones de oro.

Se necesitaron 64 mulas, cada una guardada con una corona y un collar incrustado de piedras, para arrastrar el macizo catafalco sobre el que reposaba el cuerpo embalsamado de Alejandro. En su largo camino de 1500 km a través de Asia despertó admiración y espanto en todos los que lo vieron. Y, cuando llegó a Egipto, Alejandro fue enterrado con esplendor similar en la ciudad que todavía lleva su nombre; no se sabe si su tumba permanece enterrada bajo los restos del tiempo.

Darío III, rey de Persia r 336-330 a.C.

Las derrotas decisivas de Darío en Isos y Gaugamela se derivan de muchos factores, no el menor su incapacidad de delegar el mando, aunque tuviera oficiales capaces como Maceo y Besso. Así, se enfrentó solo al genio de Alejandro y, a pesar de ser a veces un comandante osado e ingenioso, carecía del impulso de Alejandro y de su habilidad para aprovechar el instante oportuno. En Gaugamela, la superioridad numérica de Darío, tanto en caballería como en infantería, se disipó al perder la iniciativa y ser incapaz de atacar pronto con su ala derecha; además, su confianza en los carros guadañados, armas ya obsoletas, estaba fuera de lugar.

Darío huyó de ambas batallas. En Isos había una justificación, pues personificaba el imperio persa y su muerte o captura habría anunciado la desintegración de éste. Huyó para formar un nuevo ejército y para combatir otra vez, aunque toda su familia fuera capturada. Pero, en Gaugamela, su huida prematura puso fin a cualquier esperanza para un futuro de Persia bajo su reinado; durante los seis



Moneda persa de oro que muestra a Darío III corriendo y con un arco, símbolo de autoridad.

meses siguientes sólo fue capaz de reclutar 3000 jinetes y 34.000 infantes.

Alejandro permaneció en Persépolis cuatro meses, luego persiguió a Darío al norte hacia Ecbatana (Hamadan). Allí

supo que Darío había huido al nordeste a través del paso en las montañas Elburz conocido como Puertas Caspias. Alejandro siguió su persecución y en Rhagae, cerca de la actual Teherán, supo que su enemigo, desmoralizado e ineficaz, había sido hecho prisionero por Besso y Nabarzanes, dos comandantes poderosos desilusionados de su gobierno. La Guardia persa, hasta entonces leal a Darío, viendo la inutilidad de seguir resistiendo a Alejandro, lo abandonó.

Alarmado de que, bajo coacción, Darío podría conferir legitimidad a un sucesor abdicando en favor de cualquiera de ellos, Alejandro condujo a una unidad de caballería en una cabalgada salvaje nocturna a través de unos 65 km de arenales para interceptar a los persas. Por la mañana avistaron en la distancia una hilera de carros. Darío no estaba en la caravana, pero más tarde lo encontraron en un carromato abandonado, asesinado. Alejandro envolvió el cadáver en su propia capa y lo hizo llevar a Persépolis para un entierro real.

La influencia de Alejandro

El imperio de Alejandro no sobrevivió mucho a su muerte, en parte porque no había nombrado sucesor, y su hijo de Roxana, el futuro Alejandro VI, no había nacido todavía. Sus generales se enfrentaron, tratando cada cual de conseguir para sí la mayor esfera de influencia posible. Resultaron tres potencias principales: Macedonia, dominante en Grecia; el reino seléucida, que comprendía gran parte del antiguo imperio persa; y Egipto, donde la dinastía fundada por Ptolomeo, amigo y biógrafo de Alejandro, se mantuvo durante unos 300 años, hasta que se extinguió por el veneno del áspid de Cleopatra en 30 a.C.

Aunque el imperio de Alejandro resultó efímero, su impacto en la historia del mundo fue profundo y duradero. Alejandro fundó unas 70 ciudades, muchas con su nombre, así como fortalezas y centros culturales y comerciales, que extendieron los ideales y el conocimiento griegos hasta China por el este. Todavía se encuentran pruebas de la extensión de la influencia helenística: en la década de 1960 se encontró una ciudad antigua, datada en épocas seléucidas o incluso de tiempos de Alejandro, en Ai Khanum, en Afganistán. Hay un teatro, un *ágora* (mercado), gimnasio, columnatas y templos, todos los elementos de una gran ciudad griega que floreció durante siglos. Incluso algunas esculturas budistas tempranas encontradas en India muestran características de estilo tomadas de obras griegas.

Los intereses de Alejandro habían sido casi ilimitados, entre ellos la guerra, medicina, botánica, zoología y astrología, disciplinas que se enseñarían en muchas universidades que fundó. Una de

las sedes de enseñanza más prestigiosas estuvo en Alejandría, en Egipto, donde se formó una gran biblioteca y donde también enseñaron muchos eruditos famosos, entre ellos el matemático Euclides.

Cuando Roma se hizo con el control del mundo helenístico después de 190 a.C., la cultura griega inspiró rápidamente la romana, y juntas formaron la base de la cultura occidental moderna.



Escipión el Africano 236-183 A. C.

Por una curiosa casualidad, el primer incidente registrado de la vida de Publio Cornelio Escipión —llamado el Africano después de sus victorias en el norte de África— es la acción de caballería en el Tesino en 218 a.C., el primer combate librado en tierra italiana por su posterior contrincente, Aníbal. Escipión tenía en ese momento 17 años y un incidente durante la batalla influiría en su comportamiento en la guerra durante toda su vida.

El padre de Escipión, comandante de la fuerza romana, había dado a su hijo el mando de un cuerpo de caballería de élite para proteger su seguridad. Pero cuando el joven Escipión vio que su padre estaba herido y rodeado por los cartagineses, urgió a su escuadrón a ir en su rescate. Se negaron por el número abrumador de los enemigos, a lo que Escipión galopó solo hacia el enemigo. Avergonzados por el valor del joven, sus jinetes le siguieron y el viejo Escipión se salvó. Habiendo demostrado una vez su valor, sin embargo, Escipión nunca volvió a exponerse al peligro en la batalla.

Lo siguiente que sabemos de Escipión es en un papel político. Su hermano mayor Lucio era candidato a edil —el primer paso a las magistraturas romanas más altas— pero tenía pocas esperanzas de ser elegido. Escipión, viendo que las perspectivas de su hermano estaban perdidas pero que probablemente podrían cumplirse si se presentaban ambos, le dijo a su madre que había vivido dos sueños idénticos en que ella lloraba de alegría y besaba a sus dos hijos por su elección como ediles. Escipión le imploró que le diera una toga blanca, el atuendo llevado por los candidatos, cosa que aquella hizo a pesar de la extrema juventud de él.

En su momento, ambos hermanos fueron elegidos y, admirada y contenta, su madre los saludó con lágrimas y abrazos, tal como habían predicho los sueños de Escipión. Esto tuvo dos consecuencias importantes. A Escipión se le acreditaron dones adivinatorias, que ni entonces ni más tarde estimuló ni negó, dejando que los romanos creyeran lo que quisieran. También provocó en sus contemporáneos el inicio de esa enemistad envidiosa que siempre lo perseguiría.

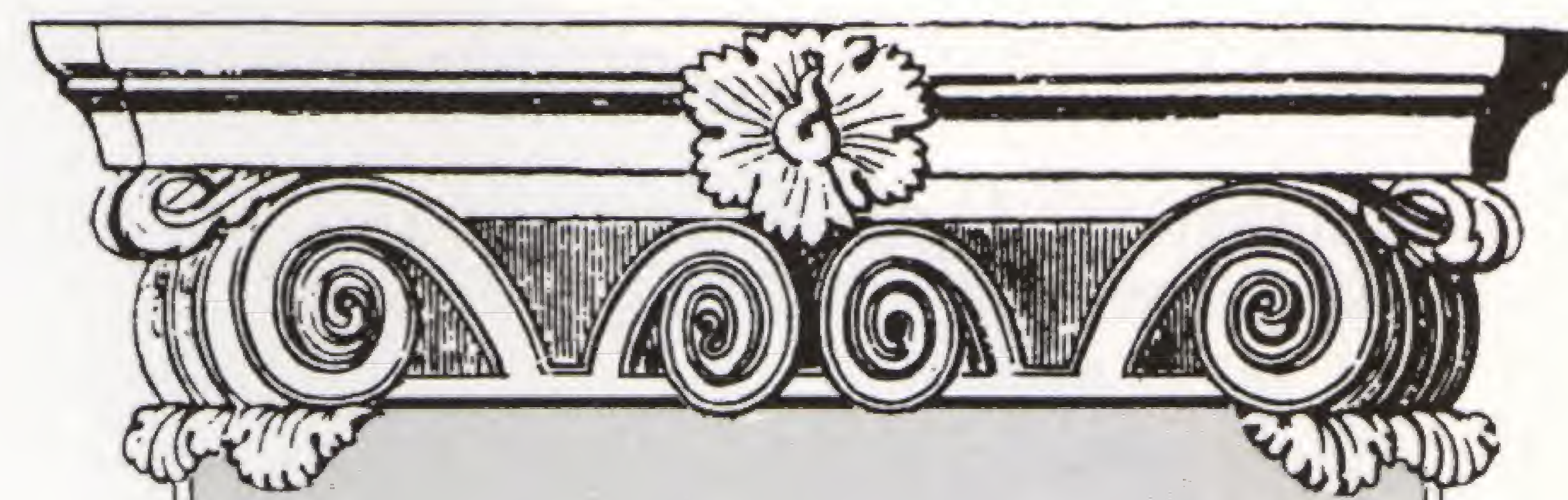
El ascenso militar y político de Escipión fue rápido. Hacia 211 a.C. se presentó y fue elegido procónsul en España, donde las fuerzas romanas habían sido desbandadas por los cartagineses y forzadas a retirarse al norte del Ebro. Había tres ejércitos cartagineses muy dispersos en la península. La mayoría de los comandantes habrían atacado primero uno, luego el siguiente. Pero Escipión, con una astucia sorprendente en alguien tan joven, vio la situación general con claridad y atacó por tierra y por mar la base y línea de comunicación cartaginesa, la gran factoría de Cartago Nova, la actual Cartagena. La tomó en un solo día.

Esta operación exitosa revela varios aspectos del carácter de Escipión. No sólo demostró su dominio tanto de la estrategia como de la táctica, sino su previsión y humanidad, pues ofreció términos de capitulación suaves y, por orden suya, se limitó la inevitable matanza. En efecto, el historiador Polibio escribió que, después de que cayera la ciudad, algunos soldados romanos llevaron a Escipión, como regalo, a una joven atractiva. Aunque ganado por su belleza y muy enamorado de las mujeres, Escipión la entregó de inmediato al hombre de su elección. Cuando, agradecidos, los padres le impusieron regalos, también se los dio al novio, como dote. Este acto fue tan astuto como amable, pues sus tropas y la población local, que pronto supieron de ello, lo tuvieron todavía en mayor estima por su magnanimidad.

De los caudillos romanos más conocidos, pocos eran intachables. Escipión es el que más se acerca al ideal romano: orgulloso pero no altanero; ambicioso sólo para su país y un comandante consumado que miraba a más largo plazo: que la magnanimidad en la victoria era más sólida para asegurar una paz duradera que la opresión vengativa.

Escipión el Africano tal como debe de haber sido en la época de Zama; talla en un anillo de sello del escultor Herakleidas de fines del s. III o principios del s. II a.C.

Relieve en mármol de un jinete armado en el foro de Roma; s. II a.C.



- A. C.
- 236/5** Nace en una familia patricia romana.
 - 218** *Noviembre* Manda la caballería contra Aníbal en la batalla del Tesino a las órdenes de su padre, a quien salva la vida.
 - 216** Sobrevive como tribuno militar a la batalla de Cannas.
 - 211** Nombrado comandante en España con poderes proconsulares.
 - 209** Conquista Cartago Nova (Cartagena) en un ataque sorpresa.
 - 208** Derrota a Asdrúbal, hermano de Aníbal, en la batalla de Bécula.
 - 206** Libra la batalla de Ilipa, que pone fin al dominio cartaginés en España; derrota a las tribus españolas en la batalla del Ebro.
 - 205** Vuelve a Roma en triunfo. Elegido Cónsul; basado en Sicilia, recluta un ejército de voluntarios. Toma Locri de Aníbal.
 - 204** Invade el norte de África y derrota a la caballería cartaginesa en la Torre de Agatocles, pero no consigue tomar Utica.
 - 203** *Junio?* Derrota a los cartagineses en la batalla de las Grandes Llanuras; Aníbal es reclamado a Cartago.
 - 202** *Octubre* Derrota a Aníbal en la **batalla de Zama**.
 - 201** Regresa a Roma, le es concedido un triunfo formal y adopta el sobrenombre de Africano. Se retira a la vida privada.
 - 194** Elegido cónsul por segunda vez.
 - 184** Forzado al exilio por una conjura contra él encabezada por Catón el viejo.
 - 183** Muere en Liternum a la edad de 52/3.





Batalla de Zama / Octubre de 202 a.C.

A LOS POCOS AÑOS de su rápida conquista de Cartago Nova en 209 a.C., Escipión había derrotado a los cartagineses en España. En 205 a.C., como cónsul, abogó por trasladar la guerra a África, pero sus enemigos en el Senado romano, empujados por la envidia y el rencor, sólo le permitieron llegar hasta Sicilia y no le dieron ejército alguno. Una vez allí, sin embargo, Escipión reclutó y adiestró una fuerza de voluntarios y al año siguiente recibió autorización para invadir África. En Zama, a fines de 202 a.C., conseguiría la victoria que lo convertiría para siempre en uno de los grandes comandantes del mundo.

Escipión estableció su base en Utica, al noroeste de Cartago. Cuando supo que Aníbal y su ejército habían desembarcado en Hadrumentum, al sureste, comenzó a avanzar hacia el oeste de Utica valle del Bagradas arriba, la rica y fértil región interior donde Cartago cosechaba sus suministros.

Este movimiento estratégico se ha citado a menudo como el ejemplo supremo del genio militar de Escipión, pues alcanzaba simultáneamente varios objetivos. No sólo dominaba la base económica cartaginesa mientras todavía protegía la propia, sino que atraía a Aníbal lejos de Cartago. Como observó el historiador militar sir Basil Liddell Hart: «Cuanto más se estudia y analiza esta

Roma y Cartago en guerra

A primera vista parece que la guerra entre los imperios de Cartago y Roma debería haber sido improbable e innecesaria. Los cartagineses eran tradicionalmente, comerciantes, los romanos, campesinos, y, aparentemente, no había un gran conflicto de intereses. Sin embargo, se miraban mutuamente con sospecha y Roma estaba alarmada ante el creciente dominio cartaginés del Mediterráneo occidental.

La primera guerra Púnica (264-241 a.C.) surgió por una disputa entre las ciudades sicilianas de Messana (Messina), apoyada por Cartago, y Siracusa, apoyada por Roma. Puesto que el estrecho de Messina, que separa Sicilia de Italia, era de gran importancia estratégica, las hostilidades se hi-

cieron inevitables. La guerra, librada principalmente en el mar, se alargó, con la nueva armada romana generalmente victoriosa y, finalmente, los cartagineses pidieron la paz.

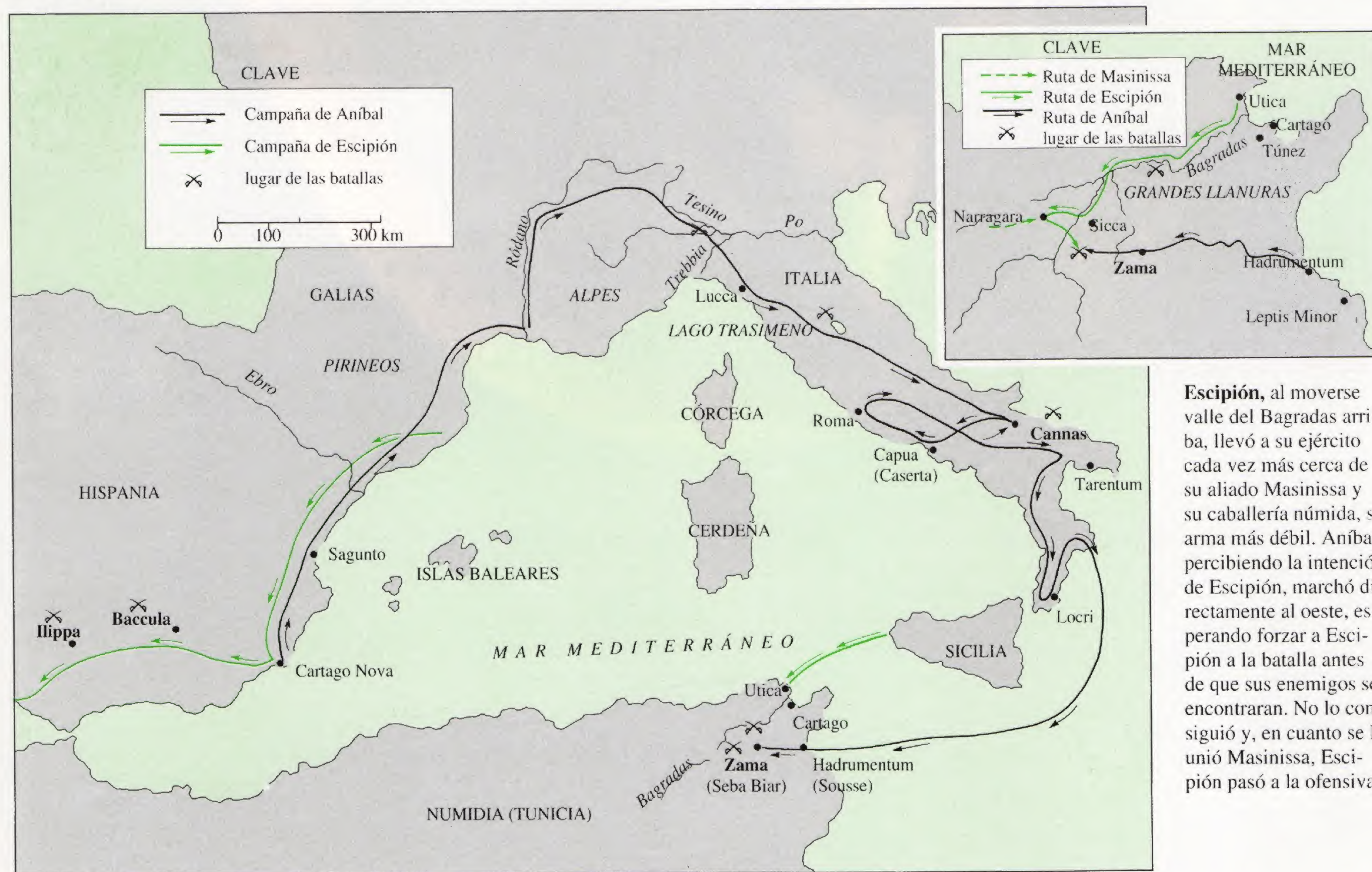
La segunda guerra Púnica (218-201 a.C.), provocada por la expansión cartaginesa en España, se inició con el asedio y conquista por su general Aníbal de Sagunto, ciudad aliada de Roma, en 219 a.C. Este éxito abrió a Aníbal el camino para su famoso cruce de los Alpes hacia Italia. Allí, sus campañas triunfantes duraron 16 años, y hasta que Roma no autorizó a Escipión a montar su gran estrategia de invadir el norte de África y amenazar a Cartago, Aníbal no se vio obligado a evacuar Italia para acudir en defensa de la ciudad.

maniobra, más magistral aparece como un cumplimiento sutilmente mezclado de los principios de la guerra».

Aníbal y su ejército llegaron en unos pocos días a Zama, al sureste de la posición de Escipión. Desde allí envió a exploradores a localizar y reconocer el campamento romano. Tres de los exploradores fueron capturados y llevados ante Escipión, quien no los castigó como solían hacer los generales,

sino que les mostró todas las disposiciones romanas y luego los envió escoltados de regreso al campamento de Aníbal. Tal como pretendía, eso mostró tanto a Aníbal como a las propias tropas de Escipión la gran seguridad de éste.

Antes de que se entablara la batalla, Aníbal solicitó parlamentar con Escipión. No se sabe si lo hizo por curiosidad por conocer a un comandante tan insólito o como



Escipión, al moverse valle del Bagradas arriba, llevó a su ejército cada vez más cerca de su aliado Masinissa y su caballería nómada, su arma más débil. Aníbal, percibiendo la intención de Escipión, marchó directamente al oeste, esperando forzar a Escipión a la batalla antes de que sus enemigos se encontraran. No lo consiguió y, en cuanto se le unió Masinissa, Escipión pasó a la ofensiva.

movimiento sagaz por su parte para asegurar los términos de paz, puesto que estaba flojo en caballería, el arma que siempre le había aportado la victoria. Lo que se sabe, sin embargo, es que Escipión consintió, aunque retrasando prudentemente ese encuentro hasta que hubieron llegado Masinissa y su caballería. Durante el período de espera, Escipión trasladó su campamento a un lugar cercano a la población de Narragara, que tenía agua corriente cerca. Aníbal también movió su ejército adelante para ocupar una colina dominante, pero así distanciaba a sus tropas del agua; eso daría más tarde una considerable ventaja a Escipión.

Las pruebas sugieren que la solicitud de parlamentar de Aníbal era una iniciativa seria de paz más que mera curiosidad, pues había otro factor crucial en su situación que estaba fuera de su control: Roma dominaba el Mediterráneo. Así, Escipión tenía menos

Elefantes de guerra

El primer uso conocido de los elefantes de guerra fue su despliegue por Darío en Gaugamela. Los elefantes indios, pertrechados con torretas que contenían a varios soldados, impresionaron tanto a Alejandro y sus sucesores que, de 326 a.C. en adelante, los ejércitos helenísticos solían contar con ellos. Así, los cartagineses se encontraron por primera vez con los elefantes en 272 a.C., cuando el rey Pirro del Epiro invadió Sicilia y rápidamente descartaron sus carros por la nueva arma.

Aníbal llevó a 37 elefantes en su gran marcha a través de los Alpes, pero sólo siete sobrevivieron a la batalla de Trebia en 218 a.C., y de éstos sólo uno superó el invierno. Aunque en 215 a.C. Aníbal recibió más animales para su empleo en las campañas italianas, rara vez se registró su participación. En 202 a.C., los esta-



Moneda de plata de Cartago Nova

blos de Cartago, con espacio para 300 elefantes, estaban vacíos, y se reunieron rápidamente 80 animales nuevos, no adiestrados para el ejército de Aníbal.



que perder en caso de derrota, puesto que, a su hora, podría reclutarse y trasladar a África otro ejército romano, y todo que ganar en caso de victoria, puesto que Cartago quedaría entonces a su merced. Aníbal, por su parte, tenía menos que ganar en caso de victoria, pues, inevitablemente, a la corta o a la larga, tendría que librar otra batalla, pero absolutamente todo que perder en caso de derrota. En otras palabras: una victoria cartaginesa sólo prolongaría la guerra, mientras que una derrota cartaginesa le pondría fin en favor de Roma.

No se sabe con certeza cuáles eran las condiciones de paz de Aníbal —probablemente que Cartago se retiraría de Italia si

Roma se retiraba de África— pero Escipión las rechazó y la batalla se entabló al día siguiente.

Las disposiciones de las fuerzas enfrentadas comprendían algunos rasgos originales. En primer lugar el despliegue de Escipión. Colocó en primera línea sus dos legiones de infantería pesada romana y su caballería a ambos lados: Lelio y su caballería itálica en el ala izquierda, Masinissa y los númidas en la derecha. La infantería estaba formada en las tres líneas habituales: los *hastati* en vanguardia, detrás de ellos los *principes* y los *triarii* en retaguardia. Pero Escipión introdujo una innovación sutil y eficaz en su disposición respectiva.

Escipión y Aníbal
parlamentan antes de
Zama; tapiz flamenco

de Van der Streecken en
el Palazzo Quirinale,
Roma.

Los generales romanos solían colocar sus manípulos —subdivisiones de la legión que comprendían 120 o 160 hombres— al tresbolillo: los de la segunda fila estaban colocados detrás de los intervalos abiertos en la primera, etcétera. En Zama, sin embargo, Escipión colocó las líneas media y posterior de manípulos exactamente detrás de la primera línea. Eso originaba unos pasillos entre las cohortes, a través de los cuales esperaba que pasarían sin hacer daño los 80 elefantes de Aníbal, si los espoleaban las jaba-

Batalla de Zama / 2

En la batalla de Zama, Aníbal pretendía desorganizar el ejército romano lanzando contra su centro a sus elefantes. La penetración exitosa del centro del enemigo ofrece la perspectiva de su envolvimiento por la derecha y la izquierda. Si el movimiento ha de tener alguna esperanza de éxito, suele tener que debilitar peligrosamente los flancos del

atacante para aportar el impacto suficiente en el punto del ataque. Si el ataque fracasa, como lo hizo el de Aníbal porque Escipión adivinó su movimiento y porque sus elefantes huyeron en estampida, el atacante puede encontrarse con su ejército en confusión y desmoralizado.

Aníbal inició la batalla de Zama un día de principios de otoño caluroso, sin viento, ordenando a sus 80 elefantes, colocados en el centro de su ejército delante de su primera línea de infantería (6), que cargaran contra el centro romano.

Estos elefantes de bosque, actualmente extintos, sólo alcanzaban unos 2,5 m de alto en la cruz y llevaban a uno, a los sumo dos, arqueros o lanceros además del conductor.

Escipión, colocado detrás de su ejército, ordenó dar un trompetazo a lo largo de toda su primera línea cuando los elefantes a la carga casi estaban encima de sus hombres. El ruido estridente aterrizó a los animales, muchos de los cuales se volvieron y corrieron atrás sobre las tropas cartaginesas. Muchos cayeron sobre la mejor caballería de Aníbal, los númidas de su izquierda (7), a punto de cargar, y la desorganizó al espantar a los caballos.

Escipión había desplegado a sus *hastati*, la infantería pesada, con los manípulos (2) uno detrás de otro, de manera que dejaran pasillos entre ellos (3). Ofrecían vías de escape obvias para los elefantes, todos aterrizados ya y muchos heridos por las jabalinas de los *vélites* (4). Los que no se volvieron atrás se perdieron entre las líneas romanas.

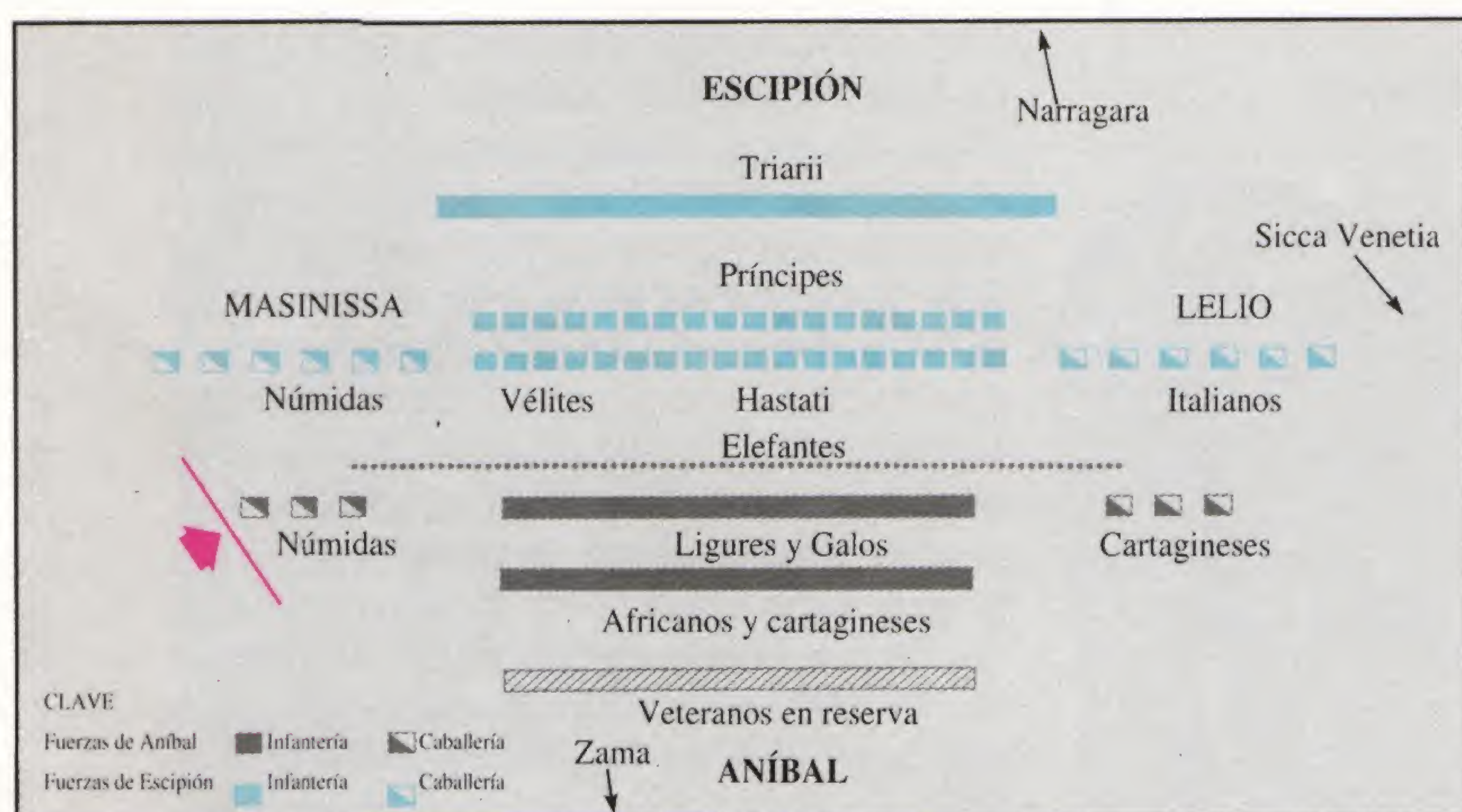
Había jinetes númidas en ambos bandos en Zama pues, aunque Numidia, el país de los nómadas (la actual Argelia), era tradicionalmente aliada de Cartago, Escipión se había ganado al rey Masinissa, quien trajo consigo 4000 jinetes y 6000 peones.

Los númidas (1,7) eran los mejores jinetes del mundo de la época;

montaban a pelo sólo con unas simples riendas de cuerda alrededor del cuello de sus rápidas y resistentes monturas para dirigirlos.

Los jinetes llevaban una camisola corta sin mangas, atada con un cinto de cuerda, e iban armados con pequeños escudos redondos y unas cuantas jabalinas, que usaban en sus ataques de tipo guerrillero.





El rey Masinisa, en la derecha romana, viendo la confusión en la caballería cartaginesa que tenía enfrente, ordenó de inmediato a sus números (1) que cargaran y expulsó a los enemigos del campo. Los elefantes en estampida crearon casi la misma confusión en la derecha de Aníbal y la caballería itálica de Lelio aprovechó la oportunidad para atacar. Ambas alas de caballería del ejército de Aníbal estaban, pues, derrotadas a los pocos minutos del primer ataque.

Los conductores de elefantes estaban equipados con un martillo y un punzón (5) que clavaban en el cerebro del animal si este enloquecía. En la confusión que siguió al trompetazo romano, los conductores no tuvieron tiempo de destruir a sus monturas antes de caer sobre sus propios soldados.

De los 80 elefantes que Aníbal empleó en Zama, once fueron muertos y los demás huyeron o fueron capturados y desfilaron más tarde en el triunfo formal de Escipión en Roma durante el año siguiente.



Las infanterías romana y cartaginesa estaban igualadas y la lucha que se entabló entre ellas no fue decisiva. Pero Escipión venció en Zama cuando sus dos alas de caballería, una vez expulsada y derrotada la

caballería cartaginesa, volvieron en el momento crucial y atacaron el ejército de Aníbal por la espalda antes de que hubiera podido emplear a sus veteranos de Italia.

Batalla de Zama / 3

linas romanas, puesto que los elefantes, como los caballos, siempre tomarán la vía de escape más fácil. Escipión ya se había enfrentado a unos 36 elefantes en la batalla de Ilipa, en España, donde no le habían ofrecido problema alguno.

Esta disposición incluía una ventaja más: los *vélites*, o infantería ligera, que Escipión había colocado en los espacios de la primera línea y que iniciarían la acción, podrían retirarse hacia retaguardia o a los lados, tras la segunda línea de infantería.

El despliegue cartaginés, puesto que Aníbal estaba en inferioridad numérica en cuanto a caballería, estaba destinado a hacer el máximo uso de sus 80 elefantes. Un sólo elefante podía desorganizar un ejército, 80 tenían que destruirlo; eso pensaba Aníbal. Por lo tanto, dispuso a sus elefantes en el centro, delante de la primera línea de infantería. Detrás de los elefantes había infantería ligur y gala, con caballería nómada a su izquierda y caballería cartaginesa a su derecha. Detrás de la infantería del centro estaba colocada una línea de reclutas de infantería africana y cartaginesa; reclutados a toda prisa, eran las tropas menos fiables de Aníbal. Su fuerza de élite, veteranos de sus campañas italianas, estaban a retaguardia como tercera línea, para protegerlos de los ataques romanos hasta que Aníbal considerara el momento de emplearla.

No se conocen con exactitud la fuerzas numéricas, pero es probable que la fuerza cartaginesa total fuera de poco más de 50.000 hombres, la romana de unos 35.000. El enfrentamiento, que resultaría una de las batallas decisivas de la historia, se dividió en tres fases. El plan de Aníbal consistía en romper el frente enemigo para lo que confiaba, en las primeras fases, en sus elefantes. Llegado el momento, fueron su perdición.

El primer encuentro principal siguió a la orden de Aníbal a los conductores de elefantes que cargaran contra el centro romano. Siguió un pandemonio. Mientras los elefantes se acercaban a las líneas romanas, Escipión ordenó que todo su frente diera un trompetazo con sus trompetas y cornetas. El efecto fue formidable. Aterrorizados por el ruido inesperado y estridente, la mayoría de los elefantes dió la vuelta y corrió atrás hacia las propias líneas. La mayoría giró a la izquierda, cayendo sobre la mejor caballería de Aníbal, la nómada. Masinissa, en la derecha romana, viendo la confusión enfrente de él, cargó de inmediato contra la caballería del ala izquierda de Aníbal y la expulsó del campo de batalla.

Otros elefantes, muchos heridos ahora, corrieron hacia la seguridad a través de los pasillos entre las líneas romanas —tal como Escipión había esperado— y otros más giraron a la derecha y cayeron sobre la caballe-



La legión republicana romana

El ejército que Escipión condujo a la victoria en la segunda guerra Púnica había evolucionado de las reformas de Camilo en la década de 380 a.C. Dividía las 60 centurias de la legión, de 60 hombres cada una, en manípulos, que se convirtieron en la nueva unidad táctica de 120-160 hombres. La legión no combatía como falange, sino en tres líneas de 10 manípulos cada una. Servían en el ejército los hombres de 17 a 46 años, según grados de propiedad.

Delante estaban los más pobres y jóvenes, que actuaban como *vélites*, peones ligeros armados con jabalinas de 1,2 m de largo y escudos de cuero de 1 m. La primera línea de *hastati* (lanceros) era más experimentada y, como la segunda línea de *príncipes*, estaban armados con dos jabalinas de 2 m, el *pilum*, una ligera y una pesada, y una espada corta cortante y punzante de origen griego. En último lugar venían los *triarii* (de tercera línea), con sólo 60-80 hombres por manípulo, que llevaban la pica original de 4 m. Todos los legionarios llevaban un escudo ovalado de 1,2 m y una cota de maila. Adjuntos a cada legión había 300 jinetes y un número igual de soldados aliados, organizados de manera similar a la legión.

El ejército cartaginés

Cartago basaba su ejército en mercenarios africanos, españoles (desde 342 a.C.) y celtas, más que en sus propios ciudadanos, que en lugar de eso remaban en los barcos de guerra. Zama, donde la segunda línea de Aníbal se componía de 12.000 reclutas cartagineses y africanos, fue una excepción. La única unidad permanente era el Lazo Sagrado de caballería, de 2.500 hombres reclutados en las mejores familias de la ciudad, y que también servía como escuela de oficiales. Aunque no se lo menciona específicamente en Zama, podría haber compuesto la mayor parte de los 2.000 jinetes de la caballería pesada del ala derecha de Aníbal.

A diferencia de las de Roma, las fuerzas de Cartago no eran homogéneas en cuanto a organización ni armamento y su calidad dependía enteramente de sus propios jefes y del general al mando supremo. La tercera línea de veteranos de Aníbal, en su mayoría bruttianos del sur de Italia, estaban equipados en gran medida con cotas de maila, escudos y jabalinas capturadas a los romanos y luchaban en manípulos. Es probable que las tropas de Cartago llevaran escudos, picas y yelmos de tipo griego.

ría derecha de Aníbal. Esta formación también quedó desordenada y Lelio ordenó una carga inmediata, expulsándola también del campo. Así, habían quedado destrozados los flancos protectores de Aníbal.

Se inició entonces la segunda fase, el enfrentamiento de infantería. Las primeras

líneas opuestas avanzaron una contra otra, pero los galos y ligures de Aníbal, que al principio llevaron la mejor parte, no consiguieron romper la línea de *hastati* romanos. Luego, el peso de la infantería romana empezó a empujarlos atrás. Los reclutas cartagineses y africanos de la segunda línea, no ayudaron a ligures y galos para mantener intactas sus formaciones, y éstos, sintiéndose traicionados, se volvieron y huyeron.

La segunda línea de infantería de Aníbal empujó atrás a los *hastati* romanos, que avanzaban a través de un terreno cubierto de cadáveres y de armas abandonadas y a esas alturas resbaladizo por la sangre de los caídos. En ese momento, sin embargo, los oficiales de los *príncipes* hicieron avanzar a sus hombres en ayuda de los anteriores. Puesto que la línea romana era más larga que la de los cartagineses, esta última empezaba a quedar rodeada y aislada. Ahora éstos, como antes de ellos los galos y ligures, huyeron hacia atrás a lugar seguro.

Pero Aníbal ahora tenía otro enemigo: el tiempo. Debe de haber sabido que el enorme control de Escipión sobre sus tropas aseguraría que sus comandantes de caballería volverían a la batalla en cuanto hubieran visto desaparecer a la caballería cartaginesa y nómada. Había que contar, pues, con su reaparición en breve. Aunque para Aníbal la velocidad era de extrema importancia, todavía no estaba todo perdido para los cartagineses. Los 24.000 veteranos de Italia de

Aníbal estaban en orden perfecto y no fatigados por el combate... y estaban bajo el mando personal de Aníbal.

Un episodio sumamente destacable marcó el inicio de la tercera fase de la batalla. Escipión retiró su infantería avanzada y la reordenó: un tributo a su control total. Hizo cerrar filas a sus *hastati* en el centro, luego la mitad de sus *príncipes* y de sus *triarii* en cada flanco para formar una fuerza compacta. La violencia del ataque era ahora su objetivo. Hasta entonces lo había sido la longitud de la línea para aportar una potencia de impacto máxima.

Polibio escribió que «las dos líneas cargaron la una contra la otra con el mayor fuego y furia. Siendo casi iguales en número, ánimo, valor y armas. La batalla estuvo indecisa durante mucho tiempo, mientras los hombres, en su valor obstinado, caían muertos sin retroceder un paso». Luego, con el resultado todavía indeciso, volvió a la escena la caballería de Masinissa y de Lelio, que atacó a los cartagineses por la espalda y los diezmó sin dificultad.

Tanto Polibio como el historiador romano posterior Livio cifran las pérdidas cartaginesas en 20.000 muertos y otros tantos prisioneros. Las bajas romanas no se conocen, pero una estimación probable es de 2.000. Aníbal no abandonó el campo hasta que se perdió toda esperanza, luego escapó a Hadrumentum con unos cuantos jinetes. De Escipión, con su habitual magnanimidad, se informa que dijo que Aníbal «adquirió la fama de haber manejado a sus tropas ese día con juicio singular».

Aníbal 247-183 a.C.

Aníbal y Escipión estaban tan igualados en cuanto a talento y recursos que los historiadores han polemizado mucho tiempo por qué uno venció en Zama y el otro perdió. Escribiendo unos 60 años después, el historiador griego Polibio dijo de Aníbal que «bueno como era, se encontró con otro mejor». Esta visión simplista es, sin embargo, insostenible.

Aunque la estrategia de Aníbal en Italia, de derrotar repetidamente los ejércitos romanos para conseguir la desintegración de la confederación, fracasó totalmente, el historiador británico J.F. Lazenby ha observado que ninguna otra estrategia «podría haber llevado a Cartago tan cerca del éxito...»

Aníbal fue derrotado en Zama por tres factores: unas levas de infantería no fiables, caballería insuficiente y una confianza excesiva en elefantes no adiestrados. Aún así, casi venció; sólo el regreso de la caballería de Escipión volvió la batalla tan decisivamente contra los cartagineses.

Después de la derrota de Zama, Aníbal siguió como magistrado jefe de Cartago y reorganizó el sistema de recaudación de impuestos para pagar el tributo impuesto por Roma. En 195 a.C. fue acusado falsamente de conspirar contra Roma y huyó a la corte del rey Antíoco el Grande de Siria. El que los dos generales de Zama siguieron respetándose mutuamente queda mostrado por el relato de un supuesto encuentro entre ellos en Éfeso en 193 a.C. Escipión preguntó a

Aníbal a quien consideraba los tres mayores generales de todos los tiempos y recibió como respuesta: «Alejandro, Pirro y yo». Un tanto picado, Escipión preguntó: «¿Qué habría dicho si me hubiera derrotado a mí?» A lo que Aníbal respondió, elegante y halagador, que entonces se habría nombrado en primer lugar.

Los Sirios, sin embargo, pronto estuvieron en guerra con Roma y Aníbal hubo de huir de nuevo a Bitinia. En 183 a.C., sabiendo que estaba a punto de ser entregado a los romanos, se envenenó.



Triple siclo de plata cartaginés

Roma triunfante

Las condiciones de paz impuestas por Escipión fueron notablemente suaves: ningún otro general romano habría sido tan magnánimo.

Los cartagineses conservarían sus leyes y costumbres; recuperarían todos sus territorios africanos perdidos en la guerra y conservarían sus ganados, esclavos y propiedades. Por otra parte, tenían que entregar los barcos que habían capturado ilícitamente durante la tregua; habrían de entregar todos los prisioneros y desertores y habrían de renunciar a todos sus elefantes y no adiestrar más. Además, habrían de pagar una indemnización de 10.000 talentos a los largo de 50 años. Cartago se veía reducida, pues, a la condición de estado cliente, pero también era capaz, así, de reconstruir su prosperidad.

El territorio y las posesiones de Masinissa, ocupadas previamente por Cartago, le serían devueltos, mientras que, en efecto, se convertía en vasallo de Roma. En España se crearon dos provincias romanas, se imponían impuestos a los ciudadanos y tenían que servir en el ejército romano que ahora la ocupaba permanentemente. Como resultado de la victoria de Escipión en Zama, Roma controlaba todo el Mediterráneo occidental y se habían puesto los cimientos del futuro imperio.

La paz entre Cartago y Roma podría haber sido permanente si no hubiera sido por el temor y la envidia continuada que muchos senadores romanos sentían por el resurgir comercial de Cartago. Pretendían

la destrucción de Cartago y la tercera guerra Púnica (149-146 a.C.) surgió de una agresión romana deliberada. Los romanos bloquearon Cartago y, puesto que sus habitantes se negaron a rendirse, tomaron la ciudad casa por casa. Los supervivientes fueron reducidos a la esclavitud, la ciudad arrasada y el lugar arado de manera que no quedara prueba de la existencia de Cartago.

Los dos comandantes de Zama habían sufrido un eclipse similar; Aníbal terminó en un suicidio solitario, Escipión en un retiro desencantado y prematuro. Tras de su regreso a Roma en 201 a.C., Escipión, que entonces tenía 35 años, rechazó casi todos los grandes honores y poderes que le ofrecieron y se convirtió en un ciudadano particular. Pero sus éxitos militares, su renuncia al aplauso y su sospechosa visión helenística de la vida generaron envidia y odio en muchos hombres inferiores, en especial en Catón el Viejo. Viciosa y persistentemente minó la reputación de Escipión hasta conseguir que fuera empujado a un exilio virtual en Liternum, donde murió.



Gengis Khan 1167-1227

En el último cuarto del s. XII surgió un caudillo mongol cuyo nombre se ha convertido en sinónimo de crueldad sin piedad y ambición insaciable de conquista: Gengis Khan. A los 17 años se convirtió en el jefe hereditario de un pequeño grupo mongol; al cabo de 10 años había sido aceptado como khan, o rey, por grandes cantidades de mongoles. ¿Cómo fue posible?

Gengis Khan (de nombre propio Temujin, no adoptó el nombre de Gengis hasta su elección al janato) era biznieto de Kabul Khan, caudillo de la nación mongola, envenenado, según se decía, por los tártaros. Durante las décadas siguientes, los mongoles fueron derrotados repetidamente en batalla, hasta que, para cuando nació Temujin, hacia 1167, estaban esparcidos, sin jefe y eran militarmente impotentes.

El pequeño grupo de Temujin y unas pocas cabras y ovejas estaban aislados en un terreno cruelmente inhóspito y rodeados de enemigos. Pero, mediante la formación de alianzas y la derrota de sus rivales en batalla, su reputación creció tanto que, en el espacio de pocos años, individuos, grupos, tribus enteras se sumaron a sus banderas para compartir la camaradería, el sentido de unidad y de objetivos y, sobre todo, el botín que ofrecían sus guerras de conquista.

No es difícil de entender que consiguiera una lealtad tan absoluta de tantos miles de hombres. A principios de la veintena tenía un aspecto imponente: alto para los patrones de su época, con, según se dice, una frente amplia, un físico poderoso, una larga barba roja y penetrantes ojos gris verdosos.

Temujin tenía muchas otras cualidades útiles para él y su causa, en particular la capacidad de aprovechar el talento de otros. Aunque él mismo era analfabeto, sólo admitió gente letrada a su servicio. Lo mismo hizo con los artesanos, pues, aunque solía degollar a todos sus enemigos, siempre tomaba la precaución de preservar a quien le pudiera resultar útil...

Aunque su ejército se componía de guerreros nómadas, lo organizó sobre una sólida base militar. Como estrategia se hallaba a muy alto nivel y, como todos los grandes estrategas, siempre era innovador. Así, a medida que su imperio crecía, se encontraba con grandes ciudades que no se atrevía a dejar de lado, sino que tenía que asediar para dominar. La guerra de asedio era desconocida para los mongoles, cuyas tácticas estaban destinadas a las vastas estepas de Asia. Gengis Khan mismo se aplicó al problema y pronto se convirtió en un maestro de este arte militar.

A pesar de su gran inteligencia y muchas dotes, Gengis Khan es recordado en la historia en primer lugar por su crueldad, que está fuera de cuestión. En efecto, esa misma crueldad extendió el terror esencial para su éxito militar. Cuando una ciudad que había preservado se alzó una vez más contra él, ordenó el exterminio de la población: de unos 100.000 habitantes se salvaron menos de 50.

Es imposible juzgar cuánta de esa crueldad era política deliberada y cuánta producto de su raza y de su tiempo. Los afganos, por cierto, eran igualmente crueles, y uno de sus placeres consistía en clavar clavos en las orejas de los prisioneros mongoles. La crueldad no cesó con la muerte del khan. Todo ser vivo en el camino del cortejo fúnebre fue destruido cuando su cadáver fue llevado al lugar de su entierro, probablemente cerca del río Onon en Burkhan-Khaldun en Mongolia. Una vez había reposado allí bajo un árbol y lo había elegido como lugar de su sepultura diciendo: «Este lugar es adecuado para mi último reposo. Que se anote.»

Gengis Khan era un nómada cuya casa fue, durante toda su vida, una tienda de campaña, aunque fuera vasta y suntuosa. Si bien su vida en campaña era dura y frugal, en ella tenía su corte impresionante, como muestra esta miniatura persa. Nadie podía montar su tienda delante de la del khan, cuya vista a la mayor distancia debía de quedar ininterrumpida. Este retrato chino de Gengis Khan lo muestra de anciano, cuando su pelo rojo había encanecido; pero sus ojos siguen tan penetrantes y desconfiados como en su juventud.



- 1167** Nace, hijo del jefe Yesügei.
- h 1184** Se casa y establece una alianza con Toghrul, khan cristiano de los keraitos.
- h 1196** Batalla de Dalan-baljut, forzado a retirarse por Jamuqua.
- h 1198** Derrota a los tártaros con ayuda de chins y keraitos.
- 1201** Herido en el cuello por una flecha en la batalla del Onon.
- 1202** Batalla de Dalanhemürges, en la que extermina a los tártaros.
- 1203** Batalla provocada con Jamuqua y los keraitos; destruye a éstos en la batalla de Jeser-Undur.
- 1204** Derrota a naimanos y merkitos.
- 1206** Proclamado khan de khanes; adopta el nombre de Gengis Khan.
- 1207/** Derrota dos veces a los tangutos.
- 1210** Asedia Erikaya, obtiene la sumisión de los tangutos.
- 1211** Invade el imperio Chin en el norte de China. Batalla de Huan-ertsí.
- 1213** La batalla de Wei-Chuan destruye un ejército chin. Devastación del norte de China.
- 1215** Saqueo de Pekín por Mukali.
- 1219** Invade el imperio Kwarazmiano. Cruza el Sir Daria (Jaxartes) y el desierto de Kizil Kum.
- 1220** Febrero o abril asalta Nujara, marzo o mayo, toma Samarkanda.
- 1221** Destruye Balkh. 24 de noviembre **Batalla del Indo.**
- 1223** marzo Cae del caballo durante la caza del jabalí cerca de Tashkent.
- 1226** Derrota a los tangutos en la batalla del Río Amarillo.
- 1227** Junio Rendición y destrucción de la ciudad tanguta de Erikaya. 24 de agosto Muere de fiebre cerca de Chung-shi en las montañas de Kan-su Oriental, a la edad de 60 años.



La batalla del Indo / 24 de noviembre, 1221

«LA MAYOR DELICIA PARA UN HOMBRE es derrotar a sus enemigos, hacerlos correr delante de él, ver las caras de sus seres queridos bañadas en lágrimas, montar sus caballos, apretar entre los brazos a sus hijas y mujeres.» Esta fue durante toda su vida la filosofía de Gengis Khan.

Cuando todavía era adolescente, hacia los 17 años, Gengis Khan hizo su primera alianza, que lo situaría en una imparable senda de conquistas. La alianza fue con Toghrul, khan de los keraitos, hermano de juramento y sangre de su padres. El padre de Gengis Khan había apoyado a Toghrul cuando su gobierno se vio amenazado por un vecino ambicioso; ahora Gengis reclamaba la ayuda de Toghrul.

A partir de ese momento, cada vez más guerreros se sumaron al estandarte de Gengis, permitiéndole embarcarse primero en la consolidación de su posición, después en un rumbo de expansión insuperada que duraría unos 40 años. Con la ayuda de soldados keraitos y chins derrotó a los tártaros hacia 1198. Luego, en 1201 o 1202, con los keraitos de Toghrul, destruyó el ejército de Jamuqua, un khan rival.

En 1202 estaba de nuevo listo para enfrentarse a los tártaros, y en Dalanhemürges, cerca del río Jalja en Mongolia oriental, los rodeó y aniquiló en su primera gran batalla de aniquilamiento. Testimonio de su astuto caudillaje es que prohibiera a sus soldados que tomaran botín alguno hasta que no se hubiera vencido, y confiscó las presas de dos parientes que le desobedecieron.

En 1204, reorganizado su ejército, era dueño de Mongolia, y dos años más tarde fue proclamado soberano universal, khan de kha-

Guerra de venganza

En 1216, los dominios de Gengis Khan limitaban con el imperio islámico de Khwarazm, una extensa área persa y turca conquistada por los sultanes selyúcidas el siglo anterior. Muhammed II, Ali ad-Din, era su tercer sha, y su autoridad era absoluta desde el norte del mar Caspio hasta el valle del Indo y el golfo Pérsico. Su imperio contenía algunas de las ciudades musulmanas más ricas, legendarias basadas en el comercio que recorría las rutas de Asia Central. No ha de sorprender que se lo llamara el “príncipe elegido de Alá”.

Las relaciones entre Khwarazm y los mongoles habían sido casi cordiales. Entonces Inalchik, gobernador de la ciudad de Utrar, detuvo arbitrariamente una caravana mongola de unos 500 camellos y mató a todos los mercaderes. El sha Muhammed no sólo perdonó ese acto de bandidismo; sino que también asesinó al embajador de Gengis Khan, enviado en demanda de justicia. Gengis replicó con sencillez, pero con implicaciones formidables: «Has elegido la guerra. Ocurrirá lo que ocurra y no sabemos qué será.» Lo que ocurriría sería la batalla del Indo.

nes, en un gran *quriltay*, o asamblea, de jefes. Allí alzó por primera vez su famoso estandarte de nueve colas de yak blanco y fue designado representante de Dios en la tierra.

Los diez años de campaña casi permanente dieron a Gengis Khan un ejército duro y experimentado. Aunque formado por las 31 tribus mongolas, el ejército ya no estaba organizado sobre base tribal; además, su guardia personal, que anteriormente sólo comprendía 150 guerreros, ahora se componía de 10.000 hombres, cada uno de ellos elegido por sus méritos.

El siguiente objetivo de Gengis Khan era invadir China. En la primavera de 1211, antes del calor del verano, los mongoles cruzaron el desierto de Gobi a lo largo de tres rutas. Había por lo menos 180.000 hombres en los tres ejércitos, mientras 20.000 se quedaban de guarnición en Mongolia. Esto era bastante poco en comparación con el ejército del imperio Chin, de

medio millón de hombres, 120.000 de los cuales eran arqueros montados. Pero Gengis Khan se había asegurado la alianza de los ongutos, que vivían al norte de la Gran Muralla China, y esto le permitió cruzar la terrible barrera defensiva sin tener que luchar.

Entonces empezó la época de sus victorias más aniquiladoras. Dos ejércitos chinos enormes, que trataban a toda prisa de levantar defensas al sur de la Gran Muralla, fueron sorprendidos y vencidos, en parte porque unos desertores habían explicado a los mongoles su localización. Gengis Khan explotó su victoria con una persecución implacable, degollando a todos los rezagados y saqueando la llanura hasta a 40 km de Pekín. Sin embargo, la conquista de la capital quedó fuera de las posibilidades de los mongoles. Este esquema se repetiría durante los tres años siguientes: victorias absolutas en el campo pero la incapacidad de tomar grandes ciudades.



Gengis Khan gobernó uno de los imperios más extensos de todos los tiempos. Ocupó la mayor parte del imperio Chin del norte de China, conquistó Turquestán, Transoxiana y Afganistán y, por el oeste, llegó hasta el río Dnieper en Europa oriental.

El soldado mongol

El caballo era el elemento más importante de la vida mongola. Se enseñaba a los niños a montar antes de que pudieran andar; los ladrones de caballos estaban penados con la muerte. Además, los mongoles tenían sillas y estribos que, junto con la baticola, daban a los jinetes una gran estabilidad cuando disparaban sus arcos.

Los jinetes mongoles estaban equipados con un arco corto, compuesto, con un alcance de más de 350 m. Había flechas, de las que cada jinete llevaba por lo menos 60 en dos carcajes, de dos tipos: flechas ligeras para disparar a distancia y flechas de puntas más pesadas

para el empleo a corta distancia. Algunas flechas tenían cabezas incendiarias.

Los guerreros también estaban equipados con una espada corta (la caballería pesada llevaba cimitarras), dos o tres jabalinas y una daga atada al interior del brazo izquierdo. También llevaban un escudo de junco o cuero y un lazo.

Cada soldado llevaba una camiseta de seda china cruda. Esta se enrollaría alrededor de una flecha incidente, reduciendo el impacto y permitiendo su extracción rápida, relativamente indolora. Sobre sus guerreras llevaban una zamarra protectora de piel lacada.

Aparte de las armas, cada hombre estaba equipado con un pellejo que se podía inflar para cruzar los ríos. Contenía, además, una muda, sedal y anzuelo, un hacha, afiladores para flechas, una olla de hierro, dos botas —una para agua, la otra para leche— e hilo y aguja. Las raciones consistían en yogur, mijo y tasajo. De ese modo, cada uno de los guerreros de Gengis Khan podía operar como una unidad totalmente independiente.

El dibujo chino, izquierda, de la dinastía Han (202 a.C.-220 d.C.) muestra que las habilidades ecuestres de los mongoles eran

famosas mucho antes de los tiempos de Gengis. Sus monturas eran conocidas por su mal humor, como sugiere la pintura, **abajo.**



Gengis Khan se dedicó entonces a dominar la guerra de asedio, una habilidad totalmente desconocida en Mongolia. Prisioneros chinos, expertos en ingeniería militar, fueron forzados a construir máquinas de asedio para él y a instruir a sus tropas en su empleo. También empleó por primera vez grandes escudos para proteger a los sitiadores, escalas de asalto y arietes. Además, Gengis Khan hizo un uso despiadado de los prisioneros como cobertura frontal en sus ataques a las ciudades de Hopei, Shantung y Shansi, que cayeron ante sus nuevas tácticas de asedio.

No obstante, Pekín resistió hasta 1214, cuando el mero agotamiento empujó al emperador chino a aceptar unos términos humillantes. Gengis aceptó por esposa a una princesa de sangre real, junto con 1.000 niños esclavos, 3.000 caballos y oro, plata y seda. En menos de un año, el emperador había huido, parte de su ejército se había amotinado y la empobrecida y hambrienta guarnición de Pekín abrió sus puertas a los mongoles. Siguió una masacre y un saqueo terribles.

Fue indicio de su certera habilidad de delegar poder que Gengis dejara a Mukali, uno de sus generales, que continuara la guerra en China durante el resto de su reinado, mientras él volvía a su nueva capital de Ka-

Organización del ejército

El ejército de Gengis Khan era supremo, si bien no siempre invencible. Otros ejércitos habían conquistado áreas extensas, y otros ejércitos —particularmente los de partos, persas, árabes y bizantinos— se habían basado en la combinación de lancero acorazado y arquero montado, pero ninguno consiguió resultados tan espectaculares en tan poco tiempo. La coordinación, velocidad y flexibilidad del ejército predecía de alguna manera la guerra de blindados del s. XX, usada en la guerra relámpago alemana durante la Segunda Guerra Mundial.

Un factor en especial produjo el gran éxito del ejército mongol: su estricta organización. La guardia imperial, o *Keshik*, comprendía 10.000 hombres: 7.000 guardias de corps, 1.000 guardias de día, 1.000 guardias de noche y 1.000 portadores de aljabas. Llevaban guerreras negras con guarniciones rojas y armadura negra; sus cabalgaduras, todas negras, estaban equipadas con riendas y sillas rojas.

El propio ejército estaba subdividido en base decimal. La unidad menor, la tropa o *arban*, comprendía 10 hombres, cuyo jefe elegían los demás. Diez tropas formaban un escuadrón o *jagun*, cuyo jefe elegían los jefes de *arban*. Diez escuadrones formaban un regimiento o *mingan* y diez *mingans* una división o *tumen*. Un ejército, u “horda”, comprendía tres *tumen*.

La batalla del Indo / 2

En la batalla del Indo, el sha Jalal ad-Din trató de superar el flanco izquierdo mongol. Gonzalo de Córdoba usó esta táctica con gran efecto en la batalla de Garellano en 1503, pero la maniobra del sha lo llevó al desastre porque su contrincante, Gengis Khan, anticipó el movimiento. Así, cuando el sha debilitó

su flanco izquierdo para reforzar su derecha para el movimiento envolvente, Gengis Khan atacó la izquierda debilitada del sha.

Los dos ejércitos eran aproximadamente de la misma fuerza, contando cada uno con unos 50.000 hombres. Se cree que el sha desplegó su fuerza en una posición fuerte,

con su flanco izquierdo situado a los pies de unas sierras y el derecho sobre el Indo. Gengis Khan avanzó al amanecer del 24 de noviembre de 1221, poniendo las dos líneas cara a cara.

Gengis Khan se colocó en el medio de su ejército. Sus hombres siempre conocían sus posiciones cambiantes durante la batalla a través del muy visible estandarte de nueve colas de yak blanco (5).

Los jefes de escuadrón mongoles, cada uno de los cuales mandaba a cien hombres, tenían sus estandartes particulares, que servían como puntos de asamblea, y banderas blancas y negras para transmitir órdenes. Un uso similar de banderas para transmitir órdenes e información usaron más de 700 años más tarde

las tripulaciones británicas de carro de combate sin radio en el desierto del norte de África durante la Segunda Guerra Mundial. Los mongoles usaban trompetas y tambores de bronce y hierro, montados en camellos (7) para acompañar los asaltos. Por la noche, flechas incendiarias y antorchas transmitían información entre el ejército mongol.



Las guerreras mongolas eran azules con guarniciones rojas o marrones con guarniciones azul claras. Las botas eran de fieltro o cuero. Sus capas parcheadas tenían dos cintas rojas y estaban forradas de pieles. Las túnicas eran de colores diversos, según el *tumen*.

El sha Jalal ad-Din (1) fue el primero en desplegar cuando ordenó al emir Malik (8), en su ala derecha, que atacara. La carga empujó atrás el ala izquierda mongola.

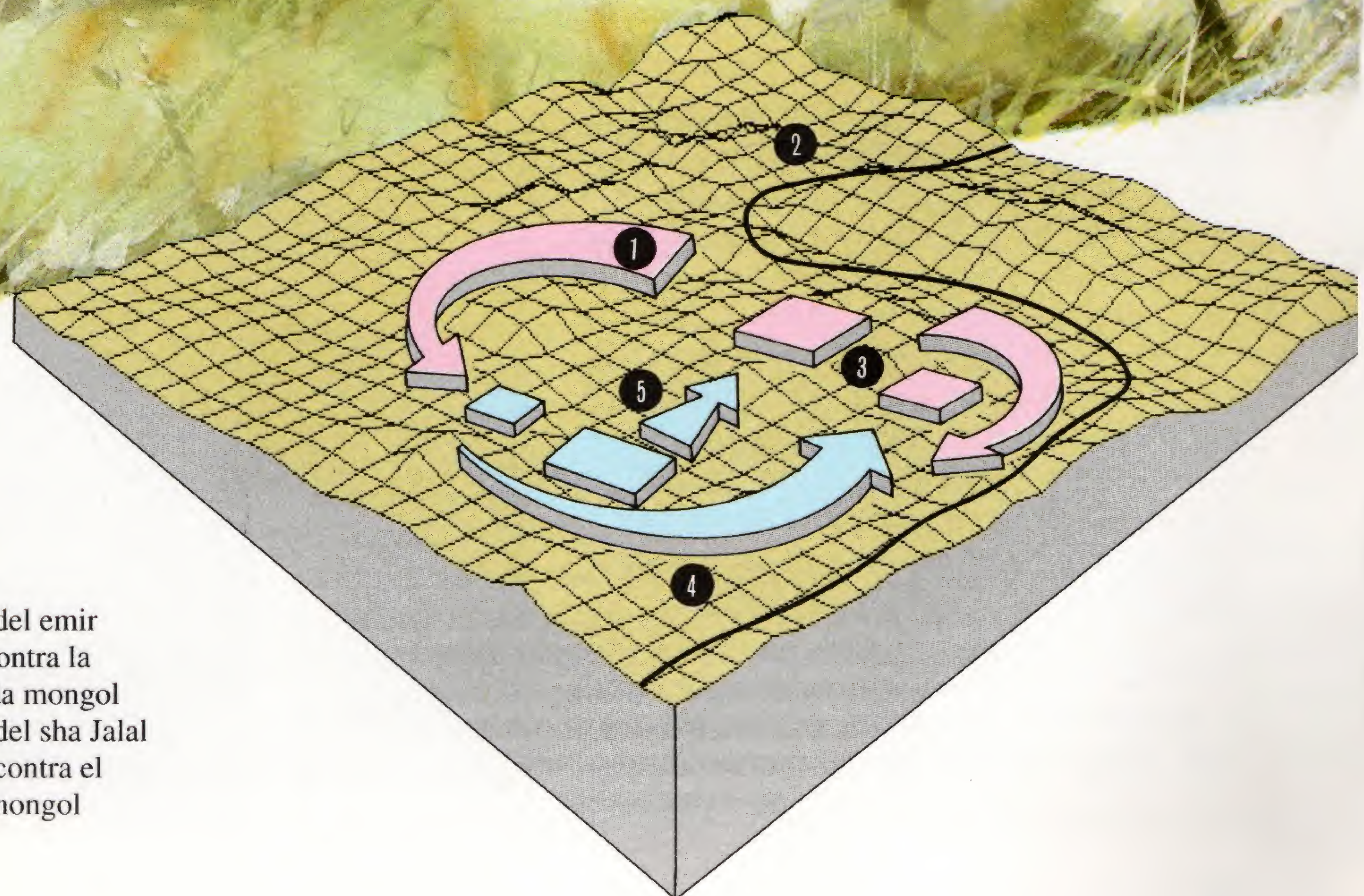
Puesto que el sha consideraba que la derecha mongola no era una amenaza inmediata, debilitó su flanco izquierdo con el fin de reforzar la carga exitosa de Malik a la derecha. Para asegurar la victoria, dirigió personalmente una carga masiva contra el centro mongol.

Los mongoles corrían peligro de ser derrotados. A Gengis Khan (4), sin embargo, la situación le pareció la mejor oportunidad. Dejando su centro (3) que aguantara como pudiera, dirigió a su Guardia Imperial, vestida de negro (6), en un ataque tan feroz que rechazó en confusión a la fuerza del emir Malik.

Sin que el sha lo supiera, un *tumen* mongol (2) había sido destacado del ala derecha para cabalgar por detrás de una sierra. Completaron su movimiento sin ser detectados y cayeron sobre el muy debilitado flanco izquierdo del sha.

Al mismo tiempo, Gengis Khan, después de haber rechazado a Malik, volvió hacia adentro para rodear la caballería del sha en el centro.

El rodeo tuvo un éxito espectacular: sólo 700 soldados del sha escaparon a la matanza.



Mapa de ordenador

- 1 Movimiento envolvente mongol
- 2 Río Indo
- 3 Ataque de Gengis Khan contra la derecha persa

- 4 Ataque del emir Malik contra la izquierda mongol
- 5 Ataque del sha Jalal ad-Din contra el centro mongol

La batalla del Indo / 3

rakorum en 1216. Entonces, como consecuencia del asesinato de los mercaderes de una caravana de camellos mongola por Inalchik, gobernador de la ciudad de Utrar, se hizo inevitable la guerra entre el imperio islámico de Khwarazm y los mongoles.

Se movilizó a los hombres mongoles entre los 17 y los 60 años, junto con algunos aliados, para reunir a 150.000 soldados en el alto Irtish en el verano de 1219. Incluían a unos 10.000 ingenieros chinos de asedio, con sus catapultas desmontadas y su munición portada a lomos de yaks y camellos. Se reunió a intérpretes musulmanes para tareas de información y se emprendieron preparativos logísticos detallados que incluían la construcción de una carretera y puentes lo suficientemente anchos como para permitir que dos carros de lado pudieran recorrer la ruta. Se establecieron depósitos de tasajo.

El sha Muhammed desplegó a 300.000 soldados bien equipados a lo largo del Sir Daria (Jaxartes), su frontera septentrional. Desconfiaba de sus generales y, tratando de tener guarnición en todas las ciudades, quedó debilitado en todos los puntos. La estrategia de Gengis fue la de mantenerlo a la defensiva. Tres *tumen* a las órdenes de Chepe, uno de sus mejores generales, avanzó desde Kharakhitai para amenazar el flanco derecho del sha en el valle de Fergana. El sha envió a uno de sus hijos, Jalal ad-Din, con 50.000 hombres, a enfrentarse a la amenaza. La batalla forzó a los mongoles a retirarse hacia Kashgar, pero habían tenido éxito en ocultar el avance del cuerpo principal hacia el río Sir Daria.

En el otoño de 1219, Gengis Khan avanzó 1.000 km y cayó sobre la ciudad de Utrar, donde había sido asesinado su embajador, a la vez que empezó a avanzar de nuevo desde Kashgar. Dejando a sus hijos menores que ejercieran la venganza contra Utrar, Gengis ordenó a su hijo mayor, Jochi, que atacara las ciudades a ambos extremos del gran río. Khojend cayó y, en el sur, Chepe esta vez derrotó a un ejército de 50.000 hombres.

Mientras tanto, Gengis y sus 40.000 hombres atravesaron el desierto de Kizil Kum, supuestamente impenetrable, cruzaron el río Oxo y luego atacaron Kujara desde el oeste, para asombro y desmayo de su enemigo, que no tenía reservas.

Una guarnición de entre 20.000 y 30.000 turcos combatió durante tres días. Luego hicieron una salida, única opción que les quedaba, pero fueron aniquilados. Kujara se sometió y sus habitantes fueron obligados a ayudar en la conquista de su propia ciudad. Gengis ordenó que la ciudad fuera despoblada y destruida por el fuego.

Al cabo de tres semanas, la "horda" real se había unido con las otras columnas frente a Samarkanda, la capital de Muhammed. Allí, Gengis invirtió dos días en un recono-

Mensajeros saetas

Todos los grandes estrategas han sabido que las batallas no se pueden ganar a través de los ojos de otros. Napoleón solía viajar en la retaguardia de su ejército, pero, cuando un enfrentamiento parecía inminente, se adelantaba rápidamente al frente para ver por sus propios ojos el terreno y el despliegue del enemigo. El imperio de Gengis Khan era tan vasto que eso no le fue posible siempre. Pero necesitaba información precisa y detallada sobre todo lo que ocurría en sus extensos dominios. A ese fin desarrolló un sistema de mensajeros por relevos.

Allí mostraron su valor, como en la batalla, los duros caballejos mongoles: seguros de cascos y ágiles, tenían la doble ventaja de la resistencia y la velocidad. Montados en esos ponis, los mensajeros de Gengis Khan, con los cuerpos vendados contra la fricción de la monta y los vientos helados, recorrían el imperio mediante un sistema de relevos por el que cubrían a menudo 160 km diarios. Había postas, situadas a unos 40 km de intervalo, en todas las carreteras principales, donde los mensajeros saeta, con cascabeles en las sillas para anunciar su llegada, podían recoger comida y cambiar de caballo. La información obtenida volvía entonces al Gran Khan mediante relevos.

Se desconocen las cifras exactas, pero una estimación razonable es que la organización de Gengis Khan comprendía más de 250.000 ponis y unas 10.000 postas. Así, se dice, el khan recibía noticias en el plazo de un día y una noche que, por otros medios, habrían tardado un mes en llegar a él. Eso es, sin duda, una exageración, pero el valor que daba a sus mensajeros está fuera de discusión: tenían autoridad absoluta cuando estaban de servicio y recibían buenas recompensas.

cimiento cuidadoso, que le permitió, al tercer día, montar una emboscada y destruir a 50.000 infantes tayicos que habían salido de la ciudad para enfrentársele. Al quinto día, Tughai Khan, tío del sha y comandante, sacó a 30.000 mercenarios de Kangli para cambiar de bando y la ciudad abrió su puerta noroeste, la de la Oración, a los sitiadores. Toda la Transoxiana había caído y el sha huyó al oeste desde Balj, perseguido por tres *tumen*, hasta una muerte solitaria en 1221 en una isla del mar Caspio.

En el verano de ese mismo año, el propio Gengis avanzó a través del Hindu Kush para perseguir al sha Jalal ad-Din, hijo de Muhammed, que trataba de reunir fuerzas frescas alrededor de Ghazni en Afganistán. Gengis envió cerca de 40.000 hombres adelante para reconocimiento. En Parwan, imprudentemente, los mongoles libraron batalla en terreno quebrado con la hueste de Jalal ad-Din, que los doblaban en fuerza, y fueron vencidos. Gengis llegó a Ghazni con su fuerza principal, mediante marchas forzadas, en dos días. Jalal ad-Din, con su ejército reducido ahora a la mitad por la defecación de sus fuerzas turcas, se retiró al valle del Indo.

De nuevo mediante marchas forzadas, Gengis alcanzó al ejército khwarazmiano por la noche, mientras hacía preparativos para cruzar el Indo al día siguiente. Jalal ad-Din se vio obligado a preparar a sus 50.000 hombres para la batalla contra aproximadamente el mismo número de mongoles.

No se conocen con exactitud los detalles de la batalla porque los relatos contemporáneos son incompletos. Los estudiosos no están de acuerdo sobre la posición exacta de los ejércitos enfrentados, por ejemplo,

La vívida pintura de la habilidad de monta de caballería, *abajo*, es otra prueba de la los mongoles.

呈慶三年二月既望吳興趙雍仲模製



pero algunos aspectos del conflicto están aceptados generalmente.

La posición khwarazmiana era fuerte, con el flanco izquierdo apoyado en sierras montañosas y el derecho sobre el Indo. Gengis avanzó al amanecer, pero Jalal ad-Din cargó el primero, mediante su ala derecha, a las órdenes del emir Malik, e hizo retroceder

el ala izquierda mongola. Puesto que el ala derecha mongola parecía no significar una amenaza, el sha debilitó su flanco izquierdo para reforzar el éxito de Malik. Hecho esto, dirigió una carga masiva contra el centro mongol, con el objetivo de obtener una victoria rápida matando al propio Gengis Khan.

Sin embargo, sin que el sha lo supiera,

Gengis Khan había ordenado a un *tumen* que escalara las alturas alrededor de la izquierda khwarazmiana. Mientras tanto, dejando que su centro se las arreglara solo, dirigió a su Guardia Imperial en una carga feroz que desbandó la fuerza de Malik. Entonces viró hacia la caballería de Jalal ad-Din, donde cargó contra su centro.

Casi al mismo tiempo, el *tumen* al que se le había ordenado que cruzara las sierras, había vencido el flanco izquierdo del sha, tomado su campamento y cortado su retirada hacia el sur. Jalal ad-Din, con su ejército en desintegración, se abrió camino hacia el Indo con sus últimos 700 hombres y huyó.

A Gengis Khan aún le quedaban más batallas por librar, pero la batalla del Indo ha de permanecer entre sus mayores logros estratégicos y tácticos, al convertir una carga enemiga potencialmente mortal en una ventaja y destruir a todo un ejército.

Sha Jalal ad-Din ?-1231

Según parece no hay retrato alguno del sha Jalal ad-Din, derrotado por Gengis Khan en la batalla del Indo. Es una figura umbría de la que poco se sabe salvo su coraje espectacular en el momento de su derrota. Perdida su causa, dejó de lado su armadura, montó un caballo fresco, galopó a las orillas del Indo y, llevando todavía su estandarte, saltó desde un acantilado cuya altura se ha señalado variadamente como de 6-18 m por encima del torrente y así escapó.

Gengis Khan se había apresurado hacia el lugar y dijo, admirado: «Afortunado debería ser el padre de un hijo así.» Su admiración por el sha, sin embargo, no lo indujo a mostrar piedad por sus hijos. Todos —el mayor sólo tenía ocho años— fueron lanzados al Indo y se ahogaron.

La cacería anual

En los breves interludios en que los mongoles no estaban en guerra se preparaban para la guerra. Hombres y mujeres tenían responsabilidades separadas. Los guerreros estaban obligados a tener las armas siempre dispuestas, las mujeres a aportar comida para sus maridos e hijos y a coserles sus capas y botas de piel de cordero.

La caza era más que una necesidad económica para los nómadas mongoles; era el centro de su estilo de vida y Gengis Khan, que en su juventud se había visto obligado incluso a cazar ratones y otros animales pequeños para seguir vivo, era uno de sus más apasionados adeptos. Precisamente, durante una cacería en 1223, cuando ya era anciano, cayó del caballo y quedó inválido durante varios meses. Los mongoles empleaban limitadamente el trigo,

pero sus alimentos principales eran el cordero y la leche de yegua.

El adiestramiento más intenso de los guerreros mongoles se realizaba a través del deporte en la cacería anual. Se circunscribía un área amplia; entonces, en un momento dado, los jinetes mongoles, desarmados, empujaban a todo animal hacia el interior, hasta que estaban apretujados en una delimitación estricta. Los animales —jabalíes, leopardos y tigres, pero también la caza menor— estaban entonces aterrorizados, muertos de hambre y al borde de una ferocidad salvaje, nerviosa. Armados de nuevo, los jinetes empezaban la masacre, matando a todo animal. De ese modo, los aprendices de guerreros de Gengis Khan aprendían cómo operar al unísono en terreno difícil y cómo usar sus armas.



Dibujo chino de un arquero mongol en la caza menor.



La desintegración del imperio Mongol

A su muerte, Gengis Khan dejó su ejército y su imperio, ambos intactos, a sus hijos. La expansión de los mongoles continuó muchos años, aunque ahora estaban divididos en cuatro janatos. Eran el Gran Janato, que abarcaba toda China y la mayor parte del este de Asia, que se llegaría a conocer como dinastía Yuan; el janato de Yagatai en Turquestán; el janato Kipchak del imperio de la Horda de Oro en la mayor parte de Rusia y un janato en el actual Irán.

Al igual que todos los imperios, anteriores y posteriores, el de los mongoles alcanzó su mayor extensión y entonces, dividido y falto de caudillos de primera calidad, se contrajo. En 1832, los mongoles habían sido expulsados totalmente de China. Pronto volvieron a sus vidas de pastores y cayeron en la oscuridad, aunque su influencia en Asia y gran parte de Europa dejó un legado indeleble, especialmente en el arte de la guerra móvil, rápida.

Enrique V 1387-1422

Cuando Enrique V ascendió al trono de Inglaterra en 1413, tenía 25 años. Se le consideraba hermoso, al estilo de la época, con una nariz larga y aguda, barbilla marcada, grandes ojos avellanados y labios rojos y llenos. Su vida estuvo dedicada a la milicia y, como todos los militares de la época, se afeitaba los lados de la cabeza y la nuca para que el yelmo ajustara más cómodamente.

Poco se sabe de la infancia de Enrique, pero no se dejó de lado su educación, a pesar de que ya de joven estuviera involucrado en las campañas de su padre. Sabía latín y escribir inglés y francés. Tocaba bien el arpa y le gustaba la poesía. Le encantaba leer (en efecto, en campaña siempre llevaba consigo una pequeña biblioteca) y estimuló y favoreció a músicos, escritores, teólogos y otros sabios. Es probable, también, que pasara cierto tiempo en la universidad de Oxford.

La imagen de Enrique como joven salvaje y disoluto se ha exagerado mucho, especialmente por parte de Shakespeare en sus dramas *Henry IV*, partes 1 y 2. Según la versión de éste, Enrique, al devenir rey, renunció de repente a la vida de libertino y se convirtió en un gobernante sobrio y solemne. Sin embargo, el bien documentado cambio en su estilo de vida no se refiere tanto a abandonar los excesos de juventud como a la gravedad con que emprendió sus nuevas grandes responsabilidades.

El reinado de su padre, Enrique IV, había visto numerosas rebeliones entre los nobles así como conflictos con Gales y Escocia; a su muerte, el país estaba en paz, pero la Corona estaba gravemente endeudada. Aunque las guerras de Enrique V incrementarían sustancialmente esa deuda, al principio fueron provechosas y gozaron del apoyo tanto parlamentario como nacional. Ciertamente, Enrique estableció el orden civil y dio a sus súbditos un espíritu de orgullo nacional.

Es probable que Enrique creyera realmente en su derecho al trono de Francia. Era un rey profundamente ortodoxo, no un simulador. A lo largo de su vida también mantuvo fuertes creencias religiosas ortodoxas y cuando reclamaba el favor de Dios para su causa lo hacía con toda sinceridad. En cualquier caso, no cabe duda de que siempre se comportó como si fuera el legítimo rey de Francia. Por ejemplo, cuando sitió Rouen en 1418, y los hambrientos habitantes buscaron capitular, replicó que la ciudad era suya y que no podían negociar con su señor legítimo.

Este y otros incidentes, tales como la matanza de prisioneros durante la batalla de Agincourt, se han citado como ejemplos de su brutalidad. En efecto, Enrique era un hombre compasivo para las normas de la época y sólo hacía uso de la dureza cuando lo exigían las consideraciones políticas o militares. Como, por ejemplo, cuando permitió que 12.000 mujeres, niños, viejos y enfermos perecieran entre las líneas en Rouen porque su propio ejército apenas tenía comida para superar el invierno.

Pero se recuerda a Enrique sobre todo como soldado, un genio militar invicto que manifestaba una brillante osadía durante la acción, una estrategia sensata y atención diligente al detalle, todo ello apoyado en un alto grado de habilidad diplomática. Estas eran la cualidades, junto con su valor personal y su habilidad con las armas —se dice que llevaba su armadura “como si fuera un capote”—, su sentido de la justicia y su generosidad espontánea que le permitieron enrolar un ejército, mantenerlo unido bajo condiciones terribles y en peligros formidables y conducirlo a la victoria improbable. En palabras de William Shakespeare, en su drama *Henry VI*, fue:

«... demasiado famoso para vivir mucho.
Inglaterra nunca perdió un rey de tanto valor.»

La efigie tallada del rey Enrique V aparece sobre su tumba en la capilla del chanfre dedicada a él en la abadía de Westminster, Londres.

Enrique V y algunos de sus cortesanos retratados dentro de una H iluminada en esta página de Carta Antiquae, una colección de estatutos perteneciente a la Corporación de la Ciudad de Londres.

- 1387 16 de septiembre Nace en Monmouth, hijo de Enrique IV.
- 1403 Primera campaña contra Owen Glendower 21 de julio Herido en Shrewsbury.
- 1405 Marzo Captura al hijo de Glendower.
- 1410/ Encabeza el Consejo Real.
- 1411 Envía una fuerza a Francia en ayuda del duque de Borgoña.
- 1413 21 de marzo Se convierte en rey de Inglaterra.
- 1415 11 de agosto Embarca en Southampton hacia Francia. Agosto-septiembre Asedia y conquista Harfleur. 25 de octubre Batalla de Agincourt.
- 1416 15 de agosto Firma del tratado de Canterbury con el emperador Segismundo.
- 1417 30 de julio Navega a Normandía; desembarca en Touques. Agosto-septiembre Asedia y toma Caen.
- 1418/ Febrero Falaise cae tras un asedio de cuatro meses. Julio Asedia y enero conquista Rouen.
- 1420 21 de mayo Regente y heredero del trono francés por el tratado de Troyes. Junio-julio Toma el castillo de Montreuil. Julio-noviembre Asedia y conquista Melun. Regresa a Inglaterra.
- 1421 10 de junio Navega a Francia. Julio-agosto Conquista Dreux, libera Chartres. Septiembre Asalta Beaugency en el Loira.
- 1422 2 de mayo Conquista Meaux tras un asedio de siete meses. 31 de agosto Muere de disentería, a la edad de 34 años.





La batalla de Agincourt / 25 de octubre de 1415

EL 11 DE AGOSTO DE 1415, Enrique V se embarcó hacia Francia en su nave capitana, el *Trinity Royal*. Unos 1.500 barcos de todo tipo se habían reunido en Southampton Water para transportar a su fuerza invasora. Estaba allí toda la nobleza de Inglaterra. Había unas 2.000 lanzas y 6.000 arqueros, la mitad de ellos con caballos; había pajes, armeros, herreros e ingenieros y el retén propio de Enrique, de cerca de 900 hombres.

La flota ancló dos días más tarde frente a Chef de Caux (Cap de la Hève), a 5 km por debajo de la fortaleza de Harfleur. Esta ciudadela era el primer objetivo de Enrique, puesto que era la llave de Normandía y, si no la tomaba, seguiría siendo una amenaza a retaguardia. Someter Harfleur, sin embargo, resultó una empresa costosa y larga, puesto que estaba fuertemente defendida y el pequeño río Lèzarde, represado, había inundado los campos de los alrededores.

El 17 de agosto, Enrique trasladó su ejército hacia la ciudad para emprender un asedio formal, pero el avance fue lento y hasta el 16 de septiembre, aniversario del rey, los ingleses no capturaron uno de los baluartes de las fortificaciones. La ciudad rindió sus llaves el 22 de septiembre.

Aunque exitoso, el sitio le había salido caro a Enrique tanto en tiempo como en dinero, pues aunque pocos habían caído en el asalto de la ciudad, la fiebre y la disentería habían reducido las filas de los ingleses. Esto, junto con algunas deserciones que enfurecieron al rey, lo dejaron con, a lo sumo, 900 lanzas y unos 5.000 arqueros.

¿Qué debía hacer? El honor exigía que al menos conquistaran una fortaleza y luego se retiraran; por otra parte, un intento de marcha sobre Rouen y París era altamente imposible. Su decisión de marchar por el norte de Normandía —“mi ducado”, como lo llamaba— y luego embarcar en su ciudadela de Calais ha sido muy criticada por historiadores de sillón por los peligros que significaba haber de recorrer unos 250 km por territorio dominado por el enemigo. Pero Enrique confiaba en poder vencer a un ejército francés en el campo y se puso en marcha desde Harfleur el 6 de octubre. Sus hombres sólo tenían provisiones para ocho días y Enrique era plenamente consciente de que el resultado de esa “aventura muy temeraria y osada” lo dejaría muerto, prisionero en espera de rescate o convertido en el rey héroe de Inglaterra.

El 8 de octubre todo su ejército estaba en marcha. Al sudeste, como sabía Enrique, había una guardia avanzada francesa en Rouen y el cuerpo principal del ejército francés, que todavía se reunía en Vernon. Pero estaba más cerca de Calais que sus enemigos y les sacaba una ventaja de unos dos días de marcha, de modo que tenía la oportunidad de llegar antes que ellos.

La guerra de los Cien Años

Los orígenes de la guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia (1337-1453) estaban en la victoria de Guillermo el Conquistador sobre los ingleses en Hastings en 1066, pues era duque de Normandía y técnicamente vasallo del rey de Francia. Las cosas aún se complicaron más en 1152, cuando uno de sus descendientes, Enrique II de Inglaterra, se casó con Leonor de Aquitania, esposa divorciada del rey de Francia Luis VII. Por ese matrimonio, Enrique adquirió las regiones de Poitou, Gascuña y Guienne, que lo convertían en señor de una región tan grande de Francia como el propio rey.

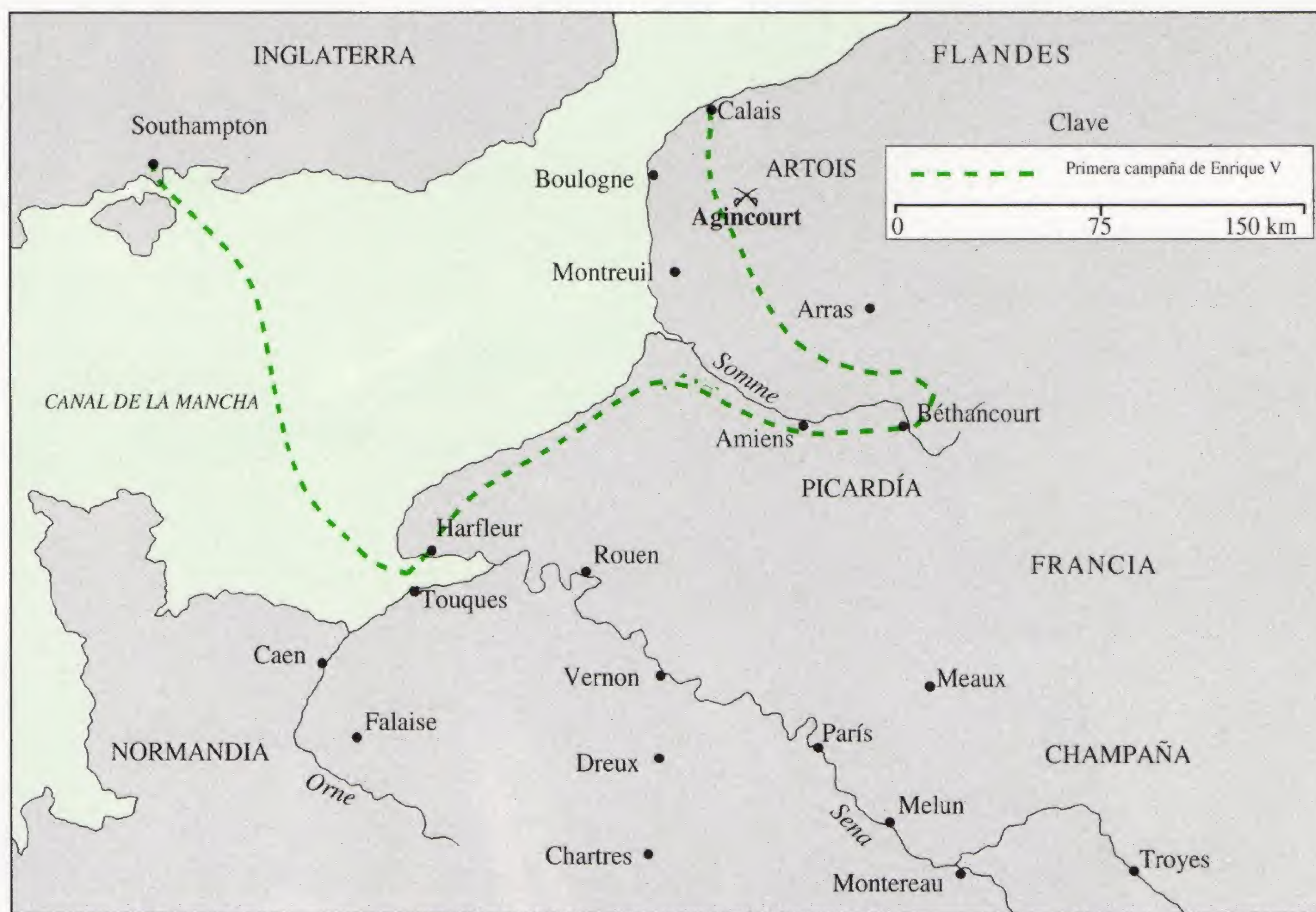
Durante los años siguientes, los ingleses perdieron gran parte de este territorio, incluida Normandía en 1204, pero lo reconquistó en gran medida Eduardo III, bisabuelo de Enrique V. A continuación, sin embargo, el poder inglés declinó de nuevo y en 1375 sólo retenían Calais y unas áreas reducidas alrededor de Burdeos.

Los desórdenes intestinos impidieron que los dos reyes ingleses siguientes —Ricardo II y Enrique IV— reforzaran lo que considera-

ban sus derechos en Francia. Esta situación cambió cuando Enrique V devino rey pues rápidamente restableció el orden y la paz en casa. El tiempo de reforzar las pretensiones inglesas al trono francés también estaba maduro por otras razones.

El entonces rey de Francia, Carlos VI, estuvo loco la mayor parte de su vida y su locura condujo a enfrentamientos asesinos por el poder entre varias facciones, en especial las encabezadas por Juan, duque de Borgoña, dueño de grandes territorios en el norte, y los Armanacs bajo los duques de Orléans, que tenían intereses poderosos tanto en Francia central como meridional.

Pero había otra razón más urgente para que Enrique invadiera Normandía. Su título a la corona de Inglaterra, al derivar, como lo hacía, de que su padre hubiera depuesto a Ricardo II; el rey indiscutido, era sospechoso, y muchos nobles apoyaban las reivindicaciones rivales de la casa de York. Convirtiendo su asalto a Francia en una causa común, en la que se le unieron todos los nobles ingleses, Enrique minimizaba la perspectiva de rebelión en casa.



Entre Enrique y Calais, sin embargo, estaba el río Somme, un obstáculo que resultaría casi insuperable. Pretendía cruzar el río por el mismo vado cerca de la desembocadura que usó su bisabuelo el rey Eduardo III en su marcha hacia Crécy. Sin embargo, un francés capturado le dijo que el río estaba defendido y empalizado en el cruce, de modo que Enrique no tenía más opción que virar tierra adentro y buscar otro vado. En el lapso de pocas horas se había desmontado

toda su estrategia. Su reducido ejército, exhausto por la marcha y los sufrimientos en Harfleur, ya estaba reducido a unas raciones magras que en breve se agotarían.

Más aún, Enrique se veía obligado ahora a moverse hacia la vanguardia del ejército francés a las órdenes de Charles d'Albret, condestable de Francia, y el mariscal Jean Boucicaut, que marchaban hacia el norte. Los puentes a lo largo del Somme habían sido desmantelados o estaban fuertemente



Guerreros

Los militares bajo medievales habituales, de los cuales los caballeros sólo eran la élite, eran las lanzas. Los caballeros o nobles más altos conducían sus propios contingentes de hombres acorazados bajo sus propios estandartes. Cada guerrero era servido por un escudero y uno o dos pajes. Sus caballos eran del tipo grande, de caza. Pero después de la batalla de Poitiers, en 1356, se había hecho más usual combatir a pie. Enrique V pagaba a sus lanzas un chelín al día.

En 1415 se llevaba la armadura completa con el yelmo en forma de huevo y con visera, con ropas acolchadas debajo para evitar los roces. La cota de malla cubría la ingle y las axilas. Aunque pesaba entre 27 y 32 kg y era molesta de llevar, la armadura, con sus superficies brillantes, ofrecía una buena protección y permitía una agilidad considerable. El portador sólo estaba en peligro si caía, pues se necesitaba a dos hombres para levantarlo.

Los guerreros llevaban un tahalí enojado con la espada a la izquierda y la daga a la derecha. La espada podía usarse como mandoble, pues no era necesario llevar escudo. Otras armas eran las mazas, hachas de guerra y lanzas (acortadas por los franceses en Agincourt) para el uso a pie.

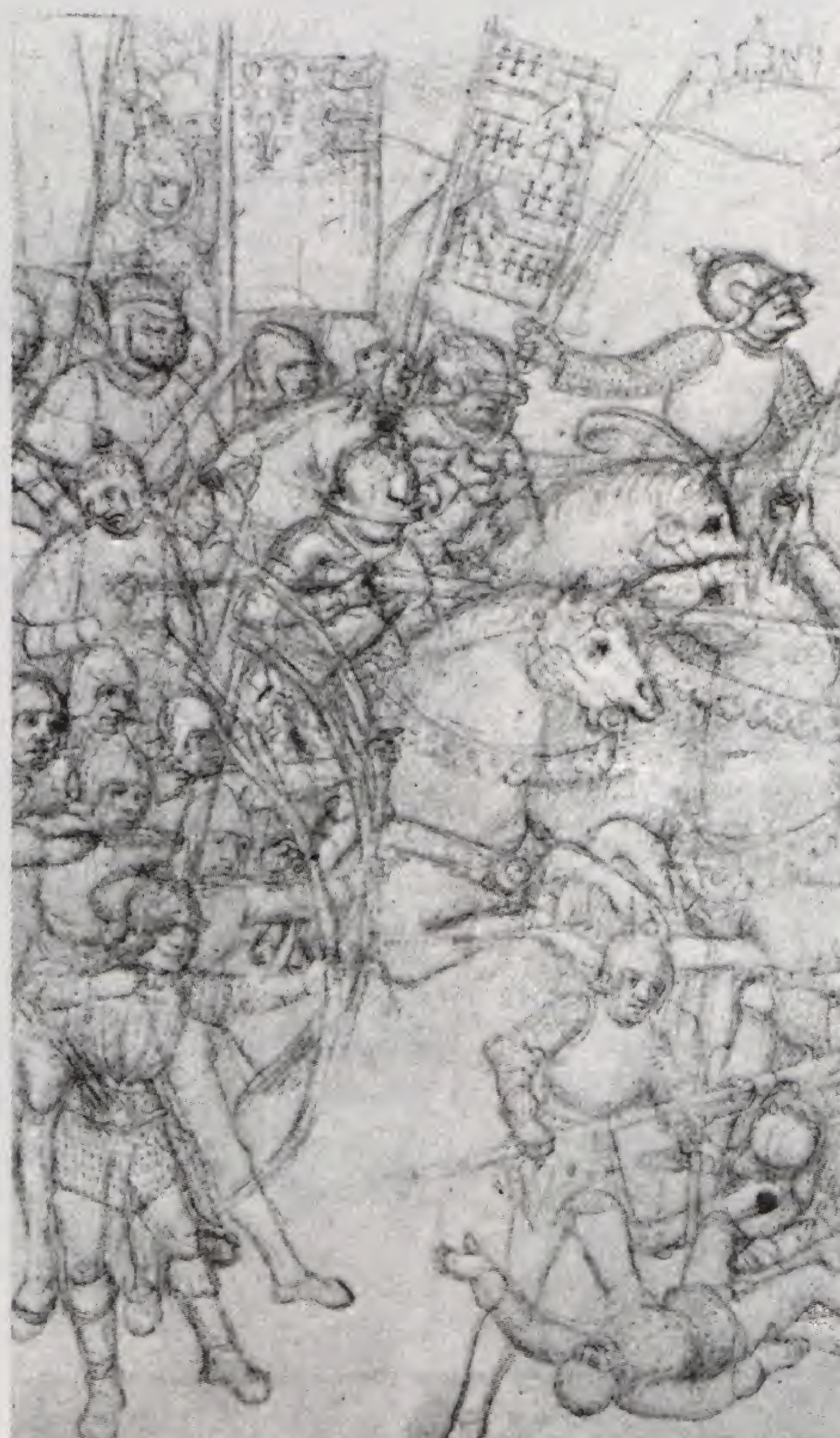
Frotaje de cobre de la tumba de lord Camoys en la iglesia de Trotton, Inglaterra.

El arco largo inglés

Casi 70 años después de la victoria de los arqueros ingleses en Crécy, el arco largo era todavía un arma no superada. Confeccionado generalmente de tejo, medía 1,8 m de largo y necesitaba una tensión de 35 kg. Cada carcaj de 24 flechas emplumadas con plumas de oca, de hasta 90 cm de largo, contenía 8 flechas ligeras, con un alcance máximo de unos 275 m, y 16 de las más pesadas, capaces de atravesar la armadura. Estas sólo medían 70 cm y alcanzaban unos 160 m; eran certeras contra blancos individuales entre 80 y 100 m. Un arquero adiestrado podía disparar diez flechas por minuto, pero precisaba práctica constante.

Las armas secundarias de un arquero podían incluir la espada, la daga, el mazo de plomo, el garrote o el garfio, usadas a veces con una rodela pequeña. Los arqueros ricos podían tener una camisa de malla o un jubón de cuero acorazado, mientras se cubrían con un yelmo de casco o simplemente un sombrero de fieltro. Recibían seis peniques diarios de paga.

Arqueros ingleses; "Vida y actos de Richard Beauchamp, conde de Warwick", h. 1485.



defendidos y el río estancado. En el lado opuesto del río tuvo visiones ocasionales de las sombras de una fuerza. Otra fuerza mucho mayor se reunía, pues la caída de Harfleur había despertado a los franceses de su letargo y muchos grandes duques habían acudido a las banderas.

La situación inglesa parecía condenada. Pero el 18 de octubre, Enrique encontró dos vados practicables en Béthencourt y cerca de Voyennes, aunque los accesos eran por tierra pantanosa, mientras que las carreteras que las recorrían habían sido destruidas. Hizo de inmediato que los soldados demolieran las casas y cobertizos de los alrededores para reunir maderos con los que reparar las carreteras. El 19 de octubre, todo el ejército inglés pudo cruzar con seguridad el Somme. Poco después, sin embargo, llegaron heraldos de las líneas francesas, anunciando que los príncipes y duques de Francia planteaban ofrecer batalla en el camino de Calais. Lo hicieron cerca de la aldea de Agincourt.

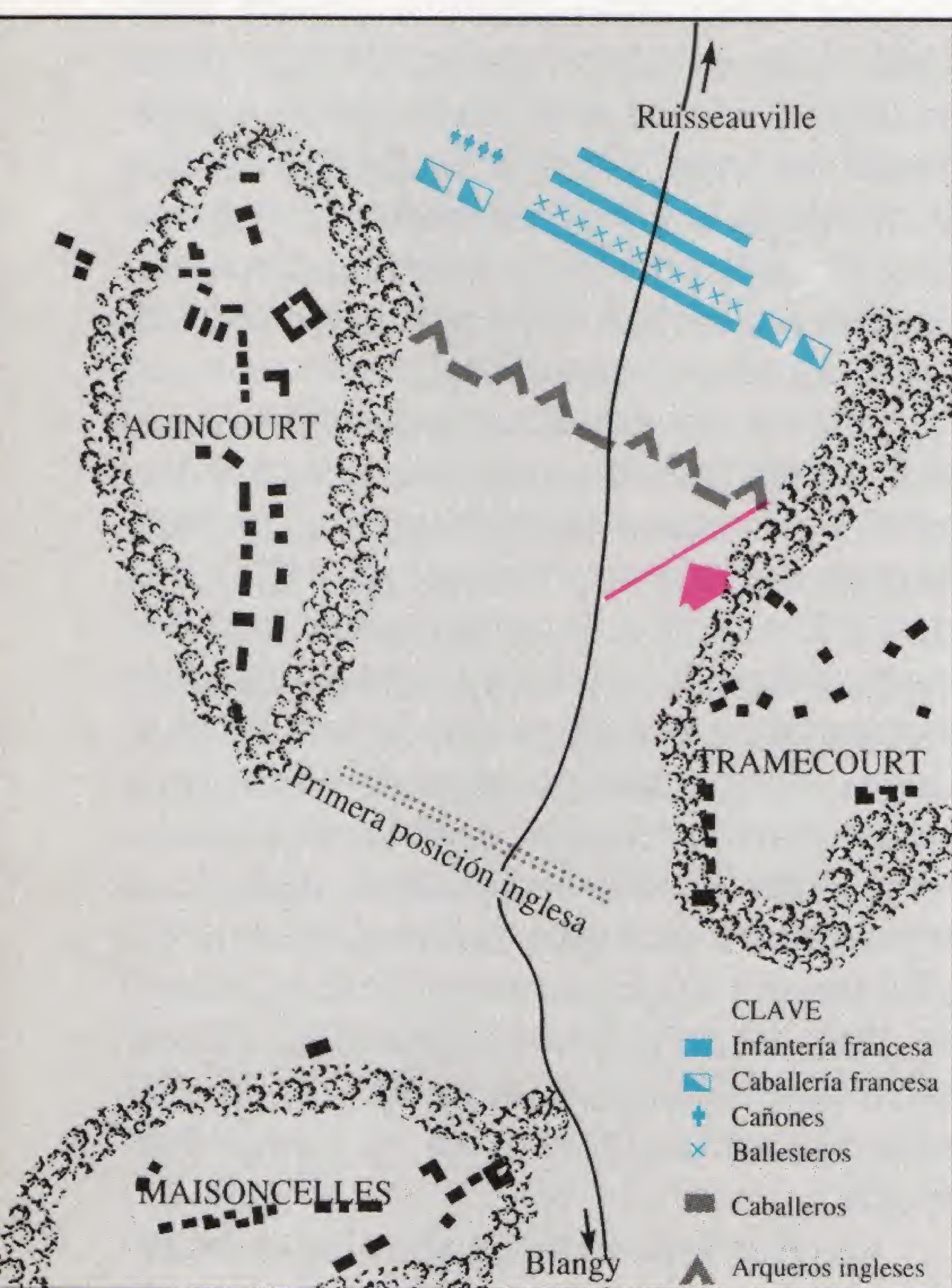
La posición de los ingleses, el 24 de octubre, inferiores en número y hambrientos, parecía desesperada, pero el propio Enrique estimuló su ánimo. Cuando uno de sus caballeros, sir Walter Hungerford, temeroso del resultado de la batalla, lamentó que no hubiera 10.000 arqueros ingleses más, el rey lo contradujo: «No quisiera tener ni a uno más, aunque pudiera. Esta gente es la gente de Dios; Él me los ha confiado hoy y Él puede rebajar el orgullo de esos franceses...» La confianza y la fe de Enrique serían amargamente puestos a prueba al día siguiente.

El campo de batalla de Agincourt tenía forma aproximada de rombo. En sus cuatro ángulos había aldeas muy boscosas; entre ellas había un campo abierto de unos 3 km de largo por 1,2 km de ancho, arado y sembrado con trigo de invierno. Llovió durante varias horas esa noche tormentosa. Sin embargo, con la primera luz del 25 de octubre, empezó a escampar y los dos bandos podían ver las disposiciones del otro.

El pequeño ejército inglés estaba extendido en una línea de cuatro de fondo a lo largo de los extremos meridionales de los bosques de Agincourt y Tramecourt. El duque de York mandaba el ala derecha y lord Camoys la izquierda, mientras que el rey se colocó en el centro. Cada una de las tres divisiones comprendía cuerpos de lanzas, con arqueros en formación de cuña a cada uno de sus lados. Todos los hombres, incluido el rey, combatirían a pie. La impedimenta estaba situada a retaguardia y apenas defendida. Esta pequeña fuerza, fría, calada y hambrienta, se enfrentaba a un ejército que se estimaba en una fuerza por lo menos cuádruple.

Los franceses estaban situados en un terreno de leve pendiente a 1,5 km al norte de

La batalla de Agincourt / 2



En Agincourt, Enrique V realizó lo que probablemente es uno de los gambitos más eficaces en una batalla: atacar desde una fuerte posición defensiva. Necesitaba que los franceses presentaran batalla porque sus tropas estaban hambrientas. Al mover a su ejército adelante desde su buena posición entre dos bosques a otra igualmente buena pero más cercana al

enemigo, atrajo a los franceses a un ataque contra sus arqueros concentrados. Los franceses se agotaron y fueron derribados en grandes cantidades. Guillermo el Conquistador había usado la misma táctica contra el rey Harold en 1066, en Hastings.

El día amaneció frío y húmedo el 25 de octubre de 1415, después de una noche de lluvias torrenciales. Sobre las 09.00 h, Enrique ordenó a su ejército avanzar desde su primera posición a tiro de arco del enemigo. Tal como pretendía, esto provocó que la primera línea de lanzas montadas francesas procediera al ataque.



El propio Enrique (9), combatiendo también a pie, estaba rodeado por un grupo de 18 caballeros franceses, pero sus guerreros desbarataron el ataque (8). En la abadía de Westminster todavía se puede ver el yelmo de Enrique, mellado en el combate y sin uno de los florones de la corona que lo rodeaba.

A medida que los arqueros se quedaban sin flechas, tiraban sus arcos y combatieron cuerpo a cuerpo. No obstaculizados, trepaban sobre las pilas de caballeros franceses caídos y los apuñalaban a través de la visera o destrozaban sus yelmos a golpes de maza.

La tercera línea del ejército francés (5), viendo la carnicería desde la distancia, empezó a disolverse; los ballesteros y cañones (4) tampoco tuvieron gran parte en la acción. En el plazo de una hora la batalla había terminado: murieron unos 11.000 franceses y, según se estima, sólo 100 ingleses. Tal como había ocurrido en Crécy en 1346, los arqueros habían sido decisivos.

Los caballos resultaban heridos y caían, enterrando bajo ellos a sus jinetes, que quedaban en el suelo, incapaces de moverse por el peso de sus armaduras. Los caballos que llegaban hasta las líneas inglesas se encontraban con las estacas afiladas (3) que los arqueros habían clavado en el blando suelo.

Encajados entre los bosques de Agincourt (1) y Tramecourt, los aterrorizados animales volvían grupas (6) y caían sobre la segunda línea de guerreros (2) que se arrastraban a pie por el barro. Bajo la lluvia de flechas, unos hombres caían sobre otros que ya yacían en el suelo y muchos se asfixiaron dentro de sus cascos de acero con la visera calada.

Obstaculizados por el espeso barro del campo arado, su carga se derrumbó y caballos y jinetes se convirtieron en blancos fáciles para los arqueros ingleses (7). Enrique, que conocía el valor de sus arqueros en la batalla, había invertido más de dos años en prepararlos para la campaña de Normandía; la precisión y velocidad de sus disparos devastaron al enemigo.

La batalla de Agincourt / 3

Botín y rescate

Un ejército invasor podía obtener “los beneficios de la guerra” de dos maneras: por botín o por rescate. Dado que la única intención de un ejército de voluntarios era conseguir beneficios, eran frecuentes las disputas por prisioneros y bienes robados y se hizo necesario un código de conducta.

La Corona se reservaba todos los bienes inmuebles —tierras, ciudades, castillos— junto con el rescate pagadero por los nobles capturados. Esto se incrementaba con un “impuesto” de un tercio del botín obtenido por los capitanes y un tercio del tercio que recibían cuando sus hombres hacían prisioneros.

No había normas sobre qué se podía pillar y cualquier cosa móvil podía ser objeto de pillaje. Puesto que algunos soldados estaban mejor situados que otros para tomar prisioneros o saquear, simplemente por las circunstancias, grupos pequeños a menudo acordaban repartir entre ellos todo lo que obtuvieran. De la misma manera, si uno de ellos era retenido por el rescate, pagarían conjuntamente la suma negociada. Si no podían reunir esa cantidad, se ofrecían como rehenes de garantía mientras su camarada volvía a casa para reunir el dinero.

El ejército de Enrique era, en muchos aspectos, poco más que una banda de salteadores. Las



ganancias eran su objetivo y se llevaban cualquier cosa que se pudiera vender. Después de la batalla de Agincourt, los hombres de Enrique se cargaron con tanto botín que no podían transportarlo por lo que ordenó que gran parte de él se usara para una pira funeraria por los muertos ingleses.

El botín era una de las gratificaciones de un ejército medieval victorioso; los soldados saqueaban cualquier cosa móvil, desde

comida y bebida hasta bienes domésticos, como muestra esta miniatura de un manuscrito de h. 1398.

los ingleses. Puesto que el espacio entre los bosques de Agincourt y Tramecourt era tan estrecho, el gran ejército francés se vio forzado a formar en tres masas densas, una detrás de la otra. La primera línea, formada por un cuerpo selecto de nobles y caballeros pesadamente armados, con espadas y lanzas de entre 3,7 y 4,3 m de largo, estaba a las órdenes de Charles d'Albret y Jean Boucicaut. Una segunda formación similar estaba al mando de los duques de Bar y de Alençon. Los que no eran de noble cuna estaban relegados a la tercera línea.

La determinación de la nobleza de ser la primera en la acción y así ganar toda la gloria anticipada condujo a varios errores tácticos. Los caballeros estaban tan apretujados que sólo con dificultades podían usar sus armas largas y los ballesteros, colocados detrás de la línea frontal, resultaron inútiles. Había unidades de caballería dispuestas a cada lado de la línea frontal, con unos pocos cañones situados detrás de la caballería en el ala derecha, donde, al igual que los ballesteros resultaron inútiles, aunque por lo menos un desgraciado arquero inglés fue muerto por un cañón.

Durante tres horas, desde el alba, los dos ejércitos se observaban de frente. Esta inactividad predecía el desastre para Enrique: no tenía fuerzas suficientes para atacar; su camino adelante estaba bloqueado y retirarse a través de territorio hostil, perseguido

por un ejército poderoso, significaría la muerte o el hambre. Su única esperanza era atraer a los franceses a la acción y resolver la situación sin demora.

Poco después de las 09.00 h dio la orden de “estandartes adelante”. Toda la línea inglesa, con la impedimenta tras ellos, avanzó unos 650 m a través del denso barro hasta un tiro de arco del enemigo y los arqueros clavaron en el suelo, inclinadas, estacas afiladas para rechazar a la caballería francesa. Esta táctica produjo el resultado que Enrique había esperado: un temblor reluciente recorrió las líneas de la caballería francesa cuando las lanzas se llevaron a la horizontal para una carga.

Los franceses planeaban cargar contra los arqueros, echarlos atrás y luego rodear a la fuerza inglesa principal por el peso del número. El ataque, sin embargo, avanzó a paso lento, porque los caballos, que llevaban a los caballeros con sus pesadas armaduras, pronto se hundieron en el barro hasta las corvas.

La mayoría de los caballeros montados fueron derribados antes de que hubieran logrado acercarse a los ingleses; los que llegaron hasta las estacas de los arqueros fueron muertos por disparos concentrados a corta distancia. Los pocos hombres que sobrevivieron fueron llevados atrás, hacia sus propias líneas, por sus caballos aterrorizados.

Mientras tanto, la primera línea de guerreros de a pie avanzaba con suma dificultad, puesto que, debido al peso de su armadura, también se hundía en el barro. Durante los primeros minutos de la acción los franceses quedaron ya desordenados. Mediante un esfuerzo supremo, la vanguardia alcanzó a los ingleses y los rechazó la longitud de una lanza. Pero, apretujados como estaban en columnas cada vez más estrechas, y agotados, su ataque se derrumbó.

Entonces Enrique ordenó a sus arqueros que dejaran de lado sus arcos y se enfrentaran a los caballeros franceses en combate cuerpo a cuerpo. Los arqueros se lanzaron sobre ellos con hachas, mazas y espadas y pronto, esos hombres sin coraza, a menudo descalzos, derribaron a la mayoría de los caballeros en el suelo, donde yacían hasta en una altura triple.

Mientras tanto avanzaba la segunda línea, pero también se agotó en el barro y, viendo el destino de sus camaradas, pronto se quebró bajo la lluvia de flechas y retrocedió. En este momento de la batalla, unos mensajeros trajeron la noticia de que una fuerza francesa de refresco había atacado la impedimenta inglesa, donde había muchos prisioneros. Puesto que el número de prisioneros franceses excedía con mucho al del ejército inglés, Enrique ordenó que fueran muertos de inmediato. Dado que los prisioneros significaban rescates, sus tropas se re-

sistieron, al principio, a obedecer, pero luego corrió el rumor de que los franceses pretendían cortar la mano derecha de todo arquero que capturaran y todos se sumaron con feroz diligencia. Pronto, los caballeros franceses muertos se contaron por millares y la tercera línea francesa, viendo la matanza desde cierta distancia, empezó a disolverse.

Más tarde resultó que el ataque contra la impedimenta había sido realizado por un señor local en busca de botín. A pesar de las críticas contra Enrique por ordenar la ma-

tanza de prisioneros, su acción no fue realmente irrazonable en las circunstancias. Su única esperanza de supervivencia estaba en la victoria absoluta; permitir que los prisioneros vivieran habría dejado la batalla en el aire.

Los ingleses quedaron dueños indiscutidos del campo y el camino de Enrique a Calais estaba abierto. Por la incompetencia táctica y una creencia fuera de lugar en su superioridad, los franceses habían pagado un precio terrible.

El cañón de asedio

El cañón ya se conocía en Europa desde hacía más de 75 años antes de que Enrique V comenzara su carrera militar, pero él lo usó con una intensidad y eficacia nuevas: sus últimas campañas consistieron casi únicamente en asedios.

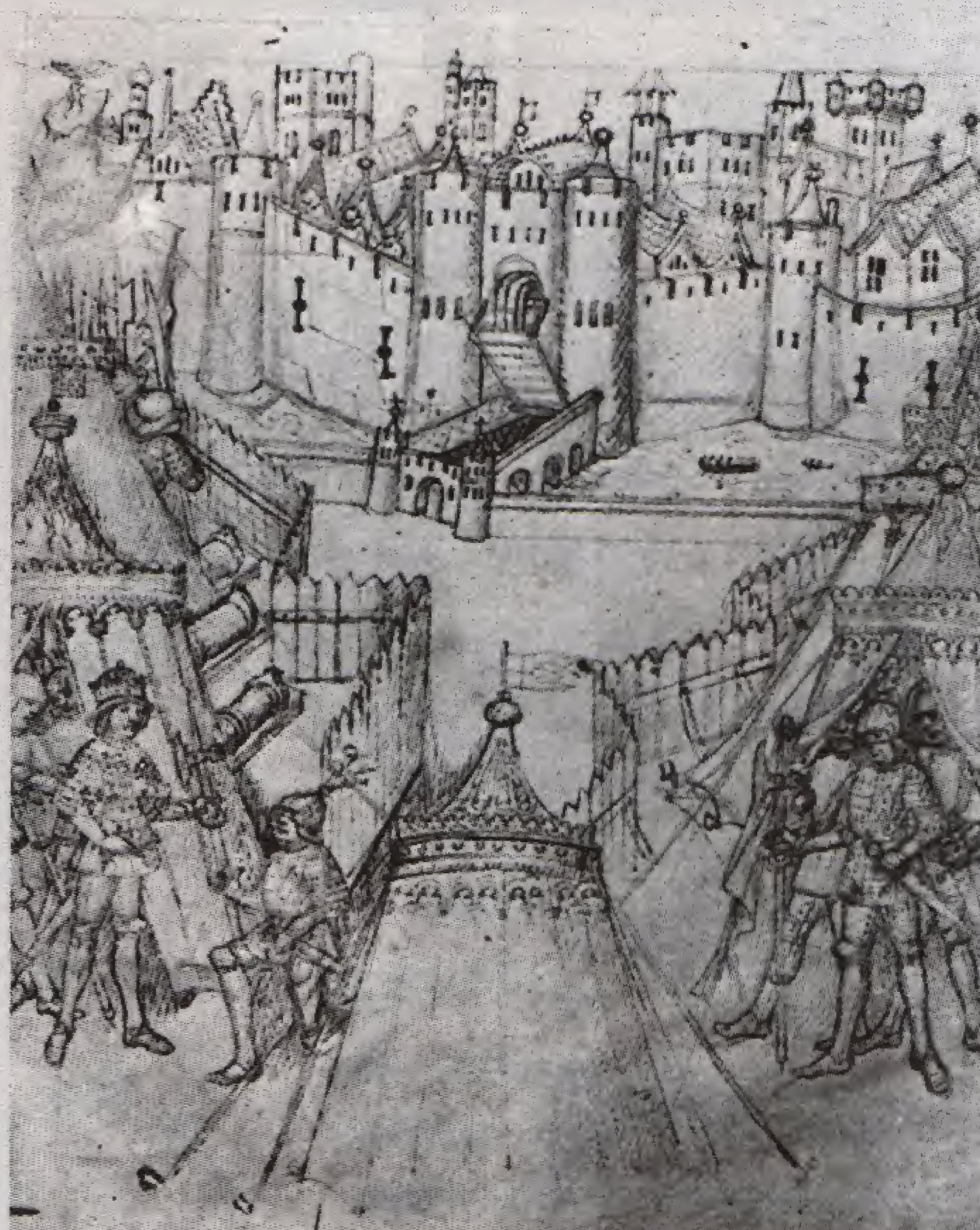
Los cañones de asedio eran pesados, de hasta dos toneladas, y medían hasta 4 m de largo, con calibres de hasta 60 cm; disparaban balas de piedra de entre 180 y 225 kg. Se tenían que enfilar mediante anillos alrededor de la boca y que cargar mediante recámaras, por lo que la velocidad de disparo se calculaba en disparos por día.

Otro método de carga consistía en introducir una caja móvil, o cámara, de las que cada cañón tenía dos o tres, con pesos entre 4,5 y 30 kg. Se llenaban de pólvora mediante una cuchara y tenían un tubo a través del cual se metía una vela o mecha para poner en ignición la carga. La boca de la cámara se sellaba mediante una tapa de madera blanda, o bitoque, que se apretaba con una baqueta.

Entonces se introducía la caja, mediante su asa, en la recámara y se fijaba con una vara de hierro. Cada cañón iba montado en una cureña de olmo o haya, con poleas, palancas y cadenas para enfilarlo. Cerca había herrerías de campaña para las frecuentes reparaciones necesarias.

Enrique usó contra Harfleur doce cañones, entre ellos el "London", el "Messenger" y el "King's Daughter" y aplicó un bombardeo durante las 24 horas del día.

Enrique V asedia una ciudad francesa; "Vida y actos de Richard Beauchamp, conde de Warwick", h. 1485



Jean Boucicaut h. 1365-1421



Miniatura del Libro de Horas de Boucicaut.

Uno de los grandes soldados de la edad caballeresca, Boucicaut era un campeón de los torneos, cruzado y fundador de una orden de caballería. Toda su vida estuvo en armas, primero contra los flamencos, después contra los turcos.

Fue hecho mariscal por el rey de Francia Carlos VI en 1391 y se destacó en la defensa de Constantinopla contra los turcos de 1398-9: los había liberado contra un rescate después de su captura en la batalla de Nikópolis en 1396.

Boucicaut fue capturado de nuevo en la batalla de Agincourt, pero Enrique V le perdonó la vida en reconocimiento de su caballería, valor y rango. Murió en Inglaterra unos seis años más tarde, mientras esperaba todavía ser rescatado.

El breve triunfo de Inglaterra

La victoria de Enrique V sobre los franceses en Agincourt, a pesar de las desigualdades, fue absoluta, aunque sus beneficios inmediatos fueron mínimos. Sin embargo, se había tomado Harfleur y asegurado doblemente Calais; además, los franceses nunca más se atrevieron a atacar a Enrique en campo abierto. Su nuevo prestigio europeo le permitió negociar una alianza con Segismundo, el sacro emperador romano, en agosto de 1416, y un año más tarde Enrique volvió a invadir Normandía e inició una conquista sistemática de su ducado. La conquista de Rouen en 1419 y el asesinato de Juan, duque de Borgoña, llevó a la alianza angloborgoña que Enrique buscaba desde 1411.

Esta fue la clave del éxito de Enrique en Francia. Le dio París y, a través de la boda con Catalina de Valois, lo hizo regente y heredero del trono de Francia por el tratado de Troyes de 1420. Pero Enrique murió de disentería contraída durante la campaña de Meaux antes de poder consolidar sus ganancias y empezar la terrible tarea de con-

quistar la Francia del delfín al sur del Loira. Le sucedió su hijo niño, Enrique VI, que se convertiría en un soberano beato, pero inepto.

Una vez muerto Enrique V, los franceses renovaron sus esfuerzos por reconquistar su territorio, ayudados desde 1428 por la extraña pero inspiradora figura de Juana de Arco. Esta empresa se vio ayudada por enfrentamientos internos en Inglaterra, pues, con la muerte del regente Juan, duque de Bedford, el hábil hermano de Enrique, en 1431 y el fin de la alianza borgoña en 1435, los grandes nobles volvieron a disputar.

En su momento, en parte como consecuencia de la pérdida final de Francia, se enrolaron en bandos opuestos en la guerra civil conocida como de las Dos Rosas. En 1453 los ingleses habían sido expulsados de nuevo de Francia, salvo de la ciudad fortaleza de Calais. La gran victoria de Agincourt, según resultó finalmente, no consiguió más que endeudar en gran medida la Corona inglesa y prolongar innecesariamente la guerra de los Cien años.

Gonzalo de Córdoba 1453-1515

Gonzalo Fernández de Córdoba tuvo la fortuna de vivir en una época en que sus grandes capacidades pudieron encontrar una aplicación provechosa. Después de la unión personal de Aragón y Castilla, realizada por el matrimonio de Fernando e Isabel en 1479, España se convirtió en una potencia en expansión. Isabel, en particular, estimuló y financió los viajes de descubrimiento de Colón; los Reyes Católicos presidieron la expulsión de los moros de Granada, su último reducto en la península.

Nacido en Montilla, Gonzalo Fernández de Córdoba era hijo de un próspero ciudadano castellano y él y su hermano fueron educados en Córdoba bajo la tutela de Diego Carcomo. A este hombre amable e ilustrado se acredita haber inspirado en Gonzalo la “generosidad, grandeza de ánimo, amor a la gloria y todas las virtudes que más tarde marcaron su gloriosa carrera”.

Estas cualidades admirables fueron su única herencia, pues todos los bienes familiares pasaron a su hermano mayor. En ese momento, España no estaba lejos de la ruina; en las ciudades reinaba el desgobierno, la nobleza descontenta, el pueblo oprimido y, lo que era peor, todo el país asolado por la guerra civil. Estas duras condiciones, sin embargo, darían a Gonzalo la oportunidad de distinguirse como deseaba y sus primeras experiencias de la guerra fueron como mando subalterno durante las guerras civiles. Pero las habilidades de Gonzalo, tanto en la guerra de movimiento como en la de asedio, se perfeccionaron en la de Granada. Tuvo repetidamente un papel valeroso y enérgico y, cuando finalmente Granada capituló en 1492, su nombre ya era ampliamente conocido y tenido en gran estima.

Su ascenso en la corte fue rápido debido a su habilidad y su presencia atractiva. Inevitablemente, su éxito, su gran fuerza física, su increíble habilidad como jinete y sus proezas en todos los ejercicios militares, inspiró envidia en algunos de sus contemporáneos, pero admiración en la mayoría.

Se destacaba especialmente por su estilo: sus muebles, su mesa y especialmente su atavío personal eran, a la vez, elegantes y lujosos, incluso en el campo de batalla. Gonzalo también era un hombre profundamente religioso —llevó toda su vida sobre el cuerpo una imagen del Niño dios— que mostraba una generosidad natural hacia sus enemigos derrotados. Así, cuando asediaba una ciudad, siempre trataba de persuadir a sus autoridades militares y civiles de que aceptaran términos de capitulación honorables antes de ver sus casas y vidas destruidas. Esta actitud había sido desconocida hasta entonces en la guerra europea; solía darse por supuesto de que una ciudad caída había de ser saqueada, no sólo por el botín sino para aportar ingresos con los que pagar a los mercenarios. En esas negociaciones diplomáticas, la presencia y los modales dignos y corteses de Gonzalo eran más eficaces que los cañones.

Gonzalo obtuvo bienes y títulos —fue nombrado duque de Terranova y fue virrey de Nápoles— pero su posición se vio repentinamente en peligro a la muerte de la reina Isabel en 1504, su más firme valedora. A ojos españoles, Fernando aparecía sin lustre en comparación con la figura resplandeciente del “Gran Capitán”. Consciente de eso y estimulado por los enemigos de Gonzalo en la corte, Fernando lo hizo objeto de agravios e insinuaciones y le ordenó volver a España en 1507. Desazonado por la animosidad y desconfianza del rey, Gonzalo, cuya lealtad siempre había sido absoluta, se retiró a la vida privada. En 1515, a la edad de 62 años, murió amargado y solo en Granada de la malaria contraída en Italia. Como Escipión el Africano había descubierto antes que él, Gonzalo descubrió que el premio del servicio leal no es siempre el afecto ni la gratitud.

La estatua de Gonzalo de Córdoba en la iglesia de San Jerónimo de Granada —escenario de sus triunfos tempranos sobre los moros— lo muestra como un caballero piadoso en armadura.

Arcabuceros españoles del s. XVI representados en el friso de azulejos en el palacio del marqués de Santa Cruz.

- | | |
|-------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 1453 | 1 de septiembre Nace en Montilla. |
| 1474/ | Guerra de Sucesión de Castilla. |
| 1479 | Lucha contra los portugueses en la batalla de Albuera. |
| 1482 | Guerra final con el reino moro de Granada: tiene un papel importante en la conquista de Tájara, Illora y Montefrío. |
| 1483/ | Interviene en la reorganización militar española. |
| 1487 | Mayo-agosto En el asedio de Málaga. |
| 1489 | En la conquista de Almería. |
| 1491 | Abril Comienza el asedio de Granada. |
| 1492 | 2 de enero Ha negociado la rendición de Granada. |
| 1495 | 6 de mayo Desembarca en Reggio di Calabria en el sur de Italia.
28 de junio Primera y única derrota en la batalla de Seminara. |
| 1496 | 21 de julio Conquista la ciudad de Atella y captura al comandante en jefe francés, el duque de Montpensier. Recibe el sobrenombre de “Gran Capitán”. |
| 1497 | Expulsa a los franceses del reino de Nápoles, captura la guarnición francesa de Ostia. |
| 1498 | Agosto Vuelve a España. |
| 1500 | Diciembre Conquista, con los venecianos, las islas turcas de Cefalonia y Zante. |
| 1502 | Agosto Defiende Barletta contra la segunda invasión francesa del reino de Nápoles. |
| 1503 | 26 de abril Gana la batalla de Ceriñola. Mayo-junio Retoma Nápoles. Junio-octubre Sitia Gaeta. 29 de diciembre Gana la batalla de Garellano . |
| 1504 | 1 de enero Capitulación de Gaeta. Nombrado virrey de Nápoles. |
| 1507 | Llamado a España. |
| 1515 | 1 de diciembre Muere de malaria en Granada, a la edad de 62 años. |





La batalla de Garellano / 29 de diciembre de 1503

EN 1495 FERNANDO e Isabel enviaron a Gonzalo al sur de Italia para defender ahí los intereses españoles contra la invasión francesa. Su ejército, cuya paga solía ir atrasada por la resistencia de Fernando a enviar fondos, comprendía 1500 ballesteros, 500 hombres de caballería ligera, 100 caballeros acorazados, unos pocos hombres de espada y rodela y arcabuceros.

En la batalla de Seminara, en junio de 1495, que Gonzalo se vio obligado a combatir contra su mejor saber, fue derrotado por primera y única vez por un ejército francés de 800 caballeros acorazados y piqueros suizos. El interés principal de esta batalla está en el efecto del pensamiento táctico de Gonzalo, pues lo convenció de que la clave del éxito futuro estaba en el arcabuz. Poco después reorganizó su ejército y equipó la mayor parte de su fuerza con estas armas de fuego calculando que, en masa, podían frustrar ataques de grandes cantidades de ballesteros, piqueros e incluso caballería, tal como los arqueros ingleses habían hecho antes en Agincourt. Se quedó prácticamente sin ballesteros y caballería pesada.

Empleó su nueva táctica por primera vez contra los franceses en la batalla de Ceriñola, en abril de 1503. Colocó a sus arcabuceros, con piqueros detrás para el combate cuerpo a cuerpo en los contraataques, en las pendientes inferiores de una colina. A su pie se cavó una trinchera, cuya tierra se usó para formar un parapeto bajo, con estacas de sarmientos clavados en su parte superior, para proteger a los arcabuceros. Gonzalo entonces colocó a su artillería justo enfrente de la caballería pesada francesa a su izquierda.

Gonzalo inició la batalla enviando a su caballería ligera para provocar al duque de Nemours a atacar sin un reconocimiento previo. Éste lo hizo así, sólo para ver a su caballería frenada por la trinchera, mientras que cada carga de los piqueros y ballesteros era frenada por el fuego de los arcabuceros y él mismo resultó muerto. Cada bando había comenzado la batalla con unos 8000 hombres; los franceses perdieron casi la mitad, los españoles sólo 1000.

La batalla de Ceriñola, aunque de poca significación política, revolucionó el arte de la guerra europea. Gonzalo había convertido al infante, armado con un arcabuz, en el elemento más importante de su ejército y en el lapso de una hora de lucha había amenazado el último vestigio de la caballería medieval.

Las grandes dotes de Gonzalo como estratega y táctico se manifestaron de nuevo hacia fines de ese mismo año en la batalla de Garellano. Esta sería su última batalla, pero también la ejecutada con mayor perfección.

Los restos del ejército francés vencido tan decisivamente en Ceriñola, se habían reunido en la fortaleza de Gaeta, situada en



un promontorio en la costa al norte de Nápoles. Gaeta se convirtió, pues, en el principal objetivo de los españoles. Pero incluso el talento y la diligencia de Pedro Navarro, el especialista de Gonzalo en el uso de la artillería y la construcción de trincheras en la guerra de asedio podían hacer sólo progresos insignificantes contra una ciudadela tan bien defendida. Una ciudadela, además, que podía ser avituallada y reforzada por mar, puesto que la armada francesa controlaba el Mediterráneo occidental.

Después de varios asaltos infructuosos, Gonzalo se retiró unos 8 km tierra adentro, hacia Castellone, por miedo a ser atrapado entre la fortaleza invencible y una fuerza francesa de socorro. El ejército francés, junto con tropas suizas e italianas reclutadas durante la marcha al sur, sumaba más de 20.000 hombres.

En marcha al sur desde Roma, ese ejército podía tomar una vía interior, la vieja Vía Latina, o ir por la Vía Appia, que seguía la costa. Los franceses, a las órdenes del marqués de Mantua, optaron por la ruta interior. Al saberlo, Gonzalo se trasladó prudentemente tierra adentro a San Germano, cerca de Monte Cassino. Aquí había fundado san Benito su orden en 524 y durante los siglos siguientes se había convertido en un enorme monasterio fortificado.

Era a fines de octubre, sin embargo; la lluvia no cesaba, la caballería y los carromatos sólo podían moverse con grandes dificultades. El paisaje invernal no ofrecía provisiones y muchos soldados del ejército francés morían de disentería. El marqués de Mantua resolvió, por lo tanto, trasladarse al oeste hacia la Vía Appia y, de ahí, a Gaeta, donde abundaban las provisiones.

Gonzalo y su ejército, poco más de la mitad que el francés, perseguían a su enemigo a lo largo de la orilla sur del Garellano y a principios de noviembre de 1503 las dos formaciones estaban enfrentadas cerca del mar, con el río anegado entre ellos. El marqués de Mantua precipitó los acontecimientos construyendo un puente y haciendo que su caballería cruzara el río. Cuando cerca de 1000 de sus hombres estuvieron en la otra orilla, Gonzalo los atacó; muchos de los franceses huyeron atrás, otros se ahogaron y el propio puente quedó destruido por fuego de cañón, parte de él, inadvertidamente, del propio bando francés.

También fracasaron otros intentos franceses de cruzar el río después de haber reconstruido el puente. El tiempo empeoraba rápidamente y Mantua decidió abandonar las operaciones hasta que el Garellano bajara de nivel y condiciones más secas permitieran a su caballería operar con eficacia. En efecto, las condiciones eran tan malas que el marqués consideró conveniente declarar que sufría de unas fiebres y retirarse de la escena, pasando el mando a su lugarteniente, el marqués de Saluzzo.

Siguió un período de seis semanas de estancamiento, durante las cuales, como ha observado el historiador inglés sir Charles Oman, las condiciones eran muy semejantes a las de las trincheras en el Frente del Oeste durante la Primera Guerra Mundial. Todo estaba cubierto de barro y los hombres sólo podían moverse sobre pasarelas; la comida era escasa y los soldados vivían, en el mejor de los casos, en chozas de cañizo improvisadas.

Esta temporada amarga de guerra de trincheras y grandes sufrimientos por ambos bandos, pero en especial para los españoles,

Las guerras de Italia

Europa sufrió dos graves castigos durante el s. XIV, en especial la Muerte Negra, que se llevó cerca de un tercio de la población, y el repentino empeoramiento climático (la “pequeña glaciación”) que puso fin al auge agrícola. El resurgir, que se inició hacia 1450, coincidió con el crecimiento de monarquías fuertes en la mayor parte de Europa.

La guerra de los Cien Años terminó en 1453, cuando Carlos VII finalmente expulsó a los ingleses y se hizo con el control de la mayor parte de la Francia actual. La guerra civil española terminó con la unión de Castilla y Aragón en 1479; y en 1492 los moros fueron expulsados de su último reducto en Granada. La llegada de los Tudor en Inglaterra en 1485 condujo rápidamente a un control monárquico y a un estado centralizado. Sólo en Italia fue de otro modo.

A pesar del gobierno fuerte de gobernantes tan capaces como Lorenzo de Medici en Florencia y de Ludovico Sforza en Milán, el país siguió fragmentado en ciudades estado con una gran región central bajo control papal. Estas regiones, con su riqueza y tesoros creados por el renacimiento, significaban buenos premios para las monarquías recién consolidadas.

Las guerras de Italia (1494-1559) se iniciaron cuando Carlos VIII, el vano joven rey

de Francia, amante de los placeres, invadió Italia y tomó Nápoles. Era un sueño salvaje de grandeza, no basado en ningún juicio estratégico sensato. Con el fin de tener las manos libres, primero hubo de neutralizar a sus enemigos potenciales.

Carlos cedió a Fernando de Aragón el Rosellón y la Cerdeña, con el entendimiento de que los españoles no lo estorbarían en sus designios. Devolvió el Franco-Condado y el Artois al emperador Maximiliano sobre la misma base. Y se aseguró la neutralidad de Enrique VII de Inglaterra mediante el pago de 620.000 escudos de oro.

De ese modo, el impetuoso e impolítico rey francés cedió territorio que no se le habría podido arrebatar a cambio de conquistar territorios que no habría podido retener. Aunque su avance por Italia —más un paseo militar que una campaña— tuvo gran éxito al principio, provocó de inmediato una coalición contra él formada por el Sacro Imperio romano, los Estados Pontificios, Venecia, Milán y —ominosamente— España, que pronto sería la potencia militar dominante de Europa.

La guerra que siguió devastó amplias áreas de Italia y permitió a Gonzalo de Córdoba ganarse el bien merecido sobrenombre de “Gran Capitán”.

que carecían de los suministros de que disponían los franceses desde Gaeta, es destacable particularmente por la conducta contrapuesta de los comandantes respectivos y sus oficiales. Mientras que el marqués de Mantua se fue a entornos más placenteros, Gonzalo Fernández vivía en una cabaña a sólo 1,5 km detrás del frente. Visitaba diariamente a sus tropas, con lo que mantuvo su ejército, empapado y enfangado, intacto, aunque hosco. Los oficiales franceses, siguiendo el ejemplo de su recién marchado jefe, perdieron interés por la rutina y se retiraron a las comodidades y placeres de la ciudad más cercana. Así, aunque los españoles sufrieron las privaciones de un invierno particularmente cruel, siguieron siendo una fuerza de combate unida, mientras que los franceses sin jefes perdieron la moral y tendían a amotinarse.

Lo último que esperaban los franceses era que Gonzalo, de quien sabían que estaba en inferioridad numérica y que sus soldados sufrían desproporcionadamente por la falta de una base de aprovisionamiento, lanzara un ataque general durante los gélidos últimos días nevados de diciembre. Pero, una vez se hubo cerciorado de la debilidad de las defensas francesas de la otra orilla, Gonzalo vio la oportunidad largamente esperada.

Su previsión táctica era tal que, durante algunas semanas había preparado materiales, a unos 25 km del frente, para un puente que permitiera a su ejército cruzar el río



Los piqueros suizos

En 1503, los mercenarios suizos habían dominado los campos de batalla europeos durante más de 30 años. Debían su posición a su valor, su mejor adiestramiento y su ferocidad. Equipados originalmente con alabardas de 2,5 m, pronto se convirtieron en picas de 3 m para resistir a la caballería austríaca y borgoñona. Para la década de 1490, el asta se había alargado hasta 5,5 m, con una pica de acero de 25 cm de largo en la punta. La mayoría de los piqueros no iban acorazados, sólo la fila delantera llevaba media armadura o tres cuartos y yelmos, con el resultado de que podían moverse rápidamente. Durante el ataque, la pica se sos-

tenía con las dos manos justo delante de la contera, a la altura de la cabeza, pero con la punta levemente bajada.

Los suizos avanzaban rápidamente, habitualmente en tres columnas profundas ordenadas en escalones desde la derecha o la izquierda, con las picas de las cuatro primeras filas sobresaliendo y las del centro erguidas, de modo muy parecido a como lo había hecho la falange macedonia. Una décima parte de ellos se desplegaba delante como arcabuceros para escaramuzas.

Estaban organizados en compañías de 200 hombres, cada una encabezada por un capitán electo y un portaestandarte. Cada cantón suministraba un contingente y a menudo había duras

Las concentraciones de piqueros eran una visión formidable, como se ve en este encuentro con jinetes en la batalla de Marignano

en 1515 en la tumba de Francisco I de Francia. Empleados en combinación con los arcabuceros, fueron una fuerza dominante hasta 1700.

rivalidades entre ellos. La paga regular —“no hay dinero, no hay suizos”— era esencial para evitar que cambiaran de bando o se fueran a casa.

El ataque de piqueros, con las banderas al viento y al sonar de las trompas, podía ser irresistible. En Garellano, aunque formaban el 40% del ejército francés, no tuvieron ocasión siquiera de formarse y así lo pasaron en la persecución por los españoles.

La batalla de Garellano / 2

El movimiento de apertura de Gonzalo de Córdoba en la batalla de Garellano fue un ejemplo magistral de atacar y luego envolver un solo flanco del enemigo. Esta táctica, que Rommel empleó con éxito en Gazala y que Gustavo Adolfo podría haber logrado en Lützen si no hubiera caído repentinamente la niebla, ofrece grandes recompensas. Sin embargo, obliga a un comandante a ponerse en peligro cuando —como ha de hacer— debilita otros sectores de su frente para conseguir la superioridad numérica en su punto de ataque principal.

En Garellano, Gonzalo resolvió limpiamente este problema desplegando en su flanco izquierdo una fuerza suficiente para arrebatarse a los franceses el único puente existente —aunque provisional— sobre el río. Así, su centro e izquierda estaban seguras cuando lanzó su ala derecha muy reforzada al ataque por la población de Sujo.

La derrota de los franceses a manos de los españoles en Garellano se lee como un cruce de río por sorpresa moderno: en efecto, la 56ª División británica cruzó el río casi en el mismo sitio en enero de 1944 durante su avance sobre Roma.

El 29 de diciembre de 1503, al alba, entre el frío gélido y la lluvia torrencial, Bartolomeo de Alviano atacó, a la cabeza de una fuerza de 3000 hombres, principalmente caballería, a los franceses en la aldea de Sujo. Gonzalo de Córdoba había elegido

ese lugar para cruzar el río porque aquí era relativamente estrecho, las orillas eran bastante firmes y no quedaban a la vista del enemigo.

Pedro Navarro, el experto en ingeniería de asedio, había diseñado un puente de pontones (1) que podía montarse rápidamente en su lugar. La construcción empezó durante la noche anterior, después de que los pontones, tablones y sogas a la medida, preparados ya a unos 25 km a retaguardia, hubieran sido llevados al río a lomo de mulas.

Los infantes normandos ebrios, dormidos en sus alojamientos en las afueras de Sujo (9) fueron tomados completamente por sorpresa cuando los hombres de Alviano cayeron sobre ellos e incendiaron los graneros y casas. Huyeron a lo largo de las embarradas orillas del río, perseguidos por la caballería y los piqueros españoles.

El propio Gonzalo de Córdoba (2), al mando del cuerpo principal de la infantería (3) y la caballería pesada española, así como su propia guardia, cruzaron el puente detrás de los hombres de Alviano. Ofrecían, con las armaduras bruñidas y las banderas desplegadas, un aspecto magnífico, pero quedaban pocos franceses que pudieran verlos. Temiendo que todos los enemigos pudieran escapar, Gonzalo envió por delante un cuerpo de caballería ligera (8) para obstaculizarles la retirada.





Río abajo, a unos 8 km (4), todo era confusión cuando los franceses intentaban dismantelar el puente que habían construido en noviembre y llevarse las piezas de artillería en las barquitas en que flotaban. Pero antes de poder hacerlo, Fernando Andrada condujo a su caballería a través del río. Los franceses, a las órdenes del marqués de Saluzzo, abandonaron todas sus pertenencias, incluidos nueve cañones, e incluso a sus heridos, y, cubiertos por una carga de caballería, se retiraron ordenadamente hacia Formia.

Cerca de Formia la carretera pasa a través de un estrecho desfiladero; allí dispuso su caballería el marqués de Saluzzo y hubo una fiera batalla con la caballería de la vanguardia española. Este fue el único combate auténtico del día, pero a pesar de los valerosos esfuerzos de los franceses —se dice que al señor de Bayard le mataron tres caballos entre sus piernas— fueron rechazados a última hora y se retiraron a Gaeta (7).

Los franceses retenían el puerto fortificado de Gaeta y también un pequeño bastión en la desembocadura del río, la Torre de Garellano (5). Además, la flota francesa (6) estaba fondeada ante la costa desde noviembre, asegurando una ruta de avituallamiento segura. Esto significa que se hallaban en una posición fuerte cuando negociaron con Gonzalo de Córdoba la tregua después de la batalla. Se permitió marchar libremente a todas las tropas francesas y todos los prisioneros fueron liberados.



La batalla de Garellano / 3

para enfrentarse al enemigo. Juzgó adecuado el momento para atacar cuando recibió refuerzos que abarcaban unos 1400 jinetes ligeros y 4000 infantes italianos, comandados por el temible Bartolomeo de Alviano, cuya facción, los Orsini, había concluido un tratado con España.

Parece que hubo una tregua de algún tipo entre los dos ejércitos durante el período de Navidad, del 25 y 26 de diciembre. Los franceses, sin embargo, continuaron sus celebraciones, dando a Gonzalo, el 27 de diciembre, la oportunidad de traer sus pontones desde retaguardia a lomos de mula hasta un lugar frente a Sujo, en el flanco izquierdo francés. El mismo día empezó también a adelantar a su ejército, a las órdenes de Alviano, hacia el mismo punto. Él mismo tomó el mando de la fuerza principal, más al sur. La división restante, bajo Fernando Andrada, quedó acantonada ante el puente francés en la izquierda española, con órdenes de defender el puente y luego, si las cosas río arriba iban de acuerdo con los planes, atacar a través de él.

La batalla de Garellano, que empezó el 29 de diciembre, tuvo cuatro fases diferenciadas. Al alba, los españoles tendieron rápidamente su puente de pontones sin encontrar oposición, pues los franceses de la otra orilla no se habían armado todavía. Además, muchos de los oficiales estaban ausentes. La caballería ligera de Alviano, con las banderas desplegadas, barrió a los franceses, luego atravesó la aldea de Castelforte y

El arcabuz fue el factor decisivo en el triunfo de los españoles sobre los franceses en Pavia en

1525; después de eso, todos los ejércitos europeos lo adoptaron.

Asedios y fortificaciones

En la época en que Carlos VIII y Gonzalo invadieron Italia, las balas de cañón eran de hierro, no de piedra; las impulsaba pólvora más gruesa y podían ser disparadas más deprisa. Los cañones se podían enfilar mediante muñones e iban sobre cureñas con ruedas, con lo que se podían desplegar rápidamente.

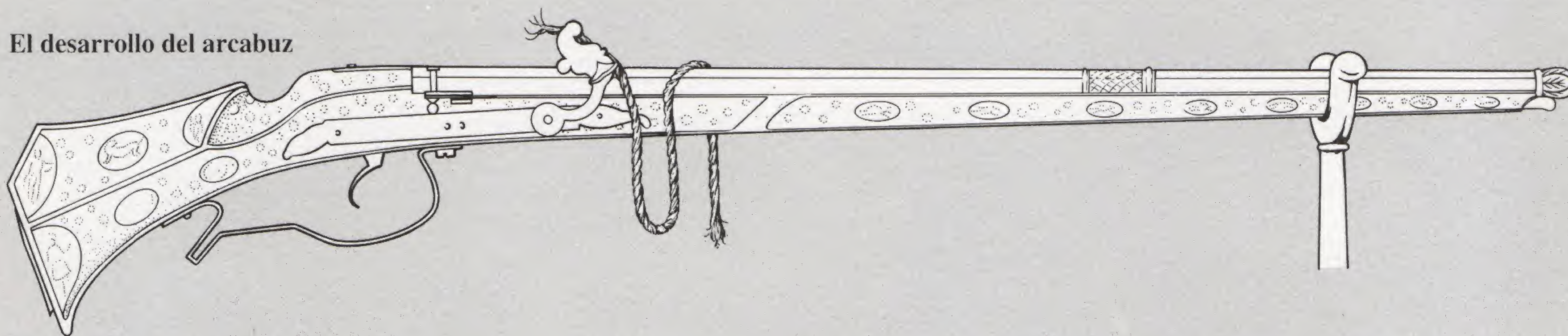
Uno de los inventos más eficaces fue la mina de pólvora, puesto que ahora se podía volar las murallas de las fortalezas, en lugar de minarlas y colocar en las minas madera que se incendiaba; las paredes se hundían, pero dejaban una importante barrera de cascotes. Pedro Nava-

rrero, el experto ingeniero de asedio de Gonzalo, usó minas de manera espectacular cuando voló Castel Uovo, cerca de Nápoles.

Estos desarrollos estimularon la inventiva de los ingenieros italianos. Se convirtió en norma la defensa en profundidad, con murallas protegidas por trincheras y terraplenes. Los bastiones en punta de poca altura se convirtieron en plataformas para artillería y armas pequeñas, y defensas cubiertas dentro de las trincheras aportaban puntos desde los que lanzar fuego lateral sobre el enemigo. La forma más segura de conquistar una fortaleza volvía a ser el hambre, la astucia o la traición.



El desarrollo del arcabuz



Este fusil de mecha, pesado pero portátil, se inventó en Alemania a mediados del s. XV. El nombre procede del francés *arquebuse* o del alemán *Hakenbüchse*, que significa literalmente “escopeta de gancho”, que se supone que procede de un gancho contra retroceso, usado cuando se disparaba desde una muralla, o incluso de un gancho en el cañón con el que se fijaba a un apoyo cuando se disparaba. Pero es más probable que se refiera a la culata curva.

No había tamaño estándar para el arcabuz a principios del s. XVI, pero en su mayoría medían cerca de 1 m y pesaban unos 4,5 kg. De un alcance marcado en 1508 en Augsburgo se sabe que medía 207 m, de manera que es probable que el alcance eficaz en batalla fuese de unos 150 m.

El ejército español bajo Gonzalo de Córdoba fue el primer ejército no turco que empleó el arcabuz en grandes cantidades.

Cómo funcionaba el mecanismo de mecha

El de mecha era un mecanismo sencillo y barato por el cual una aguja de metal fijada al cañón sostenía una mecha, un cordón empapado en salitre líquido, encendida. Cuando se apretaba el gatillo, la aguja saltaba de manera que la mecha encendía la pólvora en la cazoleta, lo que encendía la carga principal. Esta se componía del taco y una bala de unos 40 g, que se atacaban cañón abajo.

se lanzó orilla derecha del río abajo a tal velocidad que el enemigo no tuvo ocasión de establecer un frente. Mientras, Gonzalo llevó a sus unidades al puente de pontones.

El marqués de Saluzzo trató de establecer un frente en Trajetto y efectivamente ordenó una carga de caballería contra la española que avanzaba. Era en vano: parecía que nada podía frenar ahora el avance español y los franceses se retiraron en pánico y desorden hasta un desfiladero justo al este de Formia.

La tercera fase de la batalla se inició cuando los franceses consiguieron estable-

cer una línea en el desfiladero, un paso entre las montañas y el mar, y siguió una lucha fiera durante cosa de una hora. Saluzzo ordenó finalmente la destrucción del puente francés en el curso bajo del Garellano, pero para entonces Andrada, sabiendo que el ataque se desarrollaba según los planes, había asaltado con éxito el paso y capturó la mayor parte de la artillería francesa en la orilla norte. Así, todo el ejército de Gonzalo había atravesado el río con seguridad.

Aunque los franceses todavía luchaban tenazmente en el desfiladero, se quebraron

finalmente cuando llegó a la escena la caballería de Andrada. Los jinetes españoles, en la fase final de la batalla, persiguieron a los franceses dispersos, masacrando a su infantería y capturando sus cañones, hasta la propia Gaeta.

La batalla de Garellano fue un logro destacado desde cualquier punto de vista, pero en particular si se recuerda que la fuerza francesa originaria contaba más de 20.000 hombres y la española menos de 15.000. La victoria de Gonzalo de Córdoba fue absoluta.

Marqués de Mantua

Francesco Gonzaga, Marqués de Mantua (1466-1519), había cedido el mando sobre el ejército francés a su lugarteniente, Ludovico, marqués de Saluzzo (1438-1504) antes de que se iniciara la batalla de Garellano. Saluzzo, cuyo minúsculo marquesado se conocía como el "portero de los Alpes", era un *condottiero* famoso, uno de esos comandantes que durante los 200 años anteriores habían mandado unidades de tropas mercenarias en las guerras entre las ciudades estado italianas. Pero, como Mantua, era italiano y los soldados franceses rechazaban su mando.

Aunque Saluzzo tenía un historial respetable, le faltaba la capacidad de estimular a sus hombres, una deficiencia particularmente seria en las miserables condiciones imperantes en la campaña de Garellano. Él mismo murió en Génova de unas fiebres contraídas durante ella.

El intrépido Pierre du Terrail, señor de Bayard (h. 1473-1524) se destacó como el más diligente y atractivo de los comandantes franceses. Después de la batalla de Seminara,

Marqués de Saluzzo



Señor de Bayard

cuando Gonzalo estaba sitiado en la ciudad de Barletta, los franceses constantemente se mofaban de los españoles por su supuesta cobardía. Empujados por la bafa, los españoles plantearon un desafío: 11 caballeros lucharían con igual número de caballeros franceses ante las murallas de la ciudad. Los franceses aceptaron; Bayard sería su campeón.

Señor de Bayard

El combate comenzó al mediodía y debía concluir a la puesta del sol si no se llegaba a una conclusión antes. A la primera carga, siete caballeros franceses fueron desmontados porque los españoles dirigieron sus lanzas a las monturas, no a los jinetes: un comportamiento poco caballeroso a ojos de Bayard. No obstante, a la puesta del sol, los cuatro franceses restantes, Bayard entre ellos, todavía luchaban, y se declaró un empate.

Bayard fue uno de los comandantes de Gaeta después de la derrota francesa en Ceriñola y mandó valientemente la caballería en el desfiladero de Formia durante la batalla de Garellano. Encontró la muerte del soldado en 1524, derribado por una bala de arcabuz en una carga desesperada contra tropas españolas perseguidoras cerca de Milán. Fue uno de los últimos caballeros de la edad de la caballería, "*sans peur et sans reproche*", una estirpe que quedó anticuada por las tácticas de batalla de Gonzalo de Córdoba con su uso superlativo del arcabuz.

La destrucción del ejército francés

Tras la batalla de Garellano, la posición de los franceses en Gaeta, aunque peligrosa, no era, ni mucho menos, desesperada. Podían resistir cualquier asalto y podían recibir refuerzos por mar. Gonzalo aceptó, pues, rápidamente su sorprendente oferta de capitulación.

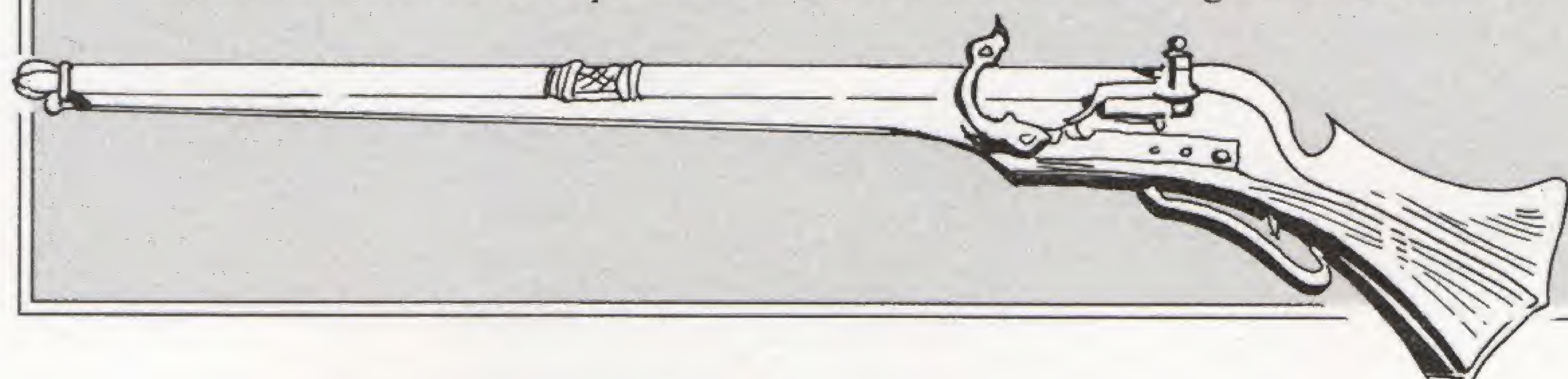
Por los términos de la tregua establecida el 1 de enero de 1504, se permitía a las tropas francesas de Gaeta abandonar la ciudad sin ser obstaculizadas, por tierra o por mar, siempre que juraran no volver a combatir nunca más en Italia. Gonzalo liberó a todos los prisioneros sin pago de rescate.

Más franceses eligieron salir por mar que emprender la larga marcha por tierra, pero ninguna de las partes tuvo mucha fortuna. Los que se embarcaron en los barcos aportados sin cargo por Gonzalo, entre ellos el marqués de Saluzzo, murieron en gran cantidad en

el viaje a Génova. Bien murieron de malaria contraída en Garellano o de la debilidad causada por la larga campaña de invierno.

Los que marcharon a casa a lo largo de Italia, en especial los contingentes suizos, fueron atacados por los campesinos a los que antes habían saqueado y aterrorizado. Muchos murieron de hambre y, de los pocos que llegaron a Roma, muchos sucumbieron finalmente a la fiebre. Apenas llegó a casa un tercio del ejército francés.

Sin embargo, el interés francés por el rico botín que se podía conseguir en Italia no cesó y ejércitos posteriores volvieron a enfrentarse con los españoles. Pero la fuerza combinada de Gonzalo de Córdoba, de arcabuceros y piqueros, se había convertido en el "tercio" la unidad de combate estándar del ejército español y siguió teniendo éxito tanto contra la caballería como contra todo tipo de infantería. Después de la derrota de los piqueros suizos en Bicocca en 1522 y de la caballería francesa en Pavía en 1525, todos los ejércitos europeos adoptaron rápidamente la combinación ganadora de Gonzalo de Córdoba.



EN EL PRÓXIMO TOMO

GUSTAVO ADOLFO La batalla de Lützen - *16 de noviembre de 1632*

Contrincante: ALBRECHT VON WALLENSTEIN

TURENNE La batalla de las Dunas - *14 de junio de 1658*

Contrincantes: DON JUAN DE AUSTRIA Y PRÍNCIPE DE CONDÉ

MARLBOROUGH La batalla de Oudenarde - *11 de julio de 1708*

Contrincantes: DUQUE DE BORGONA Y DUQUE DE VENDÔME

FEDERICO EL GRANDE La batalla de Leuthen - *5 de diciembre de 1757*

Contrincante: PRÍNCIPE CARLOS DE LORENA